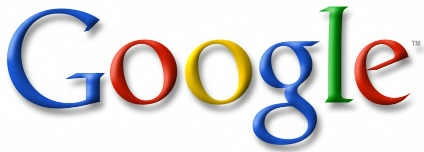
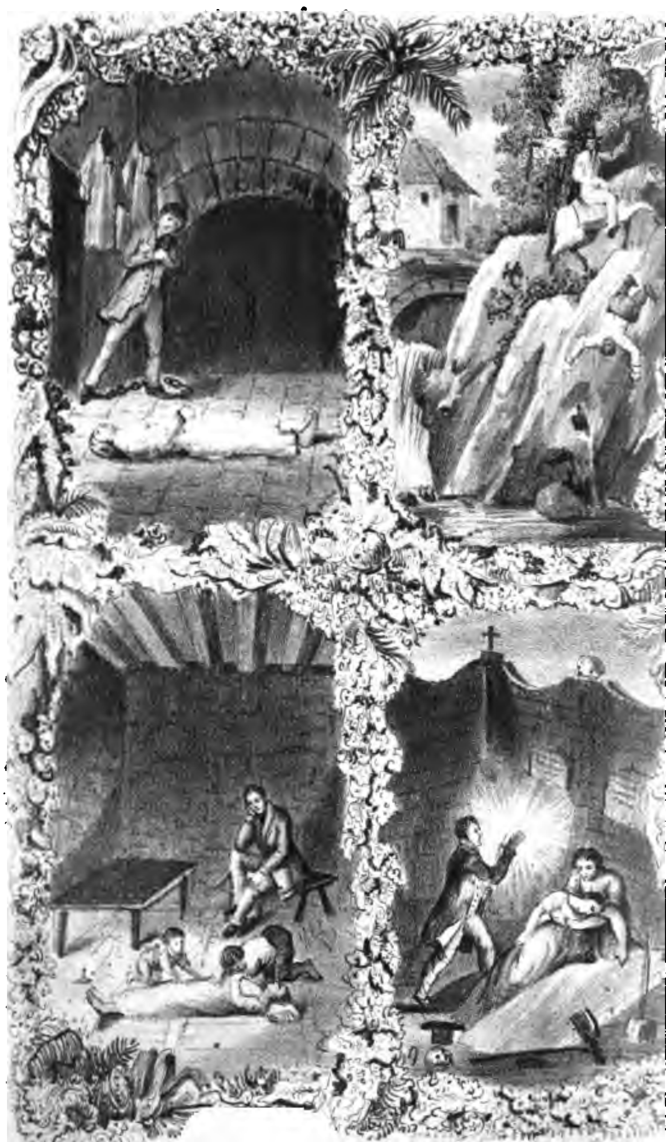






Imperfect:- pp. 67-112 wanting

o

LAS

NOCHES TRISTES,

POR EL

Pensador Mexicano.

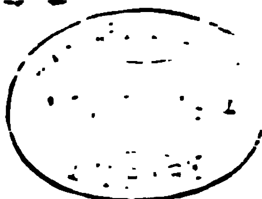
Cuarta edicion.

Van añadidos a esta obrita, el Dia alegre, las Fabulas, D. Catrin de la Fachenda y la Muerte y funeral del Gato, por el mismo autor; y va adornada con estampas finas y varias viñetas.

MÉXICO.

SE ESPENDEN EN LA LIBRERIA NUMERO 7 DEL PORTAL DE MERCADERES.

1843.



[illegible] mentis imago,
[illegible]
[illegible]



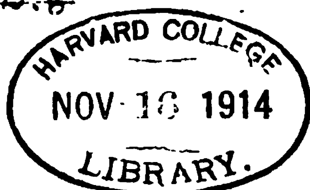
ARGUMENTO Ó IDEA

DE LAS

NOCHES TRISTES.

Desde que leí las Noches Lúgubres coronel D. José Cadalso, me propuse es bir otras Tristes, á su imitacion, y en efe las escribí, y las presento aprobadas con licencias necesarias.

No me lisongeo de haber logrado mi int cion; antes conozco que así como es imp ble que la ruda iguale á la palma en altur que el pequeño gorrion alcance el elev vuelo de la águila, que se remonta hasta cielos, así es imposible que mi pobre plum guale la elocuencia que á cada linea se ad



Cum subit illius tristissima noctis imago,
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.
OV. EX. TRIST. L. ELEG. III.



REIMPRESAS POR ANTONIO DIAZ,
CALLE DE LAS ESCALERILLAS NUMERO 7.

ARGUMENTO O IDEA

DE LAS

NOCHES TRISTES.

Desde que leí las Noches Lúgubres del coronel D. José Cadalso, me propuse escribir otras Tristes, á su imitacion, y en efecto las escribí, y las presento aprobadas con las licencias necesarias.

No me lisongeo de haber logrado mi intencion; antes conozco que así como es imposible que la ruda iguale á la palma en altura, y que el pequeño gorrion alcance el elevado vuelo de la águila, que se remonta hasta los cielos, así es imposible que mi pobre pluma iguale la elocuencia que á cada linea se admi-

ra en las obras de este célebre y moderno escritor.

Con esta salva, me parece que deben acallarse los críticos, cuando noten la enorme diferencia que hay entre mis Noches, y las de Cadalso, pues yo no digo que he imitado su estilo, sino que quise imitarlo. Si no lo he conseguido, el defecto ha sido mio, que me arrojé á una empresa árdua; pero me consuelo al acordarme que bastante es emprender las cosas árduas aunque no se consigan. In arduis voluisse sat est. Pasémos á dar una breve idea de la materia de estas Noches y de su objeto.

La persona fatal ó desgraciada de la novela, es un tal Teófilo, hombre virtuoso, cuya paciencia y constancia probó la Providencia en cuatro noches.

En la primera, se vé calumniado y reducido á una cruel y horrorosa prision.

En la segunda, que se intitula: la pérdida en el bosque, presencía el fin funesto de su criado, hombre criminal y blasfemo. El mismo se vé á los bordes del precipicio, y esca-

pa á favor de la espantosa luz de un rayo.

En la tercera Noche, sufre un triste desvelo, con la muerte de nna infeliz, en cuya casa se hospedó.

En la cuarta y última, despues de haberse perdido, se refugia á un cementerio, en donde halla improvisamente el cadáver de su infeliz muger. Este terrible encuentro lo hace desfallecer, y rendirse bajo de su peso. El sepulturero que lo acompaña, lo lleva á su casa, en la que despues de vuelto en sí, logra con ventajas el prémio de su resignacion cristiana.

Tal es el asunto de estas noches, y fácil es concebir que su objeto moral no es otro, que enseñar al lector á humillarse, y adorar en silencio los decretos inescrutables de la alta y divina Providencia, asegurado de que esta nada previene ni determina sino con relacion á nuestro bien, al que siempre está propensa y decidida.

El católico que esté penetrado de estos religiosos sentimientos, tiene mucha ventaja para sobrellevar los trabajos y miserias de

esta vida, sobre el impío, y el incrédulo ateista; pues este todo lo atribuye al acaso, y aquel, aunque confiesa la ecsistencia de un Dios, blasfema de su alta Providencia, y ambos reciben el fruto de su perversidad, en los remordimientos que los agitan y en la dessesperacion, que les hace insoportables las infelicidades de esta vida, y los acompaña hasta el sepulcro.





NOCHES TRISTES.

Traduccion libre del epígrafe del reverso de la portada.

Todavia de mis ojos
Destila amargo llanto,
Al acordarme, ¡ay triste!
De aquellas noches de dolor y espanto.

NOCHE PRIMERA.

LA PRISION.

DIALOGO.

TEÓFILO, UN MINISTRO DE JUSTICIA Y UN CARCELERO.

Teófilo. ¡O triste noche! ven, y cubre con tu oscuro manto los males y desdichas de los hombres. ¡O noche! tus horas son sagradas. Cuando el sol oculta sus luces bajo nuestro Orizonte, tú tachonas el cielo con las brillantes estrellas, que tan benignamente influyen el suave sueño á los mortales.

A favor de tus sombras silenciosas descansan de sus

afanes y trabajos, y el inocente desgraciado, halla en tus tinieblas espantosas un asilo seguro, contra las desdichas que le persiguen por el dia.

Tal soy sin duda. Hoy he sufrido altanerías de un necio con poder: baldones de un rico altivo: desprecios de un amigo ingrato, y : : : ¡cuantas cosas, cuyo recuerdo me es desagradable hasta lo sumo! Mas ya la triste noche, separándome del comercio de los hombres, hace desaparecer de mis ojos estos objetos de ódio y abominacion, y obligándome á retirar al alvergue sagrado de mi casa, me presentará en su lugar los ídolos mas dignos de mi amor.

Sí: yo entraré en ella como al asilo de la paz: mi fiel y amable compañera me recibirá con mil caricias: mis tiernos hijos se colgarán de mi cuello, y estamparán sus inocentes besos en mi frente. El chiquillo se sentará á juguetear sobre mis rodillas: el grande reclinará su cabeza con la mayor confiinaza en mi amoroso pecho, mientras su madre me pregunte con el mas vivo interés, el écsito de mis negocios; pero ¡qué incensato fuera yo si oprimiera su amable corazon, refiriéndole mis sinsabores! No: callaré lo adverso: disimularé mis contratiempos: hablarémos de asuntos familiares y domésticos, y despues de tomar juntos y alegres el frugal alimento que previno mi cuidado, entregaré mi cansado cuerpo al limpio y humilde lecho que me espera.

Mi almohada entonces, recibirá gustosa mi cabeza, y la lisongera refleccion de que á nadie he hecho mal

en este dia, me facilitará en medio de mis aflicciones, el reposo y el sueño mas tranquilo. Pero ¡qué es esto! ¿qué gente armada me sorprende, impidiéndome la entrada de mi casa?

MINISTRO. La justicia es. Detenéos. Daos á prision.

TEOF. ¿Yo á prision?

MIN. Sí, vos. No sois Teófilo?

TEOF. El mismo.

MIN. Pues sois el delincuente á quien se busca. Aseguradlo.

TEOF. Jamás he sido delincuente. Si lo fuera, no vendría con tanta serenidad á caer en vuestras manos.

MIN. Eso prueba necedad, no inocencia.

TEOF. ¿Qué delito he cometido?

MIN. Bien lo sabeis.

TEOF. Lo ignoro: mi conciencia no me acusa de ninguno.

MIN. Todos los criminales dicen lo mismo. Sois reo de un robo y tres homicidios.

TEOF. ¡Reo de tales delitos!

MIN. ¿No lo oís?

TEOF. Estais equivocado. No seré yo.

MIN. Bien, ya se sabrá. Amarradlo.

TEOF. No me atropelleis, que soy hombre de honor.

MIN. Si conocierais lo que es honor, no os vierais tratar de esta suerte, pero el infame pierde todos los fueros y privilegios. Caminad.

Teof. Permitid que me despida de mi esposa.

Min. No es necesario.

Teof. Tendrá mucho cuidado por mi ausencia.

Min. No importa. Caminad, que es tarde.

Teof. Mirad....

Min. Si hablais otra palabra, juro que os haré audar á sablazos.

Teof. Conformémonos, suerte ingrata, no se te puede resistir. Caminémos.

Min. Nada valen ya esas hipócritas resignaciones. Lo que debeis hacer es recordar los cómplices de vuestro crímen para delatarlos, y componer vuestra conciencia, porque no vivireis muchos dias.

Teof. Así lo entiendo. Tal puede ser la vehemencia de la calumnia.

Min. Mucho insistís en justificaros, ó á lo menos en pretenderlo; pero es envano. Hay presos ya algunos compañeros vuestros, y la denuncia ha sido muy segura.

Teof. Jamás he tenido compañeros en la maldad, porque me he escusado de cometerla.

Min. Vaya, sereis un inocente; pero no sé como os librareis de tantas pruebas que están producidas contra vos. Los cómplices, la denuncia y vuestros papeles, os condenan sin la menor duda. Yo no soy el juez de vuestra causa; pero tengo muchas noticias seguras.

Teof. No lo serán mucho. Porque ¿qué papeles mios ó que ilícitas correspondencias habeis visto?

Min. Los que están en poder de los magistrados, y los que acabo de sacar de vuestra casa, pues aunque estos no los he visto, supongo que serán lo mismo que los otros.

Teof. ¿Como así? ¿pues qué se ha cateado mi casa?

Min. Ya está hecha esa forzosa diligencia, y quedan asegurados vuestros pocos bienes.

Teof. ¡Justo cielo! ¿y mi infeliz muger? ¿mis tristes hijos? ¡qué habrán padecido en tan terrible lance, ignorando la suerte y paradero de su padre....!

Min. No tengais cuidado. A vuestra esposa se le dijo que por una deuda os embargaban, y que segun noticias, vos para escapar de la prision que se os esperaba, habiais huido esta misma noche, y se sospechaba que tratariais de embarcaros para el Perú.

Teof. No fué el remedio menos cruel que la herida. ¡Ah! si supierais la sensibilidad de esa buena muger, y el sincéro amor que me profesa, la compasion os hubiera sugerido ahorrarle semejante pesadumbre....

Min. Sois un bribon que no conoceis las leyes de la gratitud. ¿Así pagais mi desinteresado comedimiento? ¡insolente!

Teof. No me insulteis, que el encargo que se os confia no os autoriza para maltratar á un indefenso; y mas, que debeis advertir que yo en nada os agravio cuando os manifiesto que quisiera que mi esposa no hubiera sabido....

MIN. Callad. ¿Pues valiera mas que yo la hubiera dicho la verdad?

TEOF. Sí, mas valia que la hubierais dicho lo que creis ser verdad. Ella entonces satisfecha de mi virtud, no lo habria creido, y confiada en el que vela sobre el justo, esperaría con resignacion mi libertad, y el resarcimiento de mi honor; pero como supusisteis ser el motivo una deuda, lo habrá creido sin el menor escrúpulo; porque ¿quién no puede contraer una deuda? ¿ni quién será hábil para libertarse de las vejaciones de un acreedor cruel y favorecido?

MIN. Hablais mucho y sin sustancia; pero ya estais donde pagareis vuestras malicias. Ya estamos en la carcel. Entrad.

TEOF. Depósito de la iniquidad: hónrate con que un hombre de bien pise tus umbrales esta vez. Entrémos.

MIN. Carcelero.

CARCELERO. ¿Qué se ofrece?

MIN. Entregaos de este faccioso criminal.

TEOF. Decid, de este pobre desgraciado.

MIN. ¿Aun hablais, insolente, y teneis cara para profanar el nombre del honor y la virtud con esos impuros lábios?

CARC. ¿Pues quién es este inocente nuevo que me habeis traido de huésped esta noche?

MIN. Este es un gran pícaro: es el famoso Teófilo, de quien tenemos tanto encargo.

CARC. ¡Ah! sí. ¿Este es el Teófilo....pues, aquel cierto Teófilo? Ya, ya sé quien es.

MIN. Pues ya os lo entrego. Aseguradlo bien hasta mañana; y no le permitais comunicarse con persona nacida, ninguna compasion os merezca: es un vil.

CARC. Sí: id sin cuidado. Bonito soy yo para compadecerme de ninguno. Aun las mugeres hermosas, cuyas lágrimas encantadoras á todo el mundo rinden, no consiguen nada conmigo. Ved, y qué lástima será capáz de infundirme este barbón. ¿Tienes dinero?

TEOF. Ninguno.

CARC. Pues siéntate. Te calzaré los grillos mas pesados, pues estos los merece el reo mas criminal y pobre como tú.

TEOF. ¿No puedo redimirme de este tormento ofreciendo gratificarte mañana?

CARC. Aquí no es tienda: no se admiten plazos. De contado se ha de pagar un favor, ó sufrir.

TEOF. Pues sufrámos.

MIN. Repito que no os descuideis con él, porque es muy malicioso.

CARC. Dejad su seguridad á mi cuidado.

MIN. Adios.

CARC. Pon los piés iguales.

TEOF. Ya están: mas te ruego que no golpees tan recio, que se me rompen las piernas.

CARC. ¿Y qué me importa? ¿Acaso á mí me duele, ó soy tu padre para lastimarme de tus dolores?

Pagáras y te tratára con mas suavidad de la que mereces.

TEOF. Dices bien. Haz lo que quieras.

CARC. Ya están remachados. Entra en este calabozo.

TEOF. No me puedo mover con tanto peso.

CARC. Eres muy delicado. Apenas tienen treinta libras.

TEOF. Será así; pero no estoy acostumbrado á estas prisiones.

CARC. Pues acostùmbrate. Haz tu deber, y anda que es tarde, y quiero recojerme.

TEOF. No puedo.

CARC. Pues yo te haré poder con este látigo, anda.

TEOF. ¿Así ultrajas la humanidad abatida?

CARC. No me prediques, entra.

TEOF. Ya entro. El golpe del rastrillo ha herido funestamente mis oídos ¡Qué mansion tan oscura y horrórosa! ¿En donde estoy? Por ninguna parte entra la mas mínima luz. ¡Qué espanto! ¡Qué pavor tan inesperado sobrecoje mi corazon! Que el malhechor se sobresalte siempre, no es nuevo. Esto es muy natural, ¿á qué delincuente no asusta el temor del castigo que merece su delito? Pero que tiemble el inocente, que se abata el que no ha delinquido, luego que se vé sumergido en el peligro, no sé á qué secreto impulso lo pueda yo atribuir. ¿En qué se fundaría Horacio, para decir, que el inocente pasará libre y tranquilo por los riesgos mas temibles? Seguramente eso sería

en la edad dorada de los poétas, ó él mismo jamás habia esperimentado el temor de la persecucion criminal.

Pero, despues de todo: ¿yo qué he hecho? ¿en qué he delinquído? ¿cómo he podido merecer estos ultrages? Mi conciencia, fiscal el mas seguro de mis acciones secretas, no me acusa de ninguna, por la que deba yo sufrir estos rigores. Sin embargo, los sufro y los padezco sin haberlos merecido. Me hallo sepultado en las cabernas del horror, cargado de prisiones; separado de la dulce compañía de mi familia: solo, triste, abatido y esperando el funesto fallo contra mi vida y honra. ¡Oh cruel condicion de la miseria humana! ¡qué ni la mas arreglada conducta, ni el honor, ni la virtud misma sean á veces bastantes á asegurarnos de los tiros de la ignorancia ó de la malignidad de los hombres!

Mas ¿qué es lo que hago? Estas tristes consideraciones son inútiles. De nada sirve la apatía en estos casos, sino de hacer mas pesada la horrible situacion del nidividuo. Pues no. Yo he de esforzar mi espíritu, yo he de alentar mi ánimo desfallecido, acordándome en medio de las aflicciones que me cercan, de que todo se hace en el mundo, ó por decreto ó por permision del Ser Supremo. ¿Qué tengo de afligirme? Soy inocente: la Providencia velará sobre mi conservacion y la de mis hijos.

A la escasa luz de este tabaco veré donde estoy, y acomodaré en el mejor rincon mis cansados miembros,

mientras llega el dia. Delante del sol brillará mi honrada conducta, sus dorados rayos disiparan la densa niebla de la calumnia, y la justicia satisfecha de mi inocencia, me restituirá libre y con honor á la sociedad y á mi familia. Sí, esto ha de ser; yo alumbro....

Pero ¿qué es esto? ¡qué nuevo horror me pavoriza! En un momento veo destruidos mis consuelos, y mis esperanzas desmayando. ¡Ay de mí! Queria alentar mi espíritu con el recuerdo de mi ninguna culpa; pero advierto que se arrastra y se aniquila hasta lo sumo á la presencia de estos fúnebres objetos. No se vé aquí otra cosa que grillos, cadenas, sogas, cerones, cubas, y sacos de infelices ajusticiados. ¿En donde estoy? ¿qué funestas ideas me suscitan estos terribles aparatos de la muerte? ¿por qué me habrán encerrado en esta fatal mazmorra, y no en otro lugar menos espantoso? Sin duda está muy inmediato el término de mi vida. ¡Triste presagio! Acaso será costumbre depositar aquí las víctimas, para advertirles se prevengan á recibir la muerte.

Por todas partes toco su imágen. Ya no basta la idea de mi inocencia á reparar mi corazon: mi espíritu desfallece por momentos.... Mas ¡qué es esto! yo he tropezado y caido sobre un hombre. Sí, el bulto que toco no es de otra cosa. ¿Quién será este desgraciado que me acompaña? El triste duerme profundamente. Ni mis voces, ni el peso de mi cuerpo, han sido bastantes á despertarlo. ¡Pobrecito! ¡cuántas noches quizá habrá pasado sin cerrar sus ojos! Su situa-

cion me compadece. ¡Miserable! duerme, descansa de las fatigas que atormentan tu espíritu y tu cuerpo por el dia.

Pero no, despierta; consuélate con el infeliz que te acompaña: cuéntame tus desgracias, oye las mias, y entre ambos aliviarémos nuestras penas.

Mas no despierta, despues de que lo muevo fuertemente. Apenas se le percibe la respiracion. ¿Si estará enfermo, ó si se habrá privado en fuerza del dolor que lo oprime! Todo puede ser. Tocaré su pulso.... ¡qué horror! su mano yerta parece al mármol frio. Este desgraciado está muerto. Le alumbraré la cara...... ¡Qué susto! es un cadáver el que yo juzgué mi compañero. Esto me faltaba para acabar de confundirme. Todos son preludios de mi muerte. ¡Qué pavor! ¿Quien será este desdichado? Alumbraré otra vez, á pesar de que lo resiste no sé que secreta repugnancia.... ¡Qué objeto tan espantoso! Su cara está negra, sus facciones desfiguradas, sus manos traspasadas con dos saetas. Este infeliz, sin duda fué algun salteador que ajusticiaron, y lo han depositado en este calabozo para á la madrugada conducirlo á algun camino real. ¡Desdichado de tí! ¿pero qué digo desdichado? feliz y muy feliz. El ha muerto, es verdad: perdió la vida; pero con ella satisfizo sus delitos: murió, pero supo que fué justamente; dejó de ecsistir entre los vivos; mas tambien dejó de padecer los terribles remordimientos de su conciencia, y ya no vive en fin; pero descansa para siempre.

¡Qué diversa es su suerte de la mia! Yo tambien moriré, yo sufriré la afrenta que él sufrió; pero la sufriré inocente, padeceré sin culpa, y dejaré á mi triste familia la nota de la infamia, sobre el desconsuelo de mi pérdida. ¡Oh consideraciones funestas! ¡Oh momentos de desesperacion y de dolor! Solo la muerte podrá librarme del peso que me agovia.

Sí, muerte amiga, vén; ya no te temo, ya no te huyo: ya no eres á mi vista horrorosa ni formidable. En este cadáver te miro risueña y apacible: te considero como la única y poderosa redentora de todos los males de los hombres. Ven, muerte, pues; ven, apresurate á socorrer á un infeliz que clama porque lo recibas en tus brazos. El golpe de tu segúr es un solo golpe, terrible ciertamente; pero un golpe inevitable, y un golpe piadoso que nos redime de otros muchos mas tristes y temibles. Tú nos privas de la vida; pero ¿qué es la vida para que vivamos tan engreidos con ella? ¿Es otra cosa que una tela en donde se teje sin cesar nuestra desdicha? Murámos, Teófilo, y murámos contentos, pues con la muerte se consigue el descanso que jamas sabe proporcionar la vida.

Pero el cielo parece que atiende benignamente mis clamores. El estruendo de las llaves y candados, anuncia no se qué felicidad á mi corazon.

En efecto, es el carcelero: ya entra; pero admirado se detiene á mi vista.... Sin duda se ha compadecido y no acierta á darme la alegre nueva de mi muerte. Lo animaré: entra amigo, habla, no te turbes. ¿Vie-

nes á anunciarme el fin de mis últimos dias? ¿Vienes á conducirme á la capilla? Dílo todo: dame este gusto: no te dilates. Tú eres mi amigo, tú mi verdadero consolador: apresúrate á entregarme á la muerte lo mas pronto: á una muerte que espero con resignacion.... he dicho mal: á una muerte que deseo con ansia, y que considero como el fin de mis intolerables desgracias. Ya me es insufrible el peso de esta vida que arrastro. Ea, vamos á morir amigo, vamos á morir. ¡Ojalá se precipiten los últimos instantes de mi ecsistencia, como el peñasco que se desgaja de la cima de aquel monte!

CARC. No te traigo la fatal nocia que deseas....

TEOF. ¡Qué dices! ¿aun no se decreta mi muerte? ¿aun se me prolonga la vida para hacerme padecer con lentitud?

CARC. Me turbó el hallarte hablando solo y con tal enterza, cuando pensé que el miedo......

TEOF. Nada temo sino vivir.

CARC. ¿Tan mal estás con la vida?

TEOF. Para nada la quiero.

CARC. ¿Pues si el vivir te disgusta, vivirás á tu pesar. Siéntate.

TEOF. ¿Qué vas á hacer?

CARC. A quitarte los grillos.

TEOF. ¿Y para qué?

CARC. Para ponerte en libertad.

TEOF. ¿Qué dices?

CARC. Acaban de traer al verdadero Teófilo que

se buscaba, que es el delincuente, y te voy á echar a la calle antes que amanezca, y sepan los jueces la tropelía y mal proceder del comisionado.

TEOF. Yo lo perdono; pero no sé si me deba dar el pésame de esta desgracia.

CARC. ¿Desgracia llamas el recobrar tu libertad?

TEOF. Sí la llamo. Desgracia es vivir en un mundo lleno de peligros. Ya estaba yo resuelto á morir: ya no pensaba sino en salir de esta vida, para librarme del infinito número de miserias que nos afligen y amenazan cada instante. Tú me has quitado el gozo con que me disponia á recibir la muerte. Yo viviré, si, yo volveré á ver la luz del sol en mi libertad, y ¿para qué? para ser mañana otra vez el juguete de la foruna, ó el escárnio de los hombres.

¿Qué me importa vivir hoy, si mañana he de morir quizá mas afligido y mas desesperado? Hoy moriria con el consuelo siquiera de no merecer la muerte: moriria asegurado en mi conciencia; pero soy hombre: mañana puedo delinquir, y en este caso el castigo me sería mas doloroso.

CARC. A pesar de esto, tú debes vivir, pues está de Dios que vivas.

TEOF. ¿Yo debo vivir pues está de Dios que viva? Es verdad. Soy un nécio, soy un cobarde en apetecer la muerte, por ecsimirme de los males que me afligen. Solo la pasion ecsaltada puede en algun modo disculpar este bastardo modo de pensar.

Es una bajeza de ánimo el desear la muerte, por

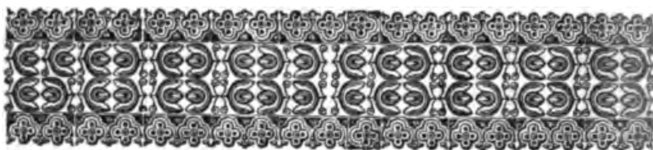
no sufrir con constancia nuestras infelicidades. La tranquilidad en medio de ellas manifiesta, sin la menor duda, la magnanimidad del corazon.

CARC. Ya estás libre. Vete.

TEOF. Adios.







NOCHE SEGUNDA.

LA PERDIDA EN EL BOSQUE.

TEÓFILO, RODRIGO Y MARTIN.

TEÓFILO. ¡Qué noche tan oscura y espantosa! Un precipicio se abre á cada paso. Las espesas y negras nubes nos impiden gozar siquiera la débil luz que prestan las estrellas. Nada tarda en descargar sobre nosotros la inmensa mole de agua que pende sobre nuestras cabezas... Ya gotea fuertemente... Los relámpagos nos deslumbran, y los terribles truenos de los rayos nos asustan y estremecen, amenazando cada instante nuestras vidas...

El aguacero crece por momentos, y el furioso huracán hace crugir las robustas encinas de estos montes. ¿Dista mucho, Rodrigo, la posada donde podamos guarecernos de esta terrible tempestad!

RODRIGO. No lo sé.

TEOF. ¿Cómo no? Pues al ajustarte conmigo no me dijiste, que sabias estos caminos?

ROD. Si lo dije, y alguna vez los he andado; pero

ahora no sé donde estoy. Nos hallamos perdidos. Vos teneis la culpa.

TEOF. ¿Yo?

ROD. Sí: vuestra indiscrecion en poneros á caminar cerca de ponerse el sol.

TEOF. El interés que tengo en caminar, no me permite dilaciones: quisiera ser rayo, para girar con su velocidad en pos de lo que busco.

ROD. ¿Pues qué buscais con tanta ejecucion?

TEOF. A mi esposa, á la querida mitad de mi alma, á la muger mas noble y mas amante.

ROD. Segun eso, ha huido de vos, y en este caso, no es tan noble ni amante como decís.

TEOF. ¡Ah! no injuries con tan bajos conceptos una alma tan grande y bondadosa. Mi muger no huyó de mí, ni nunca tuvo motivo para que temerme ni aborrecerme.

ROD. ¿Pues por qué la buscais por los caminos? ¿qué causa la obligó á separarse de vuestra compañía?

TEOF. Su lealtad, su amor, su fineza.

ROD. ¿Es posible qué por amaros se ausentó de vos?

TEOF. Sí, Rodrigo: anoche por un equívoco me ví en una horrible prision, acompañado de un cadáver. Al prenderme, no se me concedió ver á mi esposa: el ministro ejecutor de mi arresto, creyendo hacerme un gran servicio, dijo á ésta, que mis bienes se embargaban por una deuda, y que á mí se buscaba por lo mismo; pero que él tenia noticia de que

yo habia huido para Acapulco con designio de embarcarme.

Apenas mi fiel compañera oyó esta noticia y se vió despedida de su casa, cuando, segun me dijeron las vecinas, dejó sus hijos no sé donde, y ha marchado sola, á pié y sin dinero, en mi solicitud. ¿Qué podia yo hacer sino partir luego al instante en pos de una muger tan digna?

No he perdido mas tiempo, si puede llamarse perdido, que el que emplee en solicitar ó saber el paradero de mis hijos. En momentos recorrí por las casas de nuestros deudos y conocidos. Mas fué en vano: no los pude encontrar, y temiendo perderlo todo, me resolví y marché aunque ignorante del camino. En él te hallé, y en él te acomodaste á acompañarme. Hé aquí la justa causa de mi precipitada caminata, y la ninguna culpa que tengo en nuestra pérdida.

Rod. Ciertamente que son vuestros trabajos harto crueles; pero no tanto como los mios.

Teof. En nuestras mayores desgracias, debemos conformarnos con los sábios decretos de la Providencia.

Rod. Para el que se halla agitado como yo, del dolor, del temor y la desesperacion, esos consuelos son muy frios. Nada calman la agitacion de las pasiones.

Teof. Te engañas. Los consuelos mas sólidos y oportunos, no se hallan sino en el seno de la religion. Cuando el hombre no es ateista, no puede en-

contrar asilo mas
yores aflicciones,
Sí, Rodrigo: ell
de, autor de cua
cuanto hay dentro
esencia, y bueno
asegura que este S
mas que nosotros
se dirija á nuestro
que vela constante
omite por su parte
ROD. Bueno e
para misionero.
á las viejas y á los
Dudo mucho de lo
ese amor estrema
con el infinito enja
sero mortal, sin ce
hasta el sepulcro.
Conozco alguno
ó rara vez, le han
no de ellos. Toda
terrumpida de en
pesadumbres. No
superior á mí, que
que todo lo rodea
so designio, porqu
TEOF. Basta, I
arguye, ó un ent

muy corrompido, ó todo junto. Solamente una alma ennegrecida con tan criminales cualidades, puede agraviar á la deidad con semejante blasfemia. ¿Crees tú que el bueno, el justo, el piadoso por esencia, se complazca en lastimar á los que son hechuras de sus manos? ¿Piensas que nuestro soberano autor, es un padre cruel que, como el fabuloso Saturno, se deleite en devorar sus mismos hijos? No, Rodrigo, lejos de tí tan viles sentimientos.

Para que otra vez juzgues, y hables con decoro, acerca de la augusta Providencia, advierte: que no todos los que llamamos males lo son en realidad. Estamos acostumbrados á trocar los nombres de las cosas, y á cada paso llamamos al bien mal; y al mal bien. De aquí proviene que tengamos como un mal positivo todas las privaciones de nuestros gustos, y todo cuanto se opone al logro de nuestros deseos, aun cuando estos sean los mas desordenados. No es menester una revelacion para conocer, que muchas veces la Providencia embaraza nuestros designios por nuestro bien: la esperiencia y la razon, cuando le hacemos lugar, nos convencen de esta verdad.

Tambien debes advertir, que no todos los males que nos afligen vienen dirigidos á nosotros por un decreto absoluto de Dios. Mas veces buscamos el mal nosotros mismos, que las que él nos busca. El Ser Supremo impuso desde el principio ciertas y determinadas leyes á la naturaleza, que no las traspasará sino por un milágro; y así el fuego siempre devorará

lo combustible: el agua mojará: los graves se inclinarán ácia el centro: y así de todo. Dios concurre á las operaciones de la naturaleza, sin cuyo concurso todo se reduciria á la nada, y en este sentido se dice: que *no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios;* pero se ha de entender, sin una voluntad permisiva, no volitiva ó imperiosa. En tal sentido, es una verdad infalible que nada se hace sin la voluntad de Dios, ni el pecado, pues este se hace con su voluntad permisiva, es decir: lo permite, no lo quiere; y así permite que nos aflijan muchos males, que por otra parte quisiera que no nos afligieran. Por ejemplo: por un admirable mecanismo estableció Dios desde el principio la respiracion para la vida animal: siempre que esta funcion se detenga por mucho tiempo, faltará la vida. He aquí la ley de la sábia Providencia, ordenada á la naturaleza, en hombres, aves y brutos. Ahora bien: un desesperado suicidia se suspende de la garganta en un árbol, se impide la respiracion, muere, y quizá se condena. Estos son unos males positivos; pero están en el órden natural, y de consiguiente, en nada se oponen á la Providencia, ni á la suma bondad del Ser Supremo. Dios permite que aquel se ahorque, que en este caso muera, y que si muere sin su reconciliacion se condene, porque es la misma justicia. Dios permite todo esto; pero ¿dirémos que quiere se ahorque, y que muera eternamente? De ninguna manera: lo contrario nos asegura por su palabra divina: *que no quiere la muerte del pecador, sino su conver-*

sion y vida: luego éste se mató porque quiso, y no porque Dios decretó que tuviera un fin tan desastrado: sufrió un gran mal por su culpa, y no porque Dios lo condenó, aunque lo permitió. De esta clase son muchos de los males que afligen á los hombres, y que el impío atribuye al acaso ó á una Providencia cruel y sin órden.

Rod. Bien: pero lo cierto es, que Dios prevee el mal que me ha de afligir, puede evitarlo, y no lo hace, luego quiere positivamente que yo padezca el tal mal; pues á no querer, claro es que lo evitára, así como evitó que los leones devoraran á Daniel en el lago, que el fuego del horno de Babilonia consumiera los tres niños; que el mar anegara á los Israelitas, perseguidos por Faraon, y así como ha evitado otras innumerables desgracias.

Teof. Tu modo de discurrir, aunque estraviado, me confirma en lo que ya habia sospechado, por tu traje, y es que tus principios han sido otros que los de un mozo de camino.

Pero seas lo que fueres, á mi me basta verte sumergido en el error, para compadecerte y procurar desengañarte segun puedo. Cierto es que Dios prevee nuestros males, y que pudiera evitarlos si quisiera, como de hecho nos libra de mil á cada instante, y aun en la oracion domínica nos enseñó á pedirle que nos libre de todo mal; pero ¿de qué males nos librará con especialidad su Providencia? De aquellos que el hombre no se acarrea, de aquellos á que voluntariamente

no se espone, y de aquellos de que no se puede precaver por sus propias fuerzas, y aun de estos no siempre, sino cuando conviene á sus altísimos designios. ya se interese en ellos la gloria de su nombre, ya el bien de sus criaturas.

De esta clase de males, se vió amenazado Daniel en el lago: los niños en el horno, los Israelitas en el mar, y otros muchos; que ni se espusieron al mal, ni estaba en su arbitrio el libertarse de él. En éstos, Dios ha tomado por su cuenta el libertarlos, como lo ha hecho, interrumpiendo el órden prescrito á la naturaleza, de cuyos milágros ha resultado gloria á Dios y útilidad á todas sus criaturas.

Mas estos casos son muy raros, y el hombre jamás debe pedirle lo libre de los males por semejantes medios, porque esto se llama tentar á Dios, quien nunca hace milagros á nuestro antojo: ni mucho menos debemos esperar que nos libre del mal á que nos esponemos, conociendo el peligro eminente. Por esta razon tengo por una piadosa candidez, la devocion con que el toreador puesto delante de la fiera, invoca á los santos, esperando que Dios por su intercesion lo libre de aquel peligro, á que voluntariamente se espone; cuando él solo, sin ocurrir á Dios, pudiera librarse no poniéndose delante de las puntas del toro, quien seguramente no lo habia de ir á buscar á su casa para herirlo, y sabiendo, ó debiendo saber, que es una verdad eterna que *el que se espone al peligro, las mas veces perece en él.*

Rod. Eso es incontestable.

Teof. Pues á este modo son muchos de los males que afligen á los hombres, y siendo por su culpa, los atribuyen los impíos á la Providencia; pero injusta y temerariamente.

El que disipó su patrimonio, el holgazán inútil, el gloton, el pícaro, el pendenciero y otros así ¿con que cara se quejarán de la Providencia, por la miseria que les aflige, por las enfermedades que padecen, por los castigos, golpes y penalidades que sufren, cuando ellos con sus vicios y desarreglada conducta se labran sin cesár su suerte desgraciada?

Rod. Al fin quereis persuadirme que Dios no determina ningun mal á las criaturas, sino que éstas se buscan cuantos pedecen, y que por lo mismo es temeridad y tentar á Dios, pedirle que nos libre de los males. Dicid lo que quisieres; pero no sé cómo conciliar nuestra doctrina con la constumbre de la iglesia, á quien oígo pedir á Dios nos libre de todo mal. Bien lo sasbeis: preces tiene para suplicar nos libre de los rayos, de los terremotos, de las guerras, de las muertes repentinas, &c. &c., y segun esto, yo debo creer que todos los males son decretados por Dios, puesto que se le pide que nos libre de ellos, ó lo que es lo mismo, que jamas los decrete contra nosotros.

Teof. Tú teequ ivocas, Rodrigo, mi doctrina no se halla en oposicion con la costumbre de la iglesia. De las mácsimas de religion que ésta me enseña, saco cuanto te digo, y tú no entiendes; pero oye: la santa

iglesia pide á Dios que nos libre de todo mal, mas esto no prueba que Dios decrete todo el mal. El Sér Supremo no es autor del mal. El mal, te he dicho, que sucede con la permision de Dios; pero tambien te espliqué que no es lo mismo permitir que querer. Debemos pedirle que nos libre del mal, y confiar en supoder, pues es omnipotente y puede librarnos, y no solo puede, nos libra en efecto de mil desgracias, de que no podèmos precavernos, y con tanta bondad, que mil veces nos libra sin pedirselo. ¡Cuántas ocasiones acuérdate, cuantas veces hubieras perecido en esta riña, en aquel encuentro, en tal camino, en aquel rio, y en otros precipicios en que te haz visto, y de los que te ha sacado la Omnipotente mano del Altísimo? ¿De cuantos riesgos no te haz visto libre por esta invencible mano? Acuérdate, y reflecciona, que tú no fuiste suficiente á escaparte de ellos por tus propias fuerzas, y que quizá al tiempo de salvarte no te acordaste de Dios para nada, preocupado únicamente del susto que te amenazaba.

Pero de que Dios sea absolutamente poderoso para librarnos de todo mal, y de que así se lo debemos pedir; no se deduce que cuantos males nos afligen sean determinados ó decretados por Dios. Mucho menos se arguye que esté, digámoslo así: obligado á librarnos, aun á costa de milagros, de aquellos males, que nosotros nos acarreamos por nuestra culpa, ni á salvarnos de los peligros á que nosotros temerariamente nos esponemos. Sus atributos resplandecen en todo, y su bondad se hace perceptible aun á las criaturas insen-

sibles. *Los cielos anuncian su gloria, y las obras de sus manos certifican su poder.*

En fuerza de esta bondad, dotó al hombre de entendimiento, para conocer el bien y el mal, y le dejó un alvedrio para que despóticamente eligiera entre uno y otro, segun su gusto. Esta luz de la razon, y esta libertad concedida al hombre, lo hacen digno de premio ó de castigo. Liberalidad que cierra á los impíos la boca para que no puedan blasfemar contra la justicia ni providencia del criador, y que les arrancará á su pesar, aquella espantosa consecuencia: *luego solamente por nuestra culpa, por nuestra malicia y querer, nos apartamos del camino de la verdad.*

Hay otra equivocacion en la materia; vulgarmente llamamos mal á todo cuanto nos aflije, y en este sentido, los males de que nos quejamos, son los trabajos y miserias de esta vida. Ello es cierto, que así como no hay en el mundo otra felicidad que la que dá la gracia, que es lo que se debe llamar ùnico, sólido, y verdadero bien :así tampoco hay mayor infelicidad que el pecado, que es el solo y verdadero mal.

Pero aunque comparativamente llamemos bienes á las prosperidades temporales, y males á las miserias y trabajos, debemos advertir que Dios no solo permite que éstos nos aflijan segun el curso de las causas naturales, sino que muchas veces los ordena y nos los envía directamente, ó para nuestra correccion, ó para nuestro mérito, y en ambos casos, lejos de tenerlos por males, los deberiamos reconocer como unos bie-

nes celestiales, por mas que nos lastimen; así como el enfermo no tiene por un mal el cáustico; sino por un remedio eficaz, del que mil veces depende su salud.

Cuando el hombre se quita la venda de las pasíones y levanta los ojos limpios á su Autor, se consuela en medio de sus aflicciones con la seguridad de estas verdades.

Entónces se acuerda que dicen los proverbios: „*que los dias del pobre que teme al Señor, están llenos de privaciones; pero la tranquilidad de su alma le es en vez de abundancia.*" Entónces lee con gusto lo que dice san Pablo: „*gloriémonos en las tribulaciones, las cuales producen la paciencia, estableciendo esta la prueba de nuestro amor; y perfeccionando nuestra virtud, nos dá una esperanza firme.*" Entónces se acuerda con Job: „*que es dichoso el hombre á quien prueba el cielo, y que no se deja abatir en los trabajos, ni desanimar por los sufrimientos, que siendo la señal cierta de una predileccion divina, debemos llevarlos con alegria.*" Entónces sabe en el libro de los hebréos: que, „*no aflige Dios sino á aquellos que él constituye en el número de sus hijos, ni corrige sino á los que ama.*" Ultimamente, entónces conoce que „*son bienaventurados los que lloran, y felices los que padecen, siendo justos.*"

Rod. ¡Buen espíritu teneis para misionero! ¿Habeis acabado?

Teof. Nadie es capáz de elogiar dignamente las magnificencias del Señor; pero lo dicho es suficiente,

á mi parecer, para hacerte conocer que Dios es justo y bueno, sobre toda bondad y justicia, que su sábia Providencia todo lo ordena á nuestro bien, y que lejos de complacerse enlos trabajos que nos afligen, como piensan los impíos, incesantemente vela sobre nuestra sólida felicidad.

Rod. Así os parece, pero os engañais: nada de cuanto habeis habladó me convence. Hay criaturas nacidas solo para llorar y sufrir. ¡Desgraciado de mí! Soy uno de ellos....

Teof. Esfórzate, Rodrigo, que cuando pase la negra tempestad que te oprime, tú conocerás la verdad y te consolorás resignándote como debes, en la divina Providencia.

Rod. Vuestros consuelos son inútiles. Mi mal es cruel: mi dolor vehemente, y no tengo esperanza de remedio.

Teof. ¿Qué puede ser que no halle alivio en la esperanza?

Rod. Soy desgraciado. Hoy ha muerto mi esposa, la muger mas amable del mundo, y ha fallecido en los brazos del dolor y la miseria. Ha muerto en la flor de sus años, solo por haberme amado, y yo teniendo ó debiendo tener proporciones para haberla asistido, he sido tan desdichado, que ni la he podido sepultar, viéndome precisado á abandonar el cadáver, dejándolo solo en la accesoria en que vivía, y venir acompañandoos, sufriendo las inclemencias de esta pesada noche, y cosas peores.

TEOF. Es dolorosa amigo, tu situacion: yo te compadezco al par de mí; pero ¿qué crueles ocurrencias te condujeron á tan lastimoso estado!

ROD. Oíd en breve: yo amaba á la que fué mi esposa, y era correspondido de ella tiernamente. No restaba otra cosa, que casarnos para disfrutar tranquilamente nuestro amor; mi padre se opuso á este enlace injustamente, no porque mi esposa tuviera ninguna cualidad que la hiciera indigna de mí; sino porque era pobre. Yo no pudiendo resistir mi pasion, me casé contra su gusto, y él vengativo y codicioso, me desheredó al instante, dejándome en la calle y rodeado de miserias.

TEOF. Tu padre anduvo imprudente; mas tú debiste haber tentado otros medios mas suaves, para obtener su permiso,antes que atropellar su voluntad violentamente.

ROD. El era un viejo áspero, duro y cruel; al paso que afeminado y condescendente. Jamas me trató con prudencia, sino, ó con un rigor escesivo, ó con una mimada contemplacion, con cuyo arte logró que yo lo aborreciera unas veces, y otras lo tratara sin respeto. Ultimamente, si yo fuí un hijo perverso é ingrato, él fué un padre tirano y consentidor....

TEOF. Amigo, yo te he escuchado con espanto. Acaso tu padre será del estraño carácter que dices; mas nunca te es lícito deshonrarlo con tanta desvergüenza, ni pintar sus defectos con tan negros coloridos. ¡Pobre viejo! tal vez á esta hora tedrá noticia de tus desgracias: se habrá dolido de ellas: tratará de re-

dimir su imprudencia, te habrá buscado, y no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia. Vuélvete, Rodri o, vuélvete, y consuela su cansada vejez.

Rod. Melindrosas son vuestras persuaciones, el biejo cruel jamás me amó. Su hijo y su ídolo era el oro, ni conocia otro amor que el del dinero, y....

Teof. Bueno está; pero al golpe de la inmatura muerte de tu esposa, es de creer que habrá despertado de ese letargo; ya se acordará que es padre; estará pesaroso de su capricho, querrá consolarte y estrecharte en sus brazos. Sí, Rodrigo, así lo creo. Vuélvete, que el triste anciano estará llornado por tí á esta misma hora.

Rod. Os engañais. Mi indigno padre, á esta hora, no se ocupa sino en llenarme de maldiciones, que ¡ojalá no tarden en cumplirse!

Teof. ¡Qué profieres! Eso es temeridad.

Rod. No, sino una verdad evidente. Yo en medio de mi dolor y miseria, fuí á verlo para que me diera algun socorro: él me recibió con su acostumbrado desabrimiento: me irrité; quise tomar por fuerza unas onzas de oro, que habia sobre la mesa; él se llenó de rábia, me dió una bofetada, y yo entonces....

Teo. Qué ¿qué hiciste?

Rod. Le pasé el corazon con un puñal....

Teof. No prosigas. ¿Qué horror! ¡qué sacrílego átentado! ¿Sabes que has hecho? ¿sabes que has atraido sobre tí, todas las maldiciones del cielo? A tu pa-

dre? ¿al que te animó? ¿á tu vice Dios haz asesinado? ¿Es posible que aun vives? y....

Rod. Basta: no me conjures. Sé cual es mi delito; pero ¿qué tengo con saberlo? Todo lo he perdido en un momento: mi esposa, mi padre, mi hacienda, mi honra, mi libertad, mi vida y mi alma....

Teof. Cállate, bárbaro, tu alma no está perdida. Clama á Dios, y te perdonará.

Rod. Ya es tarde.

Teof. Jamas lo es para arrepentirse.

Rod. No puedo. Mi crímen es muy atroz.

Teof. La misericordia de Dios es infinita.

Rod. Para mí no alcanza.

Teof. Arrepiéntete, confia....

Rod. Me es imposible. La espada vengadora está sobre mi cabeza. La sombra de mi cruel padre me persigue. ¡Ay triste! ¿No la ves que horrible, y ensangrentada me persigue? Sí, mírala como anegada en unas negras llamas, me avisa estár en los abismos por mi causa: mírala que furiosa, y como me amenazan sus ojos centellantes y furiosos. ¡Miserable de mí!

Teof. Tu temor es fundado; pero no desconfies: clama á Dios....

Rod. Está sordo. ¿No ves cómo se tapa los oidos? Mi condenacion se ha decretado.

Teof. Rodrigo: vuelve en tí. Téme al Señor; pero duélete de tu culpa, y espera....

Rod. ¿Qué he de esperar? ¡Mal haya mi ecsistencia!....

TEOF. ¡Qué espanto! A la luz de este relámpago, he visto despeñarse desde esta cima al infeliz Rodrigo. Rodrigo.... Rodrigo.... No responde. El infeliz cayó en un impetuoso arroyo, y ha muerto impenitente. ¡Desdichado! Su crímen lo condujo á la desesperacion, y ésta á la impenitencia final. ¡Terrible estado!

Pero, ¡válgame Dios! Qué cerca estuve yo dé acompañarlo en tan aciaga muerte, si la atmósfera encendida tan á tiempo, no me avisara de mi prócsimo peligro. ¡Oh Providencia benéfica! Yo adoro tus decretos, y cosida la cara con la tierra alabaré y bendeciré tus admirables giros.

¿Mas, qué hago aquí? Ya parece que los aguaceros son menos fuertes: dentro de un rato es de creer que cesarán del todo, y que disipándose las ya delgadas nubes, abrirán el paso á alguna claridad. Me volveré por donde vine. Alta Providencia, en quien confio, sosténme en esta espantosa y tristísima noche, y dirige mis inciertos pasos, para que no me conduzcan al precipicio....

En efecto, la agua cesó; el horizonte se va limpiando, y no tarda la aurora en dejarse veer. ¡Oh, qué noche tan amarga ha sido esta! Anoche sepultado en una oscura prision, pensaba que no podia tener otra peor; mas esta ha sido mas fatal; aunque por otra parte mas provechosa para mí.

En medio de las incomodidades del recio temporal, del temor de los frecuentes rayos, del desvelo, de la

fatiga y de la incertidumbre del lugar en donde me hallo, me ha proporcionado mil saludables recuerdos el triste fracaso de Rodrigo. ¡Qué desgracia! ¡qué infelicidad la de ese hombre y la de su padre! Estas sí son desgracias, estos sí son verdaderos males y trabajos irreparables....

Verdad es que el avariento padre de Rodrigo, fué el motor de la desgracia de su casa. ¡Oh infame codicia, y de cuántos daños eres causa! Un padre cruel y aváro, hizo en pocós dias un parricida, sacrificó una jóven virtuosa en las áras de la miseria, y él mismo fué víctima de la desesperacion de su triste hijo. ¡Ay, hijos ingratos y desconocidos, que no sabeis sufrir los defectos de vuestros padres! Pero tambien, ¡ay de vosotros, crueles padres, que no condescendeis con vuestros hijos, en sus mas honestos y lícitos enlaces; sino que los castigais y aun aborreceis cuando estos no son conformes á vuestras miras codiciosas! Quereis casar los capitales y no las voluntades, como si el matrimonio fuera una negociacion profana, y no un Sacramento, Sacramento grande, como le llama san Pablo.

Mas ya la primera luz del sol alumbra los horizontes. Ya amanece. Las tinieblas se disipan, las inocentes avecillas, con sus dulces gorgeos, saludan al Criador; la naturaleza toda toma otro aspecto á la venida del padre de las luces, y....

Mart. Socorro, piedad, favor....

Teof. Pero, ¡qué lastimeros ayes hieren mis oidos! ¿Qué infeliz se queja y pide socorro en estos montes?

Mart. Pastores, ó baqueros, amparadnos.

Teof. A mi derecha se escuchan los clamores. Subiré á la cima de esta loma, por si descubro su desgraciado autor. Consuélate, infeliz, seas quien fueres, que aunque inutil, ya vuelo en tu socorro.... Pero, ¡qué miro! Un pobre hombre desnudo se deja veer desde aquí, atado á un tronco. ¡Triste espectáculo! Ya él me vió y con la cabeza me llama. Bajaré....

¿Quién eres, desdichado? ¿quién te ha puesto en tan amarga situacion? Ya te desato. Consuélate. ¿Lloras? ¿la voz se te anuda en la garganta? ¡Pobre de tí! Vamos: serénate, ó llora si de este modo se desahoga tu pena. Ya estás suelto. Soy tu amigo: refiéreme tus aflicciones, por si puedo servirte de algun alivio.

Mart. ¡Ah, buen señor! Yo soy un pobre que tengo un miserable ranchito (1), á dos tercios de legua de este sitio, y me llamo Martin. Anoche vine con mi muger á recojer mis vacas para llevarlas al corral, y nos asaltaron unos ladrones, nos robaron las reses, nos golpearon y desnudaron, y despues de esto, nos ataron á estos troncos.

Teof. ¡Y dónde está tu infeliz muger?

Mart. Allí está, señor, que ni el consuelo de estár juntos nos permitieron. Miradla.

Teof. Es verdad. Toma, cúbrete, y anda á cubrir y desatar á tu esposa....

---

(1) *Cortijo pequeño.*

Mart. ¿Qué haceis, señor? ¿Vuestra manga (1) a rompeis?

Teof. Sí; toma tú la mitad, y con la otra cubre á tu muger.

Mart. Esa manga está muy buena, es lástima que la destroceis; aun os puede servir.

Teof. Jamas puede servir mas dignamente. Anda.

Mart. Yo os agradezco, señor, esta fineza. Vuelvo.

Teof. ¡Qué fieros son los hombres! ¡qué insensibles! ¿No bastaba robar á estos miserables sus bienes, aún era necesario desnudarlos y maltratarlos hasta el estremo?

Mart. Señor, señor, venid á ayudarme, que mi Teodora ha muerto.

Teof. ¡Qué dices! ¿Esta otra desdicha te esperaba?.... Vaya, cúbrela bien y sostenla mientras la desato.... No te desconsueles. Está viva.

Mart. ¿Está viva, señor?

Teof. Sí, Martin, está viva.

Mart. No señor: ¿no veis que no habla, ni respira, y está fria como un yelo? ¡Ay de mí! que mi Teodora ha muerto.

Teof. No, infeliz, no ha muerto. Está desmayada y fria, por la agua y aire frio que ha sufrido en to-

---

(1) *Manga se llama en América, una especie de gavan talar que usa la gente de campo. Los que pueden, las usan galanas.*

da la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo, y sube tú á la grupa para que la llevemos á tu casa.

MART. Señor: la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habeis de ir á pié entre tanto lodo?

TEOF. No le hace: yo iré así de buena gana: importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guia.

MART. Sois un señor piadoso y compasivo.

TEOF. Solo hago lo que debo. Vamos. ¿Tienes hijos?

MART. Sí señor, tres chiquillos. Quien sabe qué habrán hecho toda la noche sin nosotros.

TEOF. ¡Triste de tí! Aun es jóven tu esposa. ¿Te ama mucho?

MART. ¡Ah, señor! por eso la amo yo tanto. Es muy amante y fina mi Teodora.... Pero ¿veis, señor? Ya desde aquí se mira mi chocilla.

TEOF. Es verdad. Aligera para que lleguémos pronto.

MART. Sí haré, y luego que lleguémos descansaréis, señor, y me hareis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora, mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, á ver si viene el padre vicario y el médico.

TEOF. Querría continuar mi camino; pero haré cuanto quieras en favor tuyo y de tu pobre esposa.

MART. Dios lo pagará, señor.

TEOF. Así lo espero.

MART. Hé: ya llegamos. Mis hijos aun duermen amontonados unos sobre otros.

TEOF. Pues no los despiertes. Ven, carguémos la enferma.... ¿Dónde la pondrémos?

MART. Aquí, señor: sobre estas jergas, que es toda nuestra cama.

TEOF. ¡Qué miseria! Abrígala con esas mantas secas, y dale á oler el humo de la lana quemada.... ¿Ya vez?... Luego que se va calentando, va volviendo.... Ya se mueve.... Repite la operacion.... llámala.... ¿Te responde?

MART. Sí, pero apenas la oigo, y habla despropósitos.

TEOF. En efecto, delira. La calentura es terrible. Ve por el médico, que el tiempo es muy de aprovechar en estos casos.

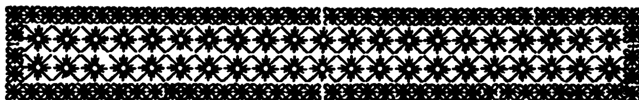
MART. Pondré, señor, vuestro caballo en el corral para que almuerce. Vos secad vuestra ropa al fuego, y recogéos cuando querais, asad una gallina, pues yo no tengo lugar, ni vos gustareis que me dilate.

TEOF. No en verdad. Anda que yo cuidaré de todo como pueda.

MART. Voime.

TEOF. ¡Qué desgracia es la mia! ¡Qué siempre haya de presenciar espectáculos tristes y espantosos!





NOCHE TERCERA.

EL DESVELO TRISTE.

TEÓFILO Y MARTIN.

TEOFILO. Ya anochece: la enferma se agrava por momentos: los ausilios faltan aquí del todo: estas criaturas lloran estrañando la compañía de un hombre que conocen, y Martin no parece. ¡Válgame Dios, y qué noche tan penosa se me prepara!

Pero aquel bulto que ya se mira cerca de la puerta ¿no es Martin? Sí, él es. ¿Qué hacias Martin? Ya estaba yo cuidadoso de tí. ¿Qué es del confesor que fuiste á traer? ¿Dónde está el médico? ¿Tú bienes solo?

MART. Sí señor, solo vengo.

TEOF. ¿Pues qué has hecho? ¿Por qué no vienen contigo esos señores?

MART. Porque soy pobre, y los hombres son muy crueles con los pobres.

TEOF. ¿Pues qué ha sucedido? ¿qué te han dicho? ¿por qué se han escusado?

MART. El médico no viene, porque habiéndolo ha-

llado en una hacienda lejos del pueblo, me pidió veinte pesos por la visita, y como no tuve para dárselos, se negó del todo.

TEOF. ¡Qué cruel! Ese bárbaro, si acaso es médico y no un ignorante charlatán, se ha olvidado del solemnísimo juramento que hizo de asistir á los pobres, cuando se ecsaminó. ¿No le ofreciste nada absolutamente por la visita? Pues en efecto digno es el que trabaja, de que se le pague su jornal en algun modo, y nadie debe darse por bien servido, pues todos comen de lo que trabajan.

MART. Sí señor: le ofrecí una baca con su cría, que es lo mejor que me dejaron los ladrones.

TEOF. ¿Y aun así no quiso venir?

MART. No, señor.

TEOF. Es un malvado. ¿Qué mas habias de hacer que ofrecerle cuanto tenias? En tí esa oferta ó prémio valía tanto como si un rico le hubiera prometido su caudal, pues tú le dabas todo el tuyo. Bien dices, que son los hombres crueles con los pobres. ¿Y el vicario, por qué no vino?

MART. Dijo que estaban los caminos muy pesados con la agua de anoche: que él estaba un poco acatarrado, y que despues de todo, la enfermedad de mi muger no sería nada.

TEOF. ¿Así se te escusó el vicario?

MART. Sí señor.

TEOF. ¿Qué hay que esperar de otros, si los que por su profesion y carácter debian dar ejemplo de ca-

ridad, así faltan á ella? ¿Y tú en vista de su escusa, no ocurriste al cura?

Mart. Sí señor; pero cuando lo ví, estaba divirtiéndose á los naipes, y me regañó mucho, diciéndome: que para eso tenia vicario: que si éste estaba enfermo y no podia venir, él no tenia la culpa, que volviera mañana ú otro dia á ver si se habia aliviado.

Teof. ¡Buen consuelo! ¡Escelente modo de cumplir con un cargo tan grave, como el de cura de almas! La lástima es que el caso que me refieres no sea falso. ¡Ojalá fueran ponderaciones tuyas, y no tuviera repetidos ejemplares este descuido tan notable! ¡Qué cosas! ¿Con que el padre vicario se escusa con lo pesado del camino, y el cura con que tiene vicario, y te dicen que la enfermedad no será nada, que vuelvas otro dia? ¿Y si no da tiempo el mal, y el paciente se vá sin confesion, qué cuenta darán á Dios de esas almas semejantes ministros indolentes (1)?

Mart. Señor, ¿y cómo está Teodora? ¿Se ha aliviado?

Teof. No, amigo: yo nunca trataré de engañarte. Tu pobre esposa está gravemente enferma. La fiebre es de lo mas violenta. Ya está manchada: el delirio es continuo: los dientes están negros: el aliento indica la gangrena: el sudor es frio: los síncopes conti-

(1) *¡Loor eterno á los ministros del santuario, que llenan sus deberes en el grave y delicado encargo de curas de almas!*

nuos: el hipo no tardará en acometerla, al que se seguirá su pronta muerte.

MART. ¿Qué decís, señor? ¿Su pronta muerte?

TEOF. Sí, hijo mio: es menester velarla esta noche, pues es dificil que amanezca.

MART. Pues perdonad, señor, entraré á verla.

TEOF. Sí, anda. Esos cuidados son muy dignos de un esposo sensible y hombre de bien. ¡Triste martin! ¡qué situacion es la suya tan desgraciada! Solo, pobre, cargado de una familia inútil é inocente, con su buena muger á las orillas de la muerte, y en un páramo que no presta el mas mínimo socorro. ¿Qué sentirá el corazon de este infeliz, y mas cuando se acuerde de la insensibilidad del médico y del vicario? ¡Ah! estos instantes son muy crueles. Es menester toda la fé y la gracia ausiliante para no confundirse... él llora.... ¡pobre hombre! Yo lo compadezco: es esposo y es padre: tiene razon. Procurémos consolarlo. Martin.... amigo, ven acá.

MART. ¿Qué mandais?

TEOF. ¿Cómo hallas á Teodora?

MART. Muy mala, señor: su muerte está muy próccsima. Nada habla, ni conoce: su vista está quebrada: el pecho se le ha levantado, y la ansia que tiene es terrible.... ¡Ay Teodora mia! ¿qué haré?....

TEOF. ¿Qué haz de hacer, amigo, qué haz de hacer? ¿No eres cristiano? ¿no sabes que hay un Dios? ¿no lo conoces? ¿no te acuerdas que es tu padre? ¿no estás seguro en lo mucho que te ama? Pues resígnate,

amigo, abandónate á su divina y justa Providencia, con la confianza de uno de tus hijitos cuando corre precipitado, y se deja caer entre tus brazos.

Yo tambien soy padre y soy esposo: mi muger es el mismo amor y la fidelidad misma, y mis tiernos hijos son pedazos enteros de mi corazon. Si tú supieras por qué causa ando yo por estos lugares que no conozco: si tuvieras noticia de mis tristes aventuras: si pudieras saber el grado de dolor que escitan en mi alma tus contratiempos, acaso te consolarias con tu suerte, y me compadecerias mas que á tí.

Sí, Martin: mi suerte es mas dura que la tuya. Tú verás morir á tu esposa, y tendrás el alivio de que eshale el último suspiro entre tus brazos: llorarás: multiplicarás tus sentimientos: lavarás su cara con tus lágrimas, lágrimas de dolor; pero en alguna manera lágrimas dulces, pues se derraman con el abjeto amado; en fin: tú quedarás asegurado de su muerte, y te volverás á tus hijos. Estos tiernos pinpollos de tu amor, serán muy suficientes para reparar una parte de la falta ds su madre, y tú en ellos encontrarás algun desahogo.

Esta es tu situacion ¡oh triste amigo! y estos los consuelos que aun te quedan; pero yo. ¡desgraciado! yo padezco tormentos mas crueles, y carezco de todo humano ausilio. Yo ando en pos de la muger mas amable, y no sé de ella: temo sus desgracias, y no puedo remediarlas; tengo hijos, y no sé en donde se hallan. ¿Dime ahora si mi situacion no es mas dolorosa que la tuya?

Pero ¿qué hemos de hacer, Martin, en estos lances? ¿Nos hemos de abatir, hémos de desesperarnos, hémos de entregarnos con imprudencia á un abandono horrible y criminal? Nada de esto. Levantémos el corazon á Dios, en nuestras mayores infelicidades: resignémonos en su alta y divina Providencia, y confiémos en que nada dispone que no sea ordenado á nuestro bien. Estos son los únicos consuelos que tenemos que esperar. Sí, Martin: la religion, la religion es el único escudo que nos presenta la fé en tan desiguales batallas. Quitémos la religion católica del mundo: olvidémos las promesas divinas: abandonémos esta esperanza, y en breve todo infeliz será un suicida. ¿Quién será bastante á sufrir con paciencia las intolerables miserias que nos afligen y rodean? ¿No ves como?..... pero anda, humedece los lábios á la enferma, y avísame del estado en que se halle.

Mart. Vos decís muy bien, señor; pero yo no puedo consolarme. Quisiera morir con mi Teodora.... Voy á verla....

Teof Yo creo muy bien que en estos duros instantes, no te será fácil el consuelo. No son nuestros corazones de bronce. Fuerza es que sientan los sensibles; pero tu fé, tu sencillez y religion, te sostendrán para que el sentimiento no esceda los límites de lo justo.... ¡Pobre Martin....

Mas él vuelve llorando, y apresurado. ¿Qué tienes? ¿se agrava mas la enferma?

Mart. Por momentos.

Teof. ¿Le has hablado? ¿Te conoce?

Mart. Cuando llegué abrió los ojos, me miró y dijo: „Yo me muero. Martin, cuida tus hijos." Entonces la tomé una mano, la llevé á mi boca, y la humedecí con mis lágrimas. Ella lo advirtió y me dijo: „No llores amigo, ¿pues qué no sabes que es fuerza morir alguna vez? esta vez se ha llegado, y yo estoy contenta esperando ir á descansar eternamente."

Cuando esto dijo, se volvió á privar, y á pocos instantes abrió los ojos restablecida del síncope, y esclamó: „Sí, mi Dios, yo perdono á los que son causa de mi muerte, porque tú me mandas perdonarlos. Recibe mi alma, y cuida de mi Martin y de mis hijos." Diciendo esto le repitió el síncope, y el hipo no la deja sosegar. Entrémos á verla.

Teof. Sí, Martin, vamos á ser testigos de una muerte feliz; pues segun lo que dices, tu esposa es una jóven de virtud.

Mart. ¡Ah señor! Mi Teodora es una santa. Los murmuradores de los pueblos, no tienen mas pero que ponerle que su virtud, y así la conocen por el sobrenombre de *la beata*.

Teof. Feliz quien justamente se hace merecedor de semejante sobrenombre. Entrémos....

En efecto está muy mala. Su última hora se acerca por instantes.

Mart. Lo mas que siento es, que no se haya confesado; bien que anteayer comulgó, como lo hace todos los dias de fiesta.

Teof. No te aflijas, que yo creo que no lo necesita. La resignacion con que está, la traquilidad con que espera la muerte, manifiesta el buen estado de su espíritu. Solo el justo no se aterroriza en este trance. La gracia y la serenidad de su conciencia, pintan en su cara una alegria nada comun á las almas, á quienes sus crímenes espantan. ¿No tienes alguna imágen de Cristo crucificado, que tenga algunas indulgencias concedidas para esta hora?

Mart. Sí, tengo una romana que tiene indulgencia plenaria.

Teof. Pues traela, que ya es hora: ya agoniza....

Mart. Aquí está.

Teof. Ponla en sus manos, y dime ¿es cierto ó me parece que está grávida?

Mart. No os entiendo.

Teof. Que está en cinta, ó embarazada como suelen decir.

Mart. Sí señor, y de cinco meses ha.......

Teof. Esta es nueva afliccion; pero Dios nós ayudará en todo. Sostenle la cabeza, y reza con migo el credo....

Mart. ¡Ay de mi Teodora....! Ya espiró.

Teof. Sí, amigo, ya comenzó á vivir eternamente. No te aflijas mucho. Su suerte ya es feliz para siempre.... Mas ¿qué es esto? tus hijos han despertado y se han entrado hasta la cama....

¡Qué escena tan triste y dolorosa! Martin no despega su cara de la difunta, y sus tiernos hijos se echan

llorando sobre el cadáver. Quién podrá reprimir los sentimientos naturales, ni cómo podrémos imponer moderacion en estos lances? Todo es aquí tristeza, gritos, lamentos y suspiros.

Pero es preciso acudir á lo importante. Martin: ya tu esposa murió: ya esto no tiene romedio; pero el hijo que encierra en su vientre, nos llama en su favor. Es necesario tratar antes que muera de administrarle el sacramento del bautismo.

MART. ¡Ay señor! ¿y como podrémos hacer eso?

TEOF. Muy bien: haz que estos niños se retiren á un cuarto separado, lo mas pronto que se pueda, y ven acá.

MART. Vamos, hijos.... Ya están encerrados.

TEOF. Prevén una pòca de agua clara.

MART. Voy á traerla....

TEOF. Yo solo entre tanto haré la operacion, para que Martin no tenga esto mas que sentir.... Por fortuna él se ha dilatado el tiempo necesario. Ya está el niño en mis manos, y aun vive....

MART. Aquí está la agua.

TEOF. Dámela.... Yo te bautizo, &c.

MART. ¡Qué es esto!

TEOF. Es tu hijo que ya está bautizado. Míralo. Todavia se mueve, aunque poco tardará en espirar.

MART. Pero, señor, ¿cómo hiciste esto?

TEOF. Muy breve, y ésta fácil operacion que se llama *cesarea*, deberian todos saberla ejecutar, por las útilidades que trae en estos casos.... pero tus hijos

lloran mucho, y hacen muchos esfuerzos para entrar. Abreles, dales este consuelo á los inocentes....

Ya este malogrado infante murió. Lo envolveré en este paño y lo pondré junto al cadáver de su madre. Las criaturas entran, y el triste espectáculo se representa de nuevo con doble amargura. Fuerza es dejarlos que se desahoguen.

¡Oh muerte! ¡Qué terrible es tu imágen, y qué triste el recuerdo de tu infalible venida! Toda esta pobre familia está envuelta en la mas dolorosa confusion. Martin aprieta contra su pecho, la cabeza de su esposa: los niños besan sus manos, abalanzándose al cadáver de su madre. Todos lloran, todos sienten su desventura, y manifiestan sus sentimientos en el mas alto grado de ternura. Solo Teodora está inmóvil: solo ella yace insensible en medio de esta escena de dolor.

Pero ¡ah! que no es Teodora la incensible, no es ella la que yace en esa pobre cama; es el cadáver de Teodora, la porcion material y corruptible de su compuesto; mas Teodora no ecsiste. Su espíritu ha recojido el prémio debido á sus méritos, y su cuerpo en breve será entregado á los gusanos. ¿Y es posible que el mismo fin he de tener yo, han de tener Martin, sus hijos, los nietos de estos, y todas las generaciones venideras? ¡Oh qué verdades tan tristes, pero qué ciertas!

Son las tres: no puede tardar mucho en venir el dia: consolémos al pobre Martin, y hagámos se dispoga á sepultar los restos de su esposa. Martin.... amigo,

da la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo, y sube tú á la grupa para que la llevemos á tu casa.

MART. Señor: la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habeis de ir á pié entre tanto lodo?

TEOF. No le hace: yo iré así de buena gana: importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guia.

MART. Sois un señor piadoso y compasivo.

TEOF. Solo hago lo que debo. Vamos. ¿Tienes hijos?

MART. Sí señor, tres chiquillos. Quien sabe qué habrán hecho toda la noche sin nosotros.

TEOF. ¡Triste de tí! Aun es jóven tu esposa. ¿Te ama mucho?

MART. ¡Ah, señor! por eso la amo yo tanto. Es muy amante y fina mi Teodora.... Pero ¿veis, señor? Ya desde aquí se mira mi chocilla.

TEOF. Es verdad. Aligera para que lleguémos pronto.

MART. Sí haré, y luego que lleguémos descansaréis, señor, y me hareis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora, mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, á ver si viene el padre vicario y el médico.

TEOF. Querría continuar mi camino; pero haré cuanto quieras en favor tuyo y de tu pobre esposa.

MART. Dios lo pagará, señor.

TEOF. Así lo espero.

MART. Hé: ya llegamos. Mis hijos aun duermen amontonados unos sobre otros.

te de vosotros mejor que ella, con tal, que confies en su bondad inacabable. Esto todo es así: tú lo conoces, con que haz lugar en tu corazon á estas verdades, y verás como se mitiga tu dolor.

Entre tanto: acude ahora á lo mas importante. ¿Qué haz pensado á cerca de darle sepultura á este cadáver; pues la gangrena es terrible, y lo corrompe cada momento mas y mas?

Mart. ¿Qué he de pensar, señor? No tengo un real, y es menester mucho, para conducir el cadáver al pueblo, y para pagar los derechos....

Teof. No te aflijas. Toma este relox que es de oro, y véndelo en el pueblo en lo que puedas, que bien tendrás para salir de esta afliccion; y para que no te dilates, ensilla mi caballo y vete: yo te espero; mas mira que no tardes, pues me importa continuar mi camino.

Mart. Señor; vos sois mi padre y mi ángel tutelar: vos sois el único mortal compasivo, y....

Teof. Basta, Martin: anda pronto que ya no tarda mucho en venir el dia, y el tiempo nos hace falta.

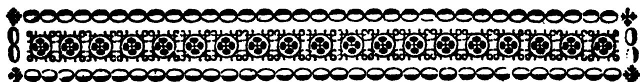
Mart. Pues señor, si mi prontitud os agrada ya vuelvo.

Teof. ¡Válgame Dios, que alegre va el pobre de Martin con el relox, y qué placer tan dulce se siente al hacer un beneficio! Bien hayan los ricos que se dedican á favorecer á los miserables! Bendito sea su dinero cuando se emplea en aliviar las desgracias de los hombres!

Aun tarda mucho mas de lo que quiero, en venir la luz del dia, para alegrar el mundo: las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena: los pobres chiquillos se han qnedado dormidos sobre el cadáver de su madre, cuyos miásmas corrompidos ya son intolerables al olfato, y si permanecen así, están en evidente riesgo de contagiarse. Los quitaré: sí, su sueño es profundo, los pondré por este otro lado, y cargaré sobre mí al mas pequeño.

¡Pobrecito! él suspira en medio de su sueño. Parece que conoce toda la falta que le ha de hacer su madre. ¡Triste recuerdo! ¿Qué será de mis hijos? ¿Dónde estarán? ¿Si los amará la persona que haya quedado en el encargo de su cuidado? ¡Ay amable Dorotea! ¿Qué hiciste? ¿Dónde estarás? ¿Por qué me amaste tanto, que te espusiste á perderte, y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme?

Mas ¿qué habrá sido de tí: jóven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado á esta hora debe ser infeliz. Si á mí, siendo hombre, me han asaltado tantos trabajos y peligros, ¿cómo es posible que tú hayas qnedado libre de ellos? ¡Ay Dorotea! ¡quién supiera de tí, quién estuviera en tu compañía al lado de mis hijos! ¡Oh suerte triste y desgraciada! ¡Oh Providencia eterna y arreglada! Sosténme para que no me abata hasta el estremo, en situacion tan lamentable, pues estos tristes objetos que me rodean, parece que me pronostícan aún nuevas fatalidades, y que no son sino los mas fieles retratos de las desgracias que amenazan á mi muger y á mis hijos.



NOCHE CUARTA.

EL CEMENTERIO.

TEÓFILO Y UN SEPULTURERO.

TEÓFILO. Cumplió Martin, en cuanto pudo, con las leyes de la gratitud. No podia hacer mas que haberme sacado al camino. Ya estoy en él. La noche con sus tinieblas ennegrece la tierra: los horizontes se han cerrado, y la tempestad se prepara muy aprisa: aquí se divide el camino en tres veredas, ¿cuál será la que deberé seguir para no perderme segunda vez?

No sé lo que he de hacer; mas es fuerza resolverme. Tomaré esta vereda que es la mas ancha. ¡Ay amable Dorotea, qué de aflicciones me cuestas! Y qué bien sufridas serán por mí, como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados!.... De la noche á la mañana se lloran en la mas amarga horfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi muger y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto á semejantes desventuras?

Ya la agua cae. Los relámpagos, precursores de

la terrible tempestad, se multiplican con espanto, y la oscuridad de la noche me impide veer en donde estoy. Yo me he perdido, sin duda alguna; pero pues me hallo á la boca de esta pequeña gruta, me guareceré en ella, á pesar del horror que me impone. Tal vez pasará pronto el aguacero, y con mas luz, acaso encontraré el camino que deseo. . . . La boca de la gruta es muy estrecha: apenas cabe un solo hombre. Me apearé, y tendré mi caballo del ronzal. . . .

¡El cielo me valga! . Aturdido me ha dejado el rayo que acaba de dispararse de las nubes. Sin duda que ha caido no muy lejos de mí. . . . pero ¿qué es esto? El estallido espantó á mi caballo y ha huido, quitándome el cabestro de la mano. Ahora es peor mi situacion. Solo, perdido y á pié, veo mucho mas distante el logro de mis inocentes designios.

No parece sino que de cuatro noches acá se han conjurado contra mí, nó solamente los hombres, sino hasta los mismos elementos. Sí: yo soy el mas desventurado de los mortales. ¿Qué culpa tan grande he cometido que he atrahido sobre mí la maldicion del cielo? La calumnia y la afrenta me persiguen; mis intereses se pierden: mi esposa huye de mi cuando parece que me busca: mis hijos se alejan de mi vista: el criado se mata y se condena delante de mis ojos: muere una muger á quien quise prestar algun alivio: jamas hallo el camino que deseo: el caballo me deja: la tranquilidad me falta: mi esperanza desfallece, y por todas partes me rodea la sombra de la muerte.

¿Qué haré, ¡infeliz de mí! qué haré en tan triste y deplorable estado? Los hombres me afligen y abandonan, y los cielos se empeñan en mi ruina.... ¿Pero, ¿qué es lo que digo? ¿Yo soy Teófilo? ¿Yo me glorío de ser cristiano.... y yo soy el que á otros he dictado los consuelos de la religion católica, para remedio de sus aflicciones? ¿Pues cómo ecsagero las mias hasta el estremo? ¿Cómo profiero unas quejas tan agrias contra el cielo? ¡Ah! yo me he olvidado de quién soy, y he querido arrojar lejos de mí el único apoyo con que he contado siempre en medio de mis amarguras; pero ya me avergüenzo y arrepiento de mi ligereza criminal. Cubre ¡ó noche! con tu negro manto este descuido, y esconde de mí mismo, entre tus sombras, mi cobarde abatimiento, y entonces alzaré los ojos y buscaré la firme religion que me sostiene.

¿Quién soy? ¿Quién es el hombre, para no padecer en esta vida? Y ¿qué es la vida, sino un camino forzoso sembrado de espinas, por el que tiene que pasar todo el que vive? Pues si es forzoso, si nadie puede ecsimirse de sufrir, prudencia es resignarse en los trabajos.

Nacemos de muger, dice Job, *para vivir poco tiempo, y éste lleno de miserias:* Y ¿quién fué Job que estampó esta amarga verdad? ¡Ah! fué un hombre á quien el mismo Dios calificó por el mas justo de su tiempo, y fué á quien probó con las mayores calamidades y desdichas. El perdió sus haberes, sus hijos, su salud y su opinion. La muger que le quedó lo iba á insultar,

y sus pocos amigos tan solo iban á mofarlo en sus desdichas, y á aumentar el sentimiento de sus pesares, y su resignacion en ellos fué el modelo de la mas cristiana conformidad. A todas horas bendecía el nombre del Señor, adoraba sus decretos en el silencio, y obedecia su voluntad en medio del dolor y la amargura.

Pues si esto sufrió, si estas saludables lecciones me enseñó aquel justo, ¿qué deberé hacer yo, que acaso soy el mas delincuente ante el mas recto tribunal? ¿Qué deberé sufrir, y con cuánta razon no debo conformarme con los sábios decretos de la Providencia?

Bien conozco, decia yo antenoche al infeliz Rodrigo, que Dios nos ama: que nada decreta ni dispone sino con direccion á nuestro bien: que mil veces permite, y no quiere, el mal que nos aflige, pues ¿por qué no hago estas reflecciones sobre mí? ¿Por qué no aprovecho estas mácsimas saludables?

Estoy asegurado por la fé, por esta infusion divina de la gracia, de que Dios ó decreta ó permite las tribulaciones que padecemos, unas veces para nuestra correccion, y otras para nuestro mayor mérito y provecho. Pues bien: si los trabajos que padezco son en castigo de mis culpas, debo sufrirlos gustoso, ya porque los merezco, y ya porque quien me castiga es mi padre, y me prueba su amor al correjirme; y si me los envía para acrisolarme, ¿qué mayor dicha que poder convertir la escoria en oro, y el mismo veneno en medicina? Así es que yo debo, de cualquier modo, sufrir estas infelicidades con paciencia.

A mas de que la vida del hombre es una guerra continuada, y para salir victorioso de la guerra es muy preciso el esfuerzo en el soldado. Es verdad que no siempre está en nuestra mano el conseguir este esfuerzo. Nuestra naturaleza es muy débil, y nuestro corazon muy pequeño: poco peso nos rinde, cualquier violencia nos avasalla y abate; pero sí está en nuestra mano el suplicar al cielo que nos imparta este esfuerzo, y que avalore nuestro espíritu desmayado. Así lo debo hacer. Los trabajos que paso no son comunes: mis penas ya me son insufribles, y mi alma desfallece á cada paso.

Sin embargo: yo quiero resistir á la violencia de mis pasiones, quiero conformarme con los soberanos decretos, y deseo para esto ser superior á mí mismo. Pues si esto deseo, si ésto quiero como justo y razonable, y no me hallo con fuerzas suficientes, tú, santo cielo, anímame, fortaléceme, y haz que me sean fructuosas mis desgracias.

Mas ya el aguacero ha pasado, y la pálida luna envía alguna pequeña luz por entre las delgadas nubes que la cubren. Subiré por la falda de este cerro, por si descubro algun camino real, ó alguna choza, que me proporcione un pasagero descanso en esta amarga noche....

En efecto: ácia aquella parte se oyen ladridos de perros, y al opuesto lado se vé una opaca luz, que sin duda será de alguna hacienda. Yo he de bajar....

Así es, no me he engañado. Donde ladran los per-

ros es un pueblo. ¡Qué claras llegan aquí las voces de sus vecinos! Pero este rio me embaraza pasar en él la noche. Lo mas acertado será, ir á la casa donde se ve la luz. Voy....

Pero, ¿qué es esto? Un gran edificio es el que toco, mas no conozco su estructura. La triste luz alumbra un retablo de las ánimas: quizá el que vive aquí tendrá esta santa devocion. He llegado por fin á la puerta. Ya está vieja, y por entre sus rendijas no se ve cosa que aliente mi esperanza. Totalmente ignoro que es lo que puedan contener estas paredes. No obstante, tocaré.... Un profundo silencio reina en cuantos habitan esta casa. Quizá duermen. Golpearé con esta piedra.... Mas ¡qué asombro! A mi impulso se han abierto las puertas. ¡Gran descuido!

Tengo de entrar para averiguar por mi mismo qué lugar es este que me infunde horror y respeto.... Yo entro.... Pero ¡ay! he tropezado con una calavera. No se encuentran por aquí sino los miserables restos de nuestra corruptible humanidad.

¡Válgame Dios! Este es un panteon ó cementerio. La plegaria de las ánimas que tocan en el pueblo se oye aquí clara y distintamente. Todo me recuerda la frágil ecsistencia de los hombres. ¡Memorias tristes!

¡Qué momentáneos son los dias de nuestra vida! La dilatada carrera de los años pasa en un soplo, y las generaciones se precipitan al sepulcro. Mis padres ya no ecsisten: una multitud de amigos que trataba, ha desaparecido de mi vista, como las imágenes del

sueño. Forzoso es ofrecer mis votos á sus manes. El tiempo, la hora, el lugar, me convidan á pagar este ligero tributo á su memoria....

¡Oh lugar pavoroso y terrible!.... ¿Entraré mas á dentro? ¿Y por qué nó? Por ventura, ¿algun dia no he de ser morador de estos recintos opacos? Yo entro.... Mas ¡oh, qué horror sobrecoje mi espíritu en este santo lugar de la quietud! El pelo se me eriza.... El rumor de las hojas de los funestos cipréses me aturde y desanima: mis pasos vacilantes sobre la floja tierra de los sepulcros, parece van á hundir en la huesa mi máquina desfallecida.... Parece que miro levantarse de sus reposos, los venerables cuerpos de los muertos que aquí yacen, y que moviéndose al rededor de mí, me reprehenden la ligereza de haber profanado el lugar destinado á sus cenizas.... Un humor frio discurre por las venas, y la barba no está fija debajo de mis lábios.... Yo me vuelvo.

Pero ¿qué me sorprende? ¿Qué añade nuevo miedo á mi pavor? ¿Es acaso el canto triste de la melancólica lechuza, ó el clamor de las campanas, que con su plegaria me traen á la memoria la espantosa, pero cierta idea de los espíritus de mis hermanos, que separados de esta masa corruptible, ecsigen mis oraciones y mementos para cooperar á la satisfaccion de sus defectos?

Si esto es así, lejos de amedrentarme, debe reanimar mi alma debilitada por las primeras impresiones del horror y la preocupacion, para entrar en este san-

to lugar como al asilo de la paz; como á la casa de mis mejores amigos....

En efecto, yo afirmo mi pié débil, me sostengo, me esfuerzo y me siento junto de este sombrío ciprés á vencer la repugnancia que tengo de estar en este triste lugar, considerando que es ocioso desentenderme de la muerte, ni temerla, cuando ella va dentro de mí, y me acompaña á todas partes.

Sí: aquí pasaré la noche, y haré sufragios por las ánimas de los que yacen en estas bóvedas lúgubres, acordándome, que en las sagradas letras se lee: que, *es santo y saludable orar por los difuntos, para que sean absueltos de sus culpas:* y de que Judas Macabeo, penetrado de esta verdad, envió á Jerusalen doce mil dracmas de plata, para que se ofreciesen sacrificios por los pecados de los muertos.

Pero, ¿qué es esto? ¿Qué ruido escucho ácia mi derecha?.... ¡Ah, qué susto! La pared de aquel sepulcro se abre por sí sola, y á merced de los opacos rayos de la luna, veo salir de su oscuro centro un cadáver.... ¿Si me engañaré? ¿Si será esta una ilusion de mi triste y desordenada fantasía? ¡Ah! no. Yo estoy en mí perfectamente. El bulto se dirige ácia mí con precipitacion. Quisiera huir; pero mis coyunturas están lacsas. El terror y el espanto sobrecogen mi corazon. El bulto se detiene á mi presencia.

Mas ¿qué es esto? Un hombre vivo es el que yo juzgaba cadáver. Ya respiro. Ha sacado tabaco de la bolsa, y lo enciende en el pedernal y la yesca. El

pobre no me ha visto, ni puede saber si estoy en este sitio. Es regular que al verme derrepente se sorprenda, creyéndome difunto, y puede ser se asuste de manera, que no baste su vida á resistirlo. Le hablaré..... Amigo....

SEPULT. ¿Quién es?.... ¡ay!

TEOF. Yo: no témas: no soy ningun cadáver. Soy un pobre caminante perdido, que me he entrado aquí para pasar la noche. Acércate.

SEPULT. ¿Pues cómo.... quién.... por dónde?....

TEOF. Vaya: depón tu turbacion, amigo: reconóceme.

SEPULT. ¿No sois muerto, fantasma, ó cosa mala?

TEOF. No, amigo, harto malo soy; mas aun respiro el aire de los vivos. Ya te he dicho del modo que entré aquí. Díme tú ahora ¿quién eres, y qué haces á estas horas en este espantoso lugar?

SEPULT. Señor: yo me llamo Alfonso: soy el sepulturero que cuida este cementerio, y vine esta noche á cierta diligencia, que no puedo hacerla por el dia.

TEOF. Cierto, que me asustó tu presencia demasiado.

SEPULT. Y á mí la vuestra: pues aunque estoy acostumbrado á manosear los muertos, no estoy hecho á que ninguno me hable.

TEOF. Bien: pero ¿qué tan precisa es la diligencia á que veniste?

SEPULT. Yo os lo dijera; pero tengo miedo de que mañana lo conteis por el pueblo, en cuyo caso, el me-

nor mal que se me seguirá, será el perder mi acomodo para siempre.

Teof. No temas que yo jamas descubra lo que tú me fies en secreto, y mucho menos cuando me adviertes, que de la infraccion del sigilo, puede seguírsete algun daño. No permita el cielo que por mi causa se le origine mal á algun hombre.

Sepult. Segun eso, vos sois hombre de bien, y sabeis lo que es un secreto y á cuanto obliga.

Teof. Si lo sé, y en prueba de que lo sé, ya no ecsijo que me refieras el motivo de tu venida al cementerio. Basta que tú la sepas, sea cual fuere. No quiero que me reveles tu secreto. Guárdalo en tu pecho, para que así me trates sin la sospecha de que te llegue á descubrir.

Sepult. ¡Oh! yo conozco muy bien con eso que decís que jamas descubrireis lo que se os confie. ¡Grande cosa es saber guardar un secreto! Ahora sí me quiero fiar de vos. Sabed....

Teof. Te he dicho que no quiero saber nada, ni me importa el indagar las intenciones que te han traido aquí. Solo te suplico que por caridad, si no tienes cosa que lo impida, me hospédes en tu casa por esta noche.

Sepult. Lo haré de buena gana; pero os suplico yo tambien, que me ayudeis á lo que vengo á hacer. Ello es cosa fácil, y en un instante acabarémos la obra.

Teof. Bien: ya puedes disponer de mi persona y decirme en qué puedo serte útil.

SEPULT. Pues habeis de saber, señor, que esta mañana sepulté una muerta que tiene buena ropa: luego que la ví, le eché el ojo, como lo tengo de costumbre; porque, á la verdad, lo necesito; y para desnudarla me vine aquí esta noche; pero apenas habia cavado la sepultura, cuando comenzó á llover, como habeis visto. Entonces arrimé aquí junto de vos mi pala y mi hazadon, y me metí dentro de aquella bóveda, de donde me visteis salir, para resguardarme de la agua; pero por mis pecados me quedé dormido, y ya pienso que no tardará en amanecer: y no solo siento el tiempo que he perdido, sino que ya habia sacado alguna tierra, y es regular que haya calado la agua, y haya empapado la ropa de la muerta, y si no se saca pronto y se lava, se podrirá y se perderá todo el trabajo. Por eso os ruego que me ayudeis un rato, y yo os prometo que os llevaré á descansar á mi casa de buena gana. Solo quiero me alumbreis mientras trabajo. Aquí traigo una vela de cera para el efecto.

TEOF. Alfonso: yo estimo la sencilla revelacion de tu secreto, y te doy las debidas gracias por el hospedage que me ofreces; pero no quisiera que insistieras en llevar al cabo tu intecion.

SEPULT. No tengais miedo: nada nos ha de suceder: es cosa de un momento.

TEOF. No tengo miedo; pero no quisiera que cometieras tal atentado, pues lo és el ecshumar un cadáver para desnudarlo. Los cuerpos muertos no pueden hacernos ningun mal, mas ecsijen nuestro respeto pa-

ra que no los profanémos, porque ignoramos la suerte que habrá cabido á sus espíritus.

SEPULT. Yo no entiendo de eso, ni lo hago por hacer mal á los muertos; sino por socorrer la mucha miseria de mi familia. ¿Pensais, señor, que si mi estado fuera menos miserable, habia yo de ocuparme en un oficio tan súcio y espantoso? ¿Os parece un trabajo muy fácil y llevadero, tratar todo el dia con cadáveres, lodo, podre, gusanos y hediondez?

TEOF. En verdad conozco que solo una necesidad muy estrecha, puede reducir á ejercitarse en un trabajo tan asqueroso y repugnante; pero ya te haz sujetado á él, debes cumplir en todo con tus obligaciones, absteniéndote de cuanto no te es lícito, y contentándote con tu salario, que á fé que no será tan escaso que deje de proporcionar tu subsistencia.

SEPULT. A fé que sí, es escaso y muy escaso. Apenas alcanzo para mal comer, y por eso me ayudo de este modo. A la hora de esta mi muger y dos hijas que tengo, están durmiendo en un jergon, y tapadas las tres con un petate, y están tan desnudas, que no pueden ponerse delante de las gentes. ¿Qué os parece?

TEOF. Tu miseria oprime mi corazon. Quisiera estár en lugar y ocasion de socorrerte.

SEPULT. Pues ya veis como tengo razon de desnudar á los muertos que me caen trataditos, que en estos tiempos son muy raros. Los mas vienen con la mortaja pegada al hueso: ántes esta muerta de hoy ha si-

do una fortuna. Gracias á que es forastera, y nadie la conoce por aquí; con esto no hubo quien le comprara mortaja, y fué preciso que la enterraran con su ropa, que no está mala; pero si alcabo se la ha de pudrir la tierra, mejor será que sirva á mi familia.

TEOF. Tu necesidad estrema, y tu sencillez, acaso podrán disculpar tu atrevimiento. ¿Conque esa muerta es forastera y nadie la conoce en este pueblo?

SEPULT. No, señor, nadie la conoce.

TEOF. ¿Pues cómo está decente y murió tan pobre que no tuvo para mortaja?

SEPULT. Porque no murió en su tierra ni en su cama.

TEOF. ¿Pues cómo?

SEPULT. Unos ladrones la mataron por robarla; aunque no lo pudieron conseguir.

TEOF. ¡Pobrecita! ¿Y dónde?

SEPULT. En el camino real, en esta misma madrugada.

TEOF. ¿Es posible?....

SEPULT. Sí señor.

TEOF. ¿Y seria ya muger vieja, no es esto?

SEPULT. Nada de eso: era una moza como de veinte años: y buena moza.

TEOF. ¡Qué desgraciada! Ya deseo conocerla.

SEPULT. ¿Qué, os interesa?....

TEOF. ¡Ay Alfonso! Siento dentro de mí un no sé qué, que me está impeliendo á conocer á esa desventurada jóven. ¿Y cuál era su trage?

SEPULT. Un túnico de indianilla morada, zapatos blancos de seda, un pañuelo bordado, y....

TEOF. Basta, amigo, basta. Esas señas convien mucho á la muger que mas amo.... Anda, ven, escarvémos, date prisa....

SEPULT. ¿Cómo es esto, tan pronto habeis variado de pensamiento? No ha un credo que me reprehendisteis mi determinacion de desnudarla; y ahora vos mismo me dais prisa á desenterrarla.

TEOF. Sí, Alfonso sí.... Estoy ansioso por conocer esa hermosa desgraciada.

SEPULT. ¿Qué os importa?

TEOF. Mucho, mucho. Anda, vamos. Encenderé la vela.

SEPULT. Yo escucho á este hombre con espanto. El se ha asustado, y apenas articula las palabras....

TEOF. Ya está aquí la luz. Anda, amigo: vamos, toma el azadon, date prisa.

SEPULT. Vuestro empeño me confunde. ¿Sois vos acaso su asesino? ¿La mataisteis por celos?....

TEOF. ¡Ay de mí! Soy su asesino.... no sé.... porque yo.... el corazon no me cabe en el pecho.... Díme ¿quién la mató? ¿Cómo se llama? ¿De dónde es?

SEPULT. Basta, señor, nada sé yo de cuanto preguntais.

TEOF. ¿Se confesó, ó murió en el instante?

SEPULT. No señor: sobrevivió tres horas, y murió muy cristianamente. A todos enterneció su muerte, y al señor cura....

TEOF. Cava, cava, date prisa, anda....

SEPULT. Pero, ¿por qué me apresurais con tanto estremo?

TEOF. Porque deseo apurar de una vez toda mi pena, si es lo que yo presumo.... Acaso no será; mas tantas señales juntas ¿á quién podrán convenir sino á mi esposa?.....

SEPULT. ¿Pues qué es vuestra esposa?

TEOF. No sé. Cava aprisa, Alfonso, por tu vida.

SEPULT. Ella, sí, desde luego era casada. ¡Pobrecita!

TEOF. ¿De qué lo infieres?

SEPULT. De que antes de morir, solo decia, de cuando en cuando: ,,¡Ay esposo! ¡Ay dulces hijos mios! ¿En dónde estais?....''

TEOF. Calla, Alfonso. Deja, deja el hazadon, instrumento fatal de mi martirio. Cubre ese amable cuerpo con la tierra: no profanemos el sagrado del sepulcro. Vámonos.

SEPULT. ¿Ya no escarbo?

TEOF. Sí, anda.... date prisa.... muera yo de una vez abrazado del cadáver de esa muger amable.

SEPULT. Estais trémulo y descolorido. Las lágrimas os corren hilo á hilo. ¿Qué he de hacer?

TEOF. Vámonos.

SEPULT. Vámonos; pero ya está el cadáver descubierto. Dadme vuestro pañuelo: le limpiaré la cara.... ¡Ah! pero nó: vámonos habeis dicho.

TEOF. No, amigo: toma, toma el pañuelo. Saca el cadáver.

SEPULT. ¿Qué pretendeis hacer?

TEOF. Solo verlo. ¡Oh, si fuera tanta mi ventura que no fuera de mi querida Dorotea!

SEPULT. Ya tengo la muerta en mis brazos....

TEOF. ¡Qué miro! ¡Ay triste!....Ella es....¡Válgame el cielo!....

Era sensible Teófilo, y no pudiendo resistir, cayó al suelo rendido á tan funesto golpe.

El sencillo Alfonso no se preocupó; antes con la mayor violencia volvió á sepultar el cadáver, y cargó con el triste Teófilo, al que condujo á su casa poco antes que amaneciera.

Pero cuando creyó hallar á su pobre é inocente familia sepultada en el sueño mas tranquilo: encontró á su muger é hijas muy afanadas en hacer chocolate para unos señores que se habian hospedado en su casa la noche anterior, y estaban ya para continuar su caminata para México.

Alfonso, apenas se informó de esta ocurrencia, cuando sin perder momento, corrió á echar sobre su pobre jergon al miserable enfermo, que aun no volvia de su desmayo.

Entonces el sepulturero y su muger trataban de volver en sí al desgraciado Teófilo, mientras las hijas se ocupaban en dar el desayuno á los pasageros.

Alfonso se afligía demasiado porque los ausilios que ministraba al desmayado, eran muy mezquinos é in-

FABULA II.

La rosa y la amapola.

Una amapola ufana
A una rosa decia:
"Mírame qué lozana
Me ostento, prima mia.
A todos soy amable,
A todos suave, á todos muy tratable:
Y no tú, que aunque bella,
Arrogante y pulida,
Aunque del campo estrella,
Te ostentas presumida,
Y esquiva cuanto hermosa
Te resistes á todos espinosa."
Un muchacho maldito
A este tiempo llegó,
Provoca su apetito
La rosa; mas se halló
Burlado, pues se espina,
Y al cogerla la suelta y desatina.
Pero ya recobrado
De aquel primero susto,
Mira mas sosegado
Todo el jardin con gusto.
Ve fácil la amapola,
La cogé, la deshoja, y diz: mamola.
Esta infeliz se queja
En idioma de flores;
Mas una y otra oreja
Tapó con sus olores

La rosa, entonces fria,
Y con voz socarrona la decia:
"Prima, si tú vivieras
De espinas bien cercada,
Si recatada fueras,
No te vieras burlada
No solo de un muchacho,
Sino del neciò indigno populacho.
Sábete que las rosas
Mas bellas y fragantes,
Las mas lindas y hermosas
Se preservan constantes
Del libre mentecato
Solo con sus espinas y recato."
Esto parece cuento;
Mas sin duda aseguro,
Que habló con gran talento
La rosa, y aun lo juro:
Esto es, á las doncellas,
Que tienen un lugar entre las bellas.



FABULA III.

La tortuga y la hormiga.

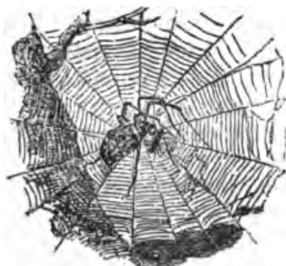
UNA tortuga en un pozo
A una hormiga así decia:
"En este mezquino invierno
Dí ¿qué comes, amiga?
Como trigo, la responde:
Como maiz y otras semillas,
De las que dejo en otoño
Mis bodegas bien provistas."
"¡Ay! ¡dichosa tú! esclamaba
La tortuga muy fruncida:
¡Qué buena vida te pasas!
¡Oh quién fuera tu sobrina!
Y no yo ¡infeliz de mi!
Que en este pozo metida
Todo el año, apenas como
Una que otra sabandija."
¿Pero en todo el año qué haces?
Preguntaba la hormiguilla,
Y la tortuga responde:
Yo, la verdad, todo el dia
Me estoy durmiendo en el fondo
De este pantáno ó sentina,
Y de cuando en cuando salgo
A asolearme la barriga.
Pues entonces no te quejes,
La hormiguilla respondia,
De las hambres que padeces,
Ni de tu suerte mezquina;
Porque es pena natural,
Y aun al hombre prevenida,
Que á aquel que en nada trabaja
La necesidad persiga.

FABULA IV.

La araña y el gusano de la seda.

A un gusano de seda que vivia
Dentro de una morera muy hermosa,
Una araña decia:
Soy una tejedora primorosa.
Hago ruedas, florones,
Y otros bellos dibujos á millones,
Y no te cansarias
De alabar que en solos cuatro dias
Con mis industrias raras
Tejo una tela de catorce varas.
De tal trabajo, respondió el gusano,
La corta duracion no me acomoda.
Ese es un miedo vano,
¿No ves que yo trabajo de la moda?
La araña contestaba:
Y aunque es verdad que en un instante acaba
Mi afan, á otro, infructuoso,
Yo buena vida gozo
A costa de mis telas;
Y no tú, que te afanas y desvelas
Hilando la vida con constancia
Sin esperar mas premio que la muerte.
Parece una ignorancia,
Dijo el gusano; pero si se advierte,
En general los hombres aprovechan
Lo que mis fauces echan.
Cierto; ¿mas qué dijeras,
Decia la araña, si á tus ojos vieras

Hacer de sus entrañas
A esos hombres que citas, telarañas,
Que llaman ellos puntos, musolinas,
Encajes ó velillos,
Y otras mil telas finas
Firmes cuales ya ves son mis hilillos?
Pues así lo hacen, dijo, y te aconsejo,
Si tienes ganas de llegar á viejo,
Que trabajes para hoy, asegurado
Que ya tendrás el premio de contado;
Pues este mundo loco
La moda aprecia mas que dure poco.



FABULA V.

Esopo y los animales.

Esopo, aquel escelente
E ingenioso fabulista,
De cuya habilidad tienen
Hasta los niños noticia,
A mudar temperamento
Fué un dia á cierta quinta
Que de animales estaba
Bastantemente provista;
Y como Esopo lograba
La rara prerogativa
De entender de cualquier bruto
Su idioma ó lengua nativa,
Hé aquí, que de cuando en cuando
Muy mucho se divertia
Oyendo á los animales
Hablar cosas peregrinas.
Una de estas ocasiones
Oyó cuánto maldecian
Todos su suerte, deseando
Del compañero la vida.
Decia el caballo: ¡quién fuera
Carnero! Por vida mia
Que este briboncillo logra
En esta caballeriza
Una vida deliciosa,
Floja, holgazana y tranquila.
El come, él bebe y él ronca
Sin hacer cosa maldita.
Pero yo ¡pobre de mí!

O ando cargando la timba
De mi ridículo dueño,
O amarrado me he de estar
A mi argolla prevenida.
¡Quién fuera caballo! ¡oh cielos!
El carnero proferia:
Qué buena vida se pasa
Este flojon! bien lo cuidan,
Lo engalanan y pasean,
Lo afeitan y lo acarician,
Lo calzan. . . . pero ¿qué mas,
Si aun la cebada le limpian?
A fe que yo, aquí me estoy
Siempre en esta bartolina.
Nadie me halaga, y un poco
De zacate me lo tiran
Con desprecio, y en lugar
De que me aliñen y vistan,
La poca lana que tengo
Cuando quieren me la quitan.
Decia el asno: si yo fuera
Cochino, me raparia
Una vida bien hartada,
Sin trabajar todo el dia
Como trabajo, por solo
Una comida mezquina.
A fe que si fuera burro
Decia el puerco, gozaria
Mas libertad, mas salud,
Y tambien mas larga vida.
Así el gorrion envidiaba
La suerte de la gallina.
El mastin al falderillo,
Y éste á aquel. Era una grima
Oir á todos; pero Esopo,
Como que los entendia,
Dijo al caballo en la oreja:
Ese carnero que envidias

Dentro de poco será
Pábulo de mi barriga.
Al carnero dijo: advierte
Que ese caballo que admiras,
Sufre el freno y acicate
Que mucho lo mortifican:
Con el peso de mi cuerpo
Todo el dia se fatiga,
Y al fin morirá en campaña
Lleno de crueles heridas.
Al asno dijo: del cerdo,
Cuya vida desearias,
Dentro de pocas semanas
Verás su sangre en morcillas.
Al gorrion así le dijo:
Esa gallina que envidias,
A la noche la verás
En un asador bien frita;
Y si yo te permitiera
La libertad á que aspiras,
Serias plato luego luego
De una ave de rapiña.
Así á cada uno en secreto
La suerte que correrian
Les reveló, y á su tiempo
A todos juntos les brinda
Con que si querian trocar
El estado que tenian
Con el de sus compañeros,
Se los facilitaria.
Todos callaron. Ninguno
Desde entonces solicita
Trocar con otros su suerte,
Y contentos hasta el dia
Con la suya, viven libres
De temores y de envidias.

Así el hombre viviera
Si la suerte que envidia conociera.

FABULA VI.

El payo y el colegial.

Un payo tonto queria
Lo acompañara á pasear
Un colegial cierto dia,
Y este dijo que tenia
Muchas cosas que estudiar.
Muy lleno de admiracion
¡Estudiar! el payo dice:
Esa es jerrada opinion.
No estudie, que en conclusion
Se hará así mas infelice.
Para que vea que lo quero,
Voy á hacerle una advertencia:
Sea tonto, sea majadero,
Que como tenga dinero
Él será un pozo de cencia.
Si en lo dicho habló verdá
Este pobre payo bruto,
Allá el lector lo sabrá,
Que yo por mí no disputo
Cosa que tan clara está.



FABULA VII.

Hipocrates y la muerte.

Viejo loco insolente,
Que quieres prolongar eternamente
De los hombres la vida
En virtud de tu ciencia encarecida,
¿Cómo te atreves, dí, so mentecato,
Sin juicio ni recato
A usurpar mi dominio,
Pretendiendo librar del esterminio
A todos los mortales,
Curándoles sus lacras y sus males?
¿No adviertes, nécio, que por varios modos
Morirán los humanos todos todos
Cuantos la luz miraren,
Y el aire que respiras respiraren?
Sábete que no hay ciencia
Que los pueda ecsimir de esta sentencia.
Así reconvenia
A Hipócrates la muerte cierto dia,
Y este apreciable griego,
Temblando desde luego
A vista de la muerte,
Así la dice: Gran señora, advierte
Que jamas he intentado
Lo que has imaginado.
Sé que es justo y debido
Que mueran todos, pues que ya han nacido:
Pero es mi corazon harto sensible,
Y así me es insufrible
Ver padecer, señora,
Al mísero mortal, que á un tiempo ignora
El mal de que adolece
Y el remedio oportuno; aunque apetece

Tal vez lo que le daña y perjudica,
Con lo que mas y mas se mortifica.
Tratando de curarles sus dolencias
Apliqué mis desvelos y esperiencias,
mis estudios, mis años,
Para proporcionarles desengaños
Con que alivien sus males,
Sin pretender hacerlos inmortales.
Esta, señora, mi intencion ha sido,
Y ya vereis que en nada os he ofendido.
Es muy verdad que no, la muerte dijo:
El estudio prolijo
Que por ellos has hecho,
Por hoy les servirá de algun provecho;
Pero mil ignorantes
Vendrán sin duda en siglos muy distantes,
Que armados de sistemas y opiniones,
Torcerán tus renglones,
Y harán mil barbarismos,
Interpretando mal tus aforismos,
Cuyos yerros fatales
De los enfermos crecerán los males,
Pues en vez de curarlos,
Me ahorrarán el trabajo de matarlos.
El gozo me resalta
Al pensar que dó estén yo no haré falta.
De suerte que en mi juicio
Tú me acabas de hacer un gran servicio,
Pues con lo que has escrito y estudiado
Creo que me has reclutado,
A tu pesar, millones
De nécios y matones,
Los que se llamarán, si bien se advierte,
Queridos aprendices de la muerte.
Dijo ésta, fuese, y el vejete griego
Escribió con su llanto el cuento luego.
Bien que en él no comprende
Al hábil profesor, ni al que lo entiende.

FABULA VIII.

El gato y el raton,

Michirrimau, gato marrullero,
Espiaba un raton en su agujero;
El que, como seguro se miraba,
De hito en hito al gatazo contemplaba;
Metia éste la mano de repente
Por si acaso pillaba buenamente
Al raton infelice,
Y viendo que no puede, así le dice:
Vaya, dame la mano:
Te sacaré á pasear, querido hermano,
En tí ninguno piensa;
Te llevaré á visita á la despensa,
Y allí te pondrás liso
De queso, de jamones, de chorizo,
De dulces, de cecinas,
Y de otras infinitas golosinas.
Ya tú verás, amigo, que te quiero,
Y que me pesa verte en tu agujero
Tan mozo hecho hermitaño.
He! vamos: saca el vientre de mal año
Ahora que la fortuna te convida
Con una mesa rica y bien servida.—
Señor D. gato, estimo sus favores;
Pero tengo indispuestos los humores,
Y el médico me dice coma poco.—
Ese médico es loco:
Si pensara con juicio,
A fé que te ordenara el ejercicio,

Que cuando bien se aplica
Él solo cura mas que la botica.
He! vamos, sal, no vivas encerrado,
Y verás cómo vuelves aliviado,
Pues la verdad no puedo,
Le responde el raton.—
Me tienes miedo.
Se te conoce, y tienes mil razones;
Pero á mí no me gustan los ratones.
Cuando era mozo me empaché con ellos,
Y de entónces acá no puedo verlos.
Cree, pues, lo que te digo,
Y sal, seguro de que soy tu amigo,
Que aunque me ves con uñas bien armado,
No soy yo gato mal intencionado.
Sal, pues, hijo, seguro
De que te quiero bien y te lo juro.—
Si no te conociera,
Dijo el raton, saliera;
Pero ya te conozco, mentecato.
¿Cómo no has de ser malo, si eres gato?
Te comiste á mi padre;
Lo mismo hiciste con mi pobre madre,
Y á manotazos crueles é inhumanos
Te almorzaste una vez mis dos hermanos,
Al mayor y al mas chico;
Mas yo no te daré por el hocico,
Que si de mi familia ya he quedado
Solo por tí, estoy escarmentado.
Siempre habré de tener por muy dichoso
Al que hace el mal ageno cauteloso.
Esto dijo un raton que era prudente.
¡Oh si pensara así toda la gente!

FABULA IX.

La polilla con alas.

¿Quién creerá que la polilla
Tuviera su vanidad?
Pues ello es que fué verdad.
Dígalo la fabulilla.
Una hormiga, ó sea el gusano
Que la madera taladra,
Una vida muy tranquila
Dentro una puerta gozaba.
Allí nadie la afligia.
Ningun insecto la daña,
Y aunque no tiene opulencia
No sabe lo que son ansias.
No disfruta las delicias
Que á los ricos empalagan:
Pero tampoco padece
Las penas que los asaltan.
Mas como á su suerte todos
Hacen, tal vez, mala cara,
Se cansó doña polilla
De su fortuna mediana.
¡Qué me falta, se decia,
Para disfrutar mas alta
Fortuna que la que tengo?
¡Ah! seguramente nada.
Si recorro mis principios
Veo ser de una ilustre casa,
(Decia bien, que era de un duque
La que ella apolillaba).

Si acuerdo mi habilidad,
Mis primores y mis gracias,
Hasta hoy ¿qué insecto es capaz
De disputarme la palma?
¡Qué digo insecto! los hombres
Que de saber tanto jactan,
No es posible que una puerta
Destruyan con tanta gracia,
Que taladren con tal tino,
Ni enhuequen con tanta maña
Como yo, que en dos por tres
Hago la madera rajas.
Si mi virtud rememoro,
Mi retiro, mi templanza,
Y otras prendas, considero
Que en ellas nadie me iguala,
Et cétera, que parece
Muy mal la propia alabanza.
Yo lo sé: nadie lo ignora
De los vivos, y esto basta.
¿Pues por qué no he de tener
Muy fundadas esperanzas
De que Júpiter escuche
Con atencion mis plegarias?
Así pues, Júpiter alto,
Oye benigno mis ansias;
Muda mi suerte, y dispon
Que de esta madera salga.
Yo no te pido imposibles,
Ni cosas desatinadas.
Mi súplica se reduce
A que me des un par de alas.
Este don has concedido
A cualquiera musaraña;
Pues para lograrlo yo
¿Qué es, padre, lo que me falta?
El caballito del diablo
Es sabandija endiablada,

Y vuela por esos aires
Como la mejor calandria:
¿Pues por qué no he de volar
¡O padre de mis entrañas!
Yo tambien, pues soy mejor
Que esa y otras cucarachas?
Júpiter hizo del sordo
A una peticion tan vana;
Pero la necia polilla
En su pretension porfiaba,
Y tanto, que si pudiera,
Tambien novenas rezara,
Hiciera votos á miles,
Y tal vez peregrinara.
Enfadóse el gran Tonante,
Y díjola: noramala.
¿Ignoras, vil insectillo,
Que me pides tu desgracia,
Y que yo por un efecto
De mi bondad estremada,
Preveo tu mal, y te niego
Lo que pides con tanta ansia?
Nada bastó: la polilla
Machaca que mas machaca,
Constantemente pedia
Que se le dieran las alas.
Tanto hizo, tanto rogó,
Que al fin Júpiter se enfada
Y accede á su peticion
Solo para castigarla.
Al punto que la polilla
Llegó á verse habilitada
De sus alitas, marchó
A volar fuera de casa.
Mas apenas se apartó
De su nido cuatro varas,
Cuando dos ó tres muchachos
A sombrerazos la atrapan.

Volar quiso; mas no pudo:
Cayó al suelo ya sin alas
Dó los muchachos la cogen,
Juegan con ella y la matan.

¡Oh cuántas veces los hombres
Sudan, se empeñan, y afanan
Para salir de su esfera,
Y así buscan su desgracia!



FABULA X.

Celia y la mariposa.

Estaba Celia hermosa
Una noche leyendo entretenida,
Cuando una mariposa
Entró, vido la luz é inadvertida
En torno de ella vueltas tantas daba,
Que alguna vez las alas se quemaba.
La ve Celia y la diçe:
Mariposilla incauta, considera
Que víctima infelice
Morirás en la llama lisongera
Que tanto te apasiona y te provoca.
Desengáñate, pues, y no seas loca.
No te acerques, detente:
Huye la cierta ruina que prepara
A tu vida inocente
Esa llama brillante, esa luz clara
Entre cuyos ardientes resplandores
No hallarás sino sustos y dolores.
Esa llama es un fuego
Inclemente, voráz, violento y duro;
Mas tu apetito ciego
Te la hace concebir un bien seguro;
Y creyendo gozar de mil placeres,
Entregarte á la muerte solo quieres.
Es como amor la llama.
Huye, mariposilla, su presencia.
Advierte que Celia ama
Y te habla con muchísima esperiencia.

Amor y fuego lejos disimulan
Su veneno, de cerca ya no adulan.
   Huye, pues, los voraces
Incendios que delicias consideras.
Huye antes que te abrases:
Admite mi consejo antes que mueras.

¡Oh cuántas mariposas racionales
Deben aprovechar avisos tales!



FABULA XI.

El perro grande y el chico.

Una amistad, una confianza estrecha
Es lícita entre iguales, y con tiento;
Mas nunca con los grandes aprovecha.
Con ellos pierde el chico. Va de cuento.

Un perro grade jugaba
Con un chico cierto dia,
Y este al perrazo mordia
Seguro de que chanceaba.
Lo desigual olvidaba,
Y en una de estas mordió
Recio al mastin: le dolió
A éste accion tan atrevida,
Y le dió una sacudida
Que la vida le costó.



FABULA XII.

El herrador y el zapatero.

¡Ha señor herrador!—So zapatero,
Indecente y grosero,
Tenga mas cortesía, .
Señor D. herrador para otro dia.
¿No echa de ver el mísero malcriado,
Que su oficio es tan vil, como el mio honrado?
—Señor, en mi conciencia
No encuentro yo ninguna diferencia,
Salvo solo los hombres,
Entre ser zapatero de los hombres,
O calzador de béstias.—Mentecato:
¿Qué va que la nariz te desbarato?
¿Qué piensas, insolente,
Que se puede con sólidas razones
Esta destruir y mil preocupaciones
Que los hombres abrazan tenazmente?
Cierto que es disparate, no replico,
Respondió el zapatero, y calló el pico.



FABULA XIII.

La espada y el sombrero.

¿Qué no me ves, compañero,
Qué guapa y qué noble soy?
Siempre lado á lado voy
Del rey ó del caballero.
Una espada muy ufana
Así á un sombrero decia,
Y éste dijo: Amiga mia,
Poco á poco, no sea vana.
Yo tengo mayor nobleza,
Y nunca hablo tan hinchado;
Pues el rey no solo al lado
Me trae, sino en la cabeza.
Es verdad, dijo la espada:
Serás mas noble que yo;
Pero mas valiente no:
En eso no vales nada.
Yo castigo al delincuente;
Yo le doy al noble honor;
Al cobarde doy valor,
Y resguardo al inocente.
Yo doy gloria en las campañas;
En la ciudad brillantez,
Y no hay ni sola una vez
Que no cuente mil hazañas.
Me presto á las diversiones
Muy jovial y placentera,
Y en fin, soy la arma primera
Que honran las cultas naciones.

A esto ¿qué responderás,
Cuando no sabes hacer
Sino dar buen parecer
Y hacer sombra cuando mas?
Dijo el sombrero: Es verdad;
Mas haces poco, te digo,
Pues tú no harás un amigo,
Ni reharás una amistad.
Cierto es que no derribé
Yo murallas en la vida,
Ni dejé ciudad destruida,
Ni campiñas asolé.
Tampoco logré, no ignoro,
Vivas ni aplausos rastreros,
Ni he servido á maromeros,
Ni he matado ningun toro.
No por esto creas que apoco
Tu utilidad; eso no,
Solamente quiero yo
Que nó me tengas en poco.
Mas ahora quieres probar
Lo útil que eres por lo fuerte;
Pero en este caso advierte
Te puedes equivocar.
Tú piensas mas que yo ser
Por tu punta y por tu filo;
Mas por este mismo estilo
Mi inferior vienes á ser.
Tú haces bien, y no me engaño;
Mas por desgracia fatal
Estás dispuesta á hacer mal,
Y yo jamas hago daño.
Tú harás mil fatalidades
Con tu violenta osadía;
Yo con una cortesía
Evito rivalidades.
De tu rigor inhumano
Yo puedo y sé remediar

Mil agravios con pasar
De la cabeza á la mano.
En efecto, mil has hecho
Que yo he compuesto, señora,
Vaya, pues, dígame ahora
Si no soy de honra y provecho.
La espada, que era de Astorga;
No dijo esa boca es mia.
El sombrero bien diria
Puesto que el que calla otorga.

A lo menos el sombrero
Hace mas amistades que el acero.



FABULA XIV.

El zopilote y el falderillo.

Un zopilote un dia
Con un caballo muerto fiesta hacia.
Un faldero lo vido,
Y así le dijo en tono presumido:
¿Tú eres el zopilote?
¡Qué cosa tan horrible! ¡qué feote!
¡Qué prieto! ¡Qué tiñoso!
¡Qué zancon! ¡Qué sucio y asqueroso!
Si de noche te viera,
Por coco de los perros te tuviera.
¡Fucha en el pajarote aborrecido!
Que come carne de animal podrido.
¿Dime, no te dá pena
Cuando en mí miras una cosa buena?
¿No me ves tan bonito,
Tan blanco, tan bañado y aseadito?
Y no tú, tan inicuo y tan grosero
Que de verte no mas creo que me muero.
El pobre zopilote proseguia
Estirando la tripa que podia,
Seguro de que á un necio
Se debe responder con el desprecio.
Mas el perro insolente
Proseguia en insultarlo amargamente,
Y le decia: ni nombre
Tienes particular. Porque te asombre,
Escucha el mio, que es noble y esquisito,
Pues me llaman en casa marquesito.

Mi ama la señorita
En sus faldas me pide la pancita,
Me tusa, me enlistona, me adereza,
Y ostenta donde quiera mi belleza.
Como bizcocho, bebo chocolate,
Y nunca sé dormir en el petate.

Larga, en fin, la llevaba
El perrillo mordaz que lo insultaba,
Tanto que el sopilote
Enfadado le dijo: tontonote,
Eres bonito, quedo satisfecho,
Pero ¿sirves en algo de provecho?
Sí señor, dijo el perro: sirvo tanto
Que los gatos espanto
En muchas ocasiones
Para que no se coman los ratones.
Me siento, sé bailar, hago el soldado
Con un palo arrimado:
Ladro, hago fiestas, brinco á troche moche,
Asomo la cabeza por el coche:
Pido con las manitas
A todas las visitas
Cuando mueven la boca,
Lo que á bastante risa las provoca;
Y si quieren jugarme algun engaño
Les ladro, y aun la ropa les araño.

Si algun estraño pasa
Por donde estoy, aturdiré la casa,
Y si ese se descuida,
No dejaré de darle una mordida.
En fin, sé hacer el muerto
Y muy al vivo.—Bien está. Por cierto,
Dijo el sopilotillo
Al vano falderillo:
Que tú por gracias tales
Mereces veinte palos muy cabales,
Pues entre tus oficios,
Los que no son perjuicios

Son unas boberías,
A la verdad, y demasiado frias.
Escúchame ahora, loco,
Y verás que no sirvo yo de poco.
Es cierto que soy feo,
Y siempre que bebo agua bien lo veo.
Sabia naturaleza
Me negó el frágil don de la belleza,
Pero en cambio me dió las propiedades
De limpiar las ciudades
De carnes corrompidas. Yo me aplico,
Y no dejo de hacerlo con el pico.
He aquí que hago una cosa
Incomparablemente provechosa
A cualquiera ciudad, reino ó estado,
Por lo que soy en todos apreciado.
Mil pestes ahorro yo porque te asombres,
Guardando así la vida de los hombres,
Los que encontrando en mí tal conveniencia
Procuran respetar mi subsistencia;
Y aunque desagradable
Sea mi presencia, soy muy apreciable
A los hombres sensatos,
A pesar de los perros y los gatos.
Si no estás convencido,
Replícame, faldero presumido,
Si tú harás otro tanto
Con todos tus primores y tu encanto.
A razones tan claras y evidentes
Solo dijo el perrillo allá entre dientes:
Bien dice el zopilote, no es cordura
Juzgar de nadie mal por su figura,
Pues bajo la mas soez que yo desprecio
El mérito se oculta. Soy un necio.



FABULA XV.

El pastor, el chivo y los carneros.

Caminaba un pastor
Un dia muy alegre,
Llevando unos carneros
Para ver si los vende.
Encuentra con un rio
Y trepa sobre el puente
El cabestro que lleva
Para que los adiestre.
Mas los carneros tontos
Que de guias no entienden,
Creyendo pasarian
A nado el rio mas breve,
Despues de muchas vueltas
A nadar se resuelven,
Sin atender las señas
Que porque lo siguiesen
Les hacia el chivo viejo
Parado sobre el puente.
En fin, se arrojó al agua
Un carnero novele,
Tras este otro, y tras él
Tres, cuatro, quince, veinte,
Todos sin quedar uno
Murieron de esta suerte.
Se daba al diablo el pobre
Del pastorcillo, al verse
Solo, y que sus corderos
Los lleva la corriente.

El que loco desprecia
Un consejo prudente
Por seguir su capricho,
Las mas veces se pierde.

FABULA XVI.

El medico, la enfermedad y el paciente.

Un médico afamado
Visitar á un enfermo no queria,
Porque desesperado
Veia que la dolencia no cedia;
Antes por mas remedios que aplicaba
Mas y mas el paciente se empeoraba.
Un dia vió que el enfermo
Abrazaba á una vieja tenazmente,
Y este vil estafermo
A la vista del médico prudente,
Con insolencia y desvergüenza rara
Lo besaba en los ojos y en la cara.
El médico la dice,
De rabia lleno y de furor temblando:
Deja, bestia infelice,
A este pobrete. Ves que está espirando.
¿Pues para qué lo acosas, condenada,
Si ya no puedes conseguir de él nada?
Al oir esto la vieja,
Al médico se encara y le responde:
Dejemos ésta queja.
Tú no sabes quien soy, Bien se te esconde.
Pues soy la tisis que curar quisieras.
Y ya hubieras curado si pudieras.
¿Y por qué no? replica
El médico en enojo ya ecsaltado.
¿Pues todo cuanto indica
Naturaleza ya no le he ordenado?

La enfermedad responde: Sí, tú has hecho
Cuanto está de tu parte, y sin provecho.
Porque cuanto apetece
Le dan los de su casa en el instante;
Y aunque el mal lo estremece,
Bebe aguardiente, come bien picante,
Y de este modo con estrecho lazo
Él se abraza de mí, y yo le abrazo,
El médico al momento
Dijo al enfermo: Muere usted sin duda.
¿Qué hará el medicamento
Si á la naturaleza no se ayuda?
Supuesto que sin régimen ni dieta,
De nada sirve la mejor receta.



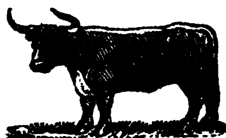
FABULA XVII.

La vaca, el becerrillo y los ordeñadores.

Un pobre becerrillo
A quien el hambre mata,
Luego que vió á su madre
A la teta se llega por mamarla.
Pero ella ingratamente
Lejos de sí lo aparta,
Valiéndose para esto
Del corvo cuerno y de la hendida pata.
El infeliz becerro
Mugiendo lamentaba
Su triste situacion,
Y de su madre la crueldad estraña.
Cuando en esto al corral
Entró Juan de buena alma
Con su muger Chafina,
Y sus dos hijos Anacleto y Pancha.

En el instante mismo
Comienzan á ordeñarla,
Llenando sus vasijas
De la espumosa leche que sacaban.
La vaca muy paciente,
Inmóvil cual estatua,
Que la espriman permite
Las llenas ubres de la leche blanca,
El becerrillo triste
Desde lejos miraba
Hartarse los rancheros
Con lo que á él su madre le negaba;
Y no pudiendo ya
Sufrir injuria tanta,
A la vaca así dice,
Con ojos tristes rebalsando en agua:
Madre cruel, ¿por qué niegas
A tu hijo tan avara
Lo que tan francamente
Preparó para mí natura sabia?
¿Por qué para otros eres
Tan liberal y franca,
Y al hijo que pariste
Niegas el alimento? ¡Cruel, ingrata!
A estas reconvenciones
Enmudecia la vaca,
Sin osar responder
Al pobre becerrillo una palabra.

Mas ¿qué ha de responder
El padre cruel que afana
Porque su hijo perezca,
Disipando él con otros su sustancia?



FABULA XVIII.

La araña y el chichicuilote (*).

Una araña cualquiera
Enredaba una mosca, cuidadosa
De que no se le fuera.
Teniéndola por útil y sabrosa,
Para obsequiar con gusto á una arañita
Que esperaba á la noche de visita.
Con un hilo y otro hilo
Al insectillo ataba diligente,
Cuando un buen chichicuilo
A observarla llegó por accidente,
Y haciendo del sensible y compasivo
Así la dijo con acento altivo:
Araña cruel, tirana:
Monstruo de las arañas, fementida;
Araña vil, insana,
¿Por qué á esa mosca privas de la vida?
¿Qué te ha hecho la infeliz, en qué te daña,
Para que no se libre de tu saña?
¡Ay! ¡pobre animalito!
¡Triste de tí que sufres y padeces,
La muerte sin delito!
¡Cuánto en tu situacion me compadeces!
¡Quién gavilan ó girifalte fuera
Para librarte de esa bestia fiera!

(*) Avecilla de pico y zancas largas que en América llaman vulgarmente chichicuilotes. Son pequeños, cazan moscas y mosquitos: son amantísimos al agua, y continuamente se bañan como el pato y el ansar: su carne es muy gustosa, especialmente asada. Ignoro si en la Europa hay tal ave conocida por otro nombre, ó si es particular de estos climas.

Señor chichicuilote,
Dijo la araña en tono malicioso,
Admiro que me note
Que yo una mosca enrede. Es muy piadoso;
Mas si en mi coger una me condenas,
¿Tú por qué te las comes en docenas?
Miróse convencido
De mas tirano el chichicuilo. Calla:
Se retira fruncido,
Y dice: No hay que hacer: aquel que se halla
Plagado de delitos criminales,
No debe reprender faltas veniales.



FABULA XIX.

Celia, su hijo y las gallinas.

A la su quinta
Se mudó Celia
A divertirse
La primavera;
Pero su casa
A Marcia deja
A que la cuide
Mientras su ausencia.
Por sus gallinas
Múcho la ruega
Que las asista,
Que las atienda.
Maiz abundante
Se le franquea,
Porque alimento
Que darlas tenga.
Confiada en esto
Celia se ausenta.

Y Marcia ingrata
Bien se aprovecha
Del maiz y todo
Cuanto le queda,
Que como logre
Mejorar ella,
Las gallinitas
Aunque perezcan.
Así sucede,
Y á consecuencia
Unas se mueren,
Otras se enferman;
Cual enflaquece,
Y cual se enteca.
En este tiempo
Celia regresa:
Ve sus gallinas
De hambre muertas.
A Marcia llama
De rabia llena;
Pero esta infame
Da media vuelta,
Pues no tenia
Que responderla;
Celia que ve esto
Se desespera,
Grita, se enoja,
Riñe, lamenta,
Y su hijo el grande
Por complacerla
Su cuello abraza,
Su cara besa;
Y así la dice
Con voz muy tierna:
¿Ya ves lo que hizo,
Mamá, la vieja
Con las gallinas
Que tú la entregas?

Pues lo mismo hacen
Mil albaceas,
Segun me dice
Doña Esperiencia.
Por vida tuya
Cuando te mueras,
Ve á quien y como
Nos encomiendas.



FABULA XX.

La paloma celosa.

Un palomo bebia
Alegre en un arroyo cristalino.
Su paloma lo via
Desde la copa de un frondoso encino,
Porque ya dias andaba recelosa,
Y lo acechaba oculta y cuidadosa.
Mas quiso serlo tanto,
Que la necia, engañada por sus ojos
Llenos de amargo llanto,
Vido con celos mil y mil enojos
Que su querido con amor besaba
A una paloma que en el agua estaba.
Pero en el mismo instante
Del alto encino la atalaya deja,
Vuela dó está su amante,
Le reconviene triste y se le queja.
El palomo confuso y aturdido
La jura que la es fiel, ni la ha ofendido.
Oye, dice á su amada:
Es mi figura la rival temida
Que viste retratada
En el arroyo. ¿Crees que sumergida

Paloma alguna en él vivir pudiera?
Depon tu desconfianza, que es quimera.
¿Quimera? ¡voto á tristo!
Responde la paloma envuelta en ira:
¡Quimera lo que he visto.....!
Dijo, y desesperada se retira,
Perseguida dó quiera de su celo,
Y al fin pierde la vida sin consuelo.

Mugeres desdichadas
Que os dejais dominar de un celo necio:
Sed mas consideradas:
No hagais de las sospechas tanto aprecio,
Que el celo que no rige la prudencia
Pinta una realidad de una apariencia.



FABULA XXI.

La gata y la mona.

Inadvertidamente
Quebró un vaso una gata
Por coger una rata;
Pero al fin la pilló con uña y diente:
Ufana retozaba
Con su presa, y contenta,
Sin advertir que atenta
Una insolente mona la miraba,
Y muy escrupulosa
La dice la monita:
Diviertete, nanita,
¡Que por cierto que has hecho linda cosa!
Ya tu muerte sospecho,
Y si yo aquí mandara
Al momento te ahorcara,
Pues haces mas perjuicio que provecho.

Tienes muy torpe el paso,
La vista confundida,
Y eres tan aturdida
Que al coger un raton rompes un vaso.
En fin, eres tan mala,
Que si mi gata fueras
En este dia murieras,
O á buen librar te echara noramala.
Pues es usted tan diestra,
Responde enardecida
La gata, por su vida
¿No me hará favor de ser mi maestra?
Porque ó yo estoy demente,
O quien tanto murmura
Estará muy segura
De cazar los ratones diestramente.
Con un vano tonillo
La dice la monita:
¿Tanto se necesita,
Necia, para coger un ratoncillo?
Cierto que no, señora;
La responde la gata:
Mas se me fué la rata
Por un descuido; píllemela usted ahora.
Mire que es fácil cosa,
Pues va la rata herida,
Corre despavorida
Y no acierta la pobre con su choza.
La mona atolondrada
Corriendo con torpeza,
Se rompió la cabeza
Por afianzar la rata, y no hizo nada.
¡Vamos! ¡quién lo creyera!
La gata la decia:
¡Que sea usted tan valdía,
Y que así á murmurarme se atreviera!
¡Oh gata socarrona!
Alabo tu descoco.

Paloma algüna en él vivir pudiera?
Depon tu desconfianza, que es quime
¿Quimera? ¡voto á tristo!
Responde la paloma envuelta en i
¡Quimera lo que he visto.....!
Dijo, y desesperada se retira,
Perseguida dó quiera de su c
Y al fin pierde la vida sin c

. y su criada.

Mugeres desdichadas ia
Que os dejais dominar d plaba
Sed mas consideradas: o
No hagais de las sosp ana.
Que el celo que no e de repente
Pinta una realidad se desmaya,
u bello rostro
estraña.
inta! ¿qué es esto?
F. u buena criada:
lo que me sucede?
L ores me faltan.
e asuste, señora,
Inad de la bellaca:
Queb y está mas hermosa
Por cuando nace la alba.—
Per Te equivocas, Aminta,
pálida está mi cara.—
C Señora, es aprension,
Está usted colorada.
Sin duda que la rosa,
La púrpura y la grana,
Hoy junto á sus mejillas
Me parecieran blancas.
Sí, señorita, en mí,
En mí ha estado la falta,
Que lavé mal la luna
Y está muy empañada.
Pero usted está tan linda

ogante y sana,
bre fuera yo
orara.
responde
braza:
quitado,
e amas.

ni menos
engaña
lador
s faltas solapa.



FABULA XXIII.

El novillo y el toro viejo.

Hicieron unas fiestas en un pueblo,
En las que no faltaron sus toritos,
Porque lidiar los hombres con los brutos
En la mejor funcion es muy preciso.
Pasadas ya las fiestas, se juntaron
En el corral de Anton, un buen novillo
Y un toro de seis años, que mil veces
Al arado de su amo habia servido.
A los dos los torearon en las fiestas,
Y por esta razon fueron amigos.
Conociéronse luego, y con espanto
El novillo al buey viejo así le dijo:
Escucha camarada: ¿por qué causa
Cuando los dos jugamos en un circo,
Yo salí agujereado como criba
Y tú sacaste tu pellejo limpio?
Entonces el buey grave le responde:
Porque ya yo soy viejo, buen amigo,

Conozco la garrocha, me ha picado;
Y así al que veo con ella nunca embisto,
Por el contrario, tú sin esperiencia,
Como toro novel y presumido,
Sin conocer el daño que te amaga
Te arrojas á cualquiera precipicio,
Y por esta razon como un arnero
Sacaste tu pellejo, y yo el mio limpio.
Pues te agradezco mucho, amado hermano,
Dijo el torete tu oportuno aviso.
Desde hoy ser ya mas cauto te prometo,
Pues por lo que me dices he entendido,
Que es gran ventaja conocer los riesgos,
Y saberse escusar de los peligros.



FABULA XXIV.

El mono y su amo.

Vió matar pollos un dia
Un mono á la cocinera,
Y dijo: ¡Brava friolera!
Esto cualquiera lo haria.
A matar yo me dedico
Para grangearla con eso.
Dijo, y le torció el pezcuezo,
¿A quién? al pobre perico.
Sábelo el amo, y al punto
De cólera electrizado,
Tal vuelta al mono le ha dado
Que lo dejó por difunto.
Lástima á todos causó
Del mono la suerte impía;
¿Pero quién lo meteria
A hacer lo que no entendió?

Que erró el monó no disputo,
Y ha de errar siempre, á saber,
Todo el que se meta á hacer
Lo que no es de su instituto.



FABULA XXV.

La paloma, el cuervo y el cazador.

Se hizo amiga de un cuervo una paloma,
Y dentro pocos dias tan bien graznaba,
Que oyéndola sin verla era preciso
Que todos por cuervito lá juzgaran.
Mucho se adelantó; dentro de breve
A robar aprendió, ¡qué linda gracia,
Ya se ve, con tal maestro era forzoso
Que no saliera torpe la oficiala.
Las espigas de trigo de una en una
De cualesquiera milpas agotaba:
Mas tantas hizo de estas, que los dueños
Discurrieron el modo de pillarla.
Ella, que sus ardides no conoce,
Cayó al fin indefensa en una trampa;
Cógela luego el cazador astuto,
Y jura que á la noche ha de cenarla.
La infelice se aflige y se disculpa
Diciéndole que un cuervo la enseñaba
A robar y graznar. Pues no te vale,
Respondió el cazador con gran socarra;
Si con otras palomas anduvieras,
O te estuvieras metidita en casa,
No fueras tan ladrona y atrevida,
Ni te vieras al plato destinada;
Pero pues con el cuervo te juntaste
Y aprendiste tambien sus malas mañas,

Yo te asaré á la noche, y con tu vida
Pagarás las espigas que me faltan,
Que este siempre es el fin del insensato
Que con otro perverso se acompaña.

FABULA XXVI.

El perro en barrio ageno.

Con el rabo entre las piernas
Caminaba un pobre perro,
Sin tener otro delito
Que andar por un barrio ageno.
No salieron sus temores
Vanos, pues en el momento
Que ladró un perro, los otros
Rabiosos le acometieron
Con tal corage, tal ira,
Y con tal feroz empeño,
Como si muchos agravios
El pobre les hubiera hecho.
A un tiempo cobardemente
Los dientes en su pellejo
Clavan todos á porfia,
Sin tener el perro nuestro
Mas consuelo que decir:
Amigos, ¿en qué os ofendo?
¿Qué delito he cometido,
Ni qué daño puedo haceros?
Nada nos haces, bribon,
Nada, le responden ellos.
¿Quieres tener mayor crímen
Que ser aquí forastero?
Y sin mas ni mas seguian
Maltratándolo de nuevo.
En semejante refriega
Hubiera el infeliz muerto,
A no pasar por allí

Un valiente perro viejo,
Cuyo diente acicalado
Les impuso algun respeto,
Y tanto, que abandonaron
Sus sanguinarios intentos
Dejando libre al pobrete.
Quien apenas se halló suelto,
Cuando sin decir agur
Huyó cual mago ligero.
Entonces el perro anciano
Dijo á los otros: Por cierto
Que con tan viles acciones
Deshonrais vuestros abuelos.
De hospitalidad vosotros
Nada sabeis, bien lo veo;
Pero tened entendido
Porque os ha de estar á cuento,
Que siempre se debe usar
Piedad con el estrangero,
Tratándolo con dulzura,
Respeto y comedimiento,
Pues no es crímen no nacer
Todos en un mismo suelo.



O si no te vas de lado.
Para que esto no suceda
Estirémos juntamente,
Y verás que fácilmente
Toda la máquina rueda.
Hagamos los dos un tiro,
Y te juro que verás
Que es fácil, y estirarás
Sin que te cueste un suspiro.
Lo hizo así la mula, y vió
Cuán fácilmente arrastraba
Lo que antes tanto pesaba,
Y nunca tirar creyó.

Casados hay que al demonio
Como la mula se dan,
Y continuamente están
Maldiciendo el matrimonio.
Si en sus penas y quebranto
Las voluntades unieran,
Carga mas suave tuvieran
Que no les pesara tanto.



FABULA XXIX.

El mono y el cazador.

Un mono cierto dia
Un grande calabazo
Vido, y sin embarazo
Corrió tras él por ver lo que tenia.
Llegó, y en el momento
Que lo observó curioso,
Lo oyó sonar, y ansioso
Le introdujo la mano con gran tiento.
De pan duro un pedazo
Encontró luego luego,
Y de codicia ciego
La garra le echa, reventando en gozo.
Pero todo su gusto
En azar convertido
Advirtió, cuando vido
Salir del monte un cazador. ¡Qué susto!
Huir quiere; pero en vano
El pobre lo intentaba,
Porque el pan no soltaba
Y así se entrega por su misma mano.
El cazador muy fresco
Afianza al necio mono,
Y este en un triste tono
Le dijo: Haces muy bien, me lo merezco.

Aunque no tan sereno,
¿No dirá igual vocablo
El que es presa del diablo
Solo por no querer soltar lo ageno?

FABULA XXX.

El martillo y el yunque

¿Por qué yo he de sufrir constantemente
Los golpes que me das sin miramiento,
Cuando nacimos hijos de una madre,
Y á tí y á mí de un fierro nos hicieron?
Así el yunque al martillo se quejaba;
Pero este le responde con talento:
Ni tú debes quejarte de tu suerte,
Ni yo debo jactarme de mi empleo.
De una materia somos, es muy claro,
Y ambos á dos hechura de un herrero:
Sabe mas que nosotros sin disputa
Y respetar debemos sus aciertos.
Tú para mazo fueras muy pesado,
Yo para yunque fuera muy pequeño;
Y él, á mas de otras causas que yo ignoro,
Nos ha dado la forma que tenemos,
Para que le sirvamos igualmente
En los destinos que ocupar podemos.
Así es, y convencido me ha dejado,
Hermano, tu discurso. No me quejo
Ni me quejaré mas de mi destino,
Antes lo serviré siempre contento,
Pues soy útil en él, y como dices,
Ambos somos hechura de un herrero.

¡Oh qué yunque tan dócil! ¡qué martillo
Tan justo en sus palabras y discreto!
Yo os elogiara mas si contemplara
Que los hombres siguieran vuestro ejemplo,
Conformándose todos con su suerte
Y adorando del cielo los decretos.

FABULA XXXI.

La hormiga y el elefante.

Que á un elefante fuerte
Un bravo leon matase,
O algun tigre feroz despedazase,
Fácil es si se advierte;
Mas que se diera traza
De privar de la vida á tal bestiaza
Una débil hormiga,
Esto no se ha de creer aunque se diga;
Parecerá quimera,
Pero ello es que paso de esta manera:
No sé si de pensado ó de accidente,
Un elefante un dia
A una infeliz hormiga pisaria,
Ello la lastimó muy gravemente;
La pobre se quejaba,
Y el elefante entonces la insultaba
Con picantes razones,
Diciéndola denuestos á millones;
Y fuése al fin dejando
A la infeliz hormiga renegando,
Y ofreciendo colérica y sangrienta
Vengarse de la bestia corpulenta,
La que solo reia
De cuanto el insectillo le decia;
Pero éste adolorido,
Lo siguió con paciencia,
Hasta que á su presencia
El elefante se acostó rendido
De un sueño tan profundo,

Cual si no hubiera hormigas en el mundo.
La trompa sin recelo
La desarruga, tiende por el suelo,
Y duerme alegremente.
Entonces la hormiguilla sutilmente
Por la nariz nerviosa
Corriendo se introduce,
Hasta do la conduce
Su venganza cruel, y allí furiosa
Con su débil tenaza
Muerde, le aguija, hiere y despedaza
La ternilla sensible
De aquel monte animado tan temible,
Quien al sentirse herido,
Despierta, da un bramido,
Se levanta, despliega
La trompa y la refriega
Por do quiera que andaba.
Entre tanto, la hormiga no cesaba
De su intento primero,
De hacerle en la nariz un agujero.
Toda su fuerza aplica
Con un teson constante
Contra el pobre elefante,
A quien hiere, maltrata y mortifica
Con ahinco tan cruel y desusado,
Que ya desesperado
El elefante triste,
A trompazos los árboles embiste,
Dándose golpes tales,
Que en breve tiempo se hizo dos canales,
Por donde le salia
En arroyos la sangre; ni podia
Mas golpes sacudirse
El infeliz herido,
Y ya desfallecido
Hubo al fin á la muerte de rendirse.
Exangüe cayó al suelo.

Entonces la hormiguilla sin recelo
Salió de la nariz ensangrentada,
Y viéndose vengada,
Le decia: A ninguno
Debemos agraviar de modo alguno,
Y á los hombres en tí yo bien enseño,
Que ningun enemigo es tan pequeño
Como una hormiga coja,
Para tomar venganza si se enoja.



FABULA XXXII.

Heraclito, Democrito y Minos.

Ante Minos llevaron
De Pluton los ministros
A Heráclito lloron,
Y á Demócrito, vivo,
Jóven, alegre, chato,
Socarron y festivo.
Luego que el juez los tuvo
En su presencia listos,
Con un semblante grave
Estos cargos le hizo:
Oyes tú, mozo alegre,
¿Por qué siempre has reido
Del mísero mortal
Las faltas y estravíos?
Demócrito turbado,
Se disculpó y le dijo:
¡O señor! yo á los hombres
Por locos he tenido,
Y como un loco siempre
Es de la risa digno,
Reí sin temor ninguno

Sus faltas y delirios.
Minos dijo: Está bien.
Y al viejo convertido
Le dice: Y tú ¿por qué
Traes humedecidos
De lágrimas los ojos,
Y aun ecshalas suspiros?
Heráclito responde:
Señor: hermanos mios
Son los hombres, y así
Lloro sus estravíos,
Sus desventuras siento,
Lamento sus peligros.
Remediarlos quisiera,
Pero no está en mi arbitrio;
Y así solo desahogo
Mi pena con sentirlos;
Pues contemplo en cada hombre
Un semejante mio.
Tú eres un sabio, dice
El justiciero Minos:
Y tú, Demócrito, eres
Un loco de capricho.
De filósofo el nombre
Que siempre has pretendido,
Que no logres decreto
Por tu genio maldito;
Y Heráclito lo goce
Por uno y muchos siglos,
Porque es digno de elogio
Y de honor distinguido,
El hombre que se duele
Con pecho compasivo
Del mal de sus hermanos,
Que ama como á sí mismo;
Y es digno de desprecio
El truan, faceto, impío,
Que en las faltas agenas,

FABULA XXXVII.

El tigre hipocrita y el leopardo.

Yo tengo un corazon muy compasivo,
Me atormenta la suerte de ese pobre:
Ese tigre como yo: Júpiter haga
Que haya alivio y consuelo en sus dolores.
De este hipócrita modo lamentaba
Un tigre avaro y rico los rigores
Que affigian á otro tigre que yacia
Enfermo, pobre y solo dentro el monte.
Algunos animales lo escuchaban;
Entre ellos un leopardo de buen nombre,
Quien al oir á este falso así le dijo:
Sí, tigre, eres piadoso: se conoce,
Muy mucho te lastimas del enfermo:
Su triste situacion no se te esconde:
Compasion manifiestan tus palabras;
Pero despues de todo, ¿lo socorres?
De la carne que tienes cecinada
La mayor parte al año se corrompe,
Y á nadie participas; antes dices:
Perezcan todos como á mí me sobre.
Pues hipócrita vil, si tan cruel eres,
Si te ha cogido la avaricia torpe,
No con labio falaz así profanes
De la tierna piedad el sacro nombre.
Y pues tu corazon no es susceptible
De esta augusta virtud, que ni conoces;
A la vista del mísero enmudece
Y con hipocresías no lo incomodes.
Así en el tigre reprendió el leopardo
A muchos, que tenidndo proporciones,
Afectan compasion al desdichado,
Pero crueles al fin no lo socorren.

FABULA XXXVIII.

El mono vano.

Un mono presumido
Que en gran casa se crió,
Para la sierra huyó
De todos sus trapillos prevenido.
Se presentó á los monos
Haciendo cortesías
Con dos mil monerías
Y hablando con ridículos entonos.
A la primera vista
Los monos se aturdieron,
¿Quién será este? dijeron:
¡Júpiter con sus rayos nos asista!
Mas poco á poco el susto
Se les fué disipando,
Se fueron acercando
Y lo reconocieron á su gusto.
¿Qué es esto, compañero?
Un mono le decia,
Y el vano respondia:
Tratarásme otra vez de caballero.
Advierte, desdichado,
Que de la mona gente
Soy yo muy diferente,
Porque soy hábil, rico, y bien plantado.
En medio de este entono
Hizo cierta cabriola:
Se le salió la cola;
Y todos le dijeron: Eres mono.

Eres mono, aturdido,
Y mono como todos;
Aunque por raros modos
Te quisieras disfrazar con el vestido.
Con este desenfado
Lo mismo diria yo
Al rico que creyó
Que no es igual al pobre desdichado (*).
De un padre descendemos:
Mil pasiones sentimos:
Enfermamos, morimos
Todos, y ser iguales no queremos.

(*) Esencialmente todos somos iguales, y por esta razon nadie deberia envanecerse sobre los miserables, creyéndose de masa distinta que ellos, ó á lo menos, procediendo como si lo fueran. Las distinciones que dá la nobleza, el talento y todo mérito, son justas; pero tambien accidentales: como se hallan en Pedro pudieran hallarse en Juan. Por tanto, á nadie autorizan para ensoberbecerse olvidando sus principios. Esto es lo que moraliza la fábula.



FABULA XXXIX.

Los consejos de la rata.

Decia una rata á un raton,
Hallándose muy enferma:
Hay en esta linda casa
Mil enemigos que alerta
Contra tu vida estarán
En continua centinela.
Guárdate de todos ellos;
Pero con mas diligencia
Guárdate del gato viejo,
Que siempre en la chimenea
Está tomando calor
Con inaudita flojera.
Tiene uñas y las esconde
Con la malicia mas negra:
Ve mas que un lince, y sus ojos
Los encapota y los cierra:
Está siempre murmurando,
Y tú pensarás que reza.
Ultimamente este vicho
Afecta mucha modestia;
Pero es el mayor bribon
Que en el mundo el sol calienta.
Guárdate de él, hijo mio,
Con demasiada cautela;
Porque cuando menos pienses,
Entonces tu vida acecha,
Y si te pilla en sus uñas
Te aseguro no la cuentas.

Es un hipócrita, al fin,
Y estos viles tienen ciencia
Para dañar cuando halagan,
Para matar cuando besan.
Dijo la rata y murió.

Yo venero su advertencia:
El enemigo es temible,
Y mucho mas si aparenta
La amistad que no conoce
O la virtud que desprecia.



FABULA XL.

El palacio de naipes.

Cansados y prolijos
Pedian á Pascual sus dos hijos
Que unos naipes les diera
Para hacer una casa. De manera
Sus ruegos esforzaron,
Que por fin los naipes alcanzaron.
Luego que los hubieron,
Un gran palacio hicieron
Con inmenso trabajo;
Pero despues de todo, vino abajo
Por un ligero viento,
Que se los destruyó en un momento.
Los niños maldecian
Al aire cuando vian
Destruido por el suelo
El fruto de su afan y su desvelo.
Pero entonces Pascual que los entiende,
Su poca reflecsion así reprende:

F... ...stancia,
...perdido.
L... ...que la obra esté hecha
...aprovecha.

...fábulas despacio,
...suerte del palacio.



Este suceso, ó hijos, os enseña
Que todo el que se empeña
Por mera estravagancia
En trabajar una obra sin sustancia,
Se espone inadvertido
A llorar su trabajo por perdido.
De nada sirve, pues, que la obra esté hecha
Si lánguida ó inútil no aprovecha.

Cuando yo leo mis fábulas despacio,
Temo corran la suerte del palacio.





DON CATRIN DE LA FACHENDA,

POR EL

PENSADOR MEXICANO.

VIDA Y HECHOS

DEL FAMOSO CABALLERO

D. CATRIN DE LA FACHENDA.

CAPITULO I.

En el que hace la apología de su obra, y da razon de su patria, padres, nacimiento y primera educacion.

SERIA yo el hombre mas indolente, y me haria acreedor á las escecraciones del universo, si privara á mis compañeros y amigos, de este precioso librito, en cuya composicion me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudicion, y mi estilo sublime y sentencioso.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo el *Periquillo Sarniento*, de que su obra halló tan

buena acogida en este reino; porque la mia, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida á un solo tomito en octavo, se hará desde luego mas apreciable y mas legible: andará no solo de mano en mano, de faltriquera en faltriquera, y de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nacion en nacion, y no parará sino despues que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines y compañeros mios: esta obra famosa correrá.... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada: se imprimirá en los idiomas español, ingles, frances, aleman, italiano, arábigo, tártaro, &c.; y todo hijo de Adan, sin esceptuar uno solo, al oir el sonoroso y apacible nombre de D. Catrin, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los mas interesantes, y los medios mas sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio, de proponerles mi vida por modelo.... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta, y héroe por todos sus cuatro costados; pero basta de ecsordio, *operibus credite.* Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta á treinta y un años, edad florida, y en la que no se debian esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais á ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó á mí ser el prodigio del siglo XVIII en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendentes como yo los hubiera apetecido aun antes de ecsistir, y tan cabales catrines que en nada desmerezco su linage.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y tambien de toda riqueza, ¡propension de los hombres de mérito! me educaron segun los educaron á ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchcahos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos tambien suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabia; pero ¿cómo no habia de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum*, á cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro á fé de caballero D. Catrin, que soy noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas volviendo al asunto de mi historia, digo, que por la ceguedad de la fortuna nací, á lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educacion hubiera sido brillante.

No habia en mi casa tesoros; pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo queria: todo se me alababa, aunque les causara disgusto á las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis piés, y mis padres tenian que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia, y tan grande el amor que me tenian!

Por contemporizar con un tio cura, eterno pegoste y mi declárado enemigo *ab ineunte oetate*, desde mis primeros años me pusieron en la escuela, ó por mejor decir, en las escuelas, pues varié á lo menos como catorce; porque en unas descalabraba á los muchachos, en otras me ponia

con el maestro, en estas retozaba todo el dia, en aquellas faltaba cuatro ó cinco á la semana; y en estas y las otras aprendí á leer, la doctrina cristiana segun el catecismo de Ripalda, á contar alguna cosa, y á escribir mal, porque yo me tenia por rico, y mis amigos los catrines me decian que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo, el tener una letra gallarda, ni conocer los groseros signos de la estrafalaria ortografia. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de estos que se dicen *sensatos*, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros mios, qué se me da, repito, de leer así ó asado; de sumar veinte y once son treinta y seis: y de escribir, *el cura de Tacubaya salió á casar conejos?* Dícenme que esto es un disparate: que los curas no casan conejos sino hombres racionales: que cazar con *z* significa en nuestro idioma castellano matar ó coger algun animal con alguna arma ó ardid, y casar con *s* es lo mismo que autorizar la liga que el hombre y la muger se echan al contraer el respetable y santo sacramento del matrimonio. ¿Qué se me dá, vuelvo á deciros, de estas y semejantes importunas reconvenciones? Nada, á la verdad; nada seguramente; porque yo he tratado y visto murmurar á muchos ricos que escribian de los perros; pero á vueltas de estas murmuraciones los veia adular, y recomendar por los mas hábiles pendolistas del universo; lo que me hace creer, queridos mios, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo, salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decian los buenos señores que un D. Catrin no debia aprender ningun oficio, pues eso seria envilecerse; y así que estudiara en todo caso para que algun dia fuera ministro de estado, ó por lo menos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era mas humilde ó tenia menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni va-

nidades, sino en jugar todo el dia, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñian, y me obligaban á estudiar algunos ratos, y en éstos.... ¡lo que es un talento agigantado! en estos cortos ratos que estudié á fuerza, aprendí la gramática de Nebrija y toda la latinidad de Ciceron en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscípulos y la emulacion de mis cansados preceptores. Aquellos reian siempre que yo construia un verso de Virgilio ó de Horacio, y éstos se rebanaban las tripas de envidia al oirme hacer régimen de una oracion, porque yo les hacia ver á cada paso lo limitado de sus talentos y lo escesivo del mio.

Me decian, por ejemplo, que *ego, mei*, no tenia vocativo, y yo les decia que era fácil ponérselo, y necesario el que lo tuviera; pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latin esta oracion: *¡O yo el mas infeliz de los nacidos!* y poniéndole el vocativo *ego*, diremos: *O ego infelicior natorum*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los gramáticos antiguos.

La oposicion que hice á toda gramática fué de lo mas lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oirme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio:

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,

Que volví al castellano de este modo:

Tu recubans, tú amarrarás; *Tityre*, á los títeres; *patulae*, de las patas; *fagi*, con una faja; *sub tegmine*, bajo de ciertos términos. Todos se reian, celebrando, ya se vé, mi habilidad; pero los maestros se ponian colorados, y aun me querian comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos, y me pusieron á estudiar filosofía.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüia yo en *bárbara* que era un pasmo, y tenia un *ergo* tan retumbante, que hacia estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asom-

bro de mis condiscípulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasion, arguyendo con un rancio peripatético que defendia la ecsistencia de cierto animal llamado entre sus antiguos patronos *ente de razon*, despues de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente:

Si per alicujus actus aficeretur entis ratio, maximè per huic: per huic non; ergo per nullius. Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmoteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento; el sustentante me dió un apretado abrazo, y medio real de carita, diciéndome: Tenga vd. el gusto de que es mas fácil concebir un ente de razon, que poner otro silogismo en un latin tan crespo y elegante. Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese dia, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro, y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam:* que resuelto á romance queria decir: Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrin, que es de los nuestros Catrines. ¿Qué os parece, amigos y compañeros? ¿No os admira mi habilidad en tan pocos años? ¿No os espanta mi fama tan temprana? ¿No os ejemplariza mi conducta? Pues imitadme, y lograreis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber cursado la Universidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y concolegas.

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise obtener el primer lugar *in rectum* que me ofrecian, y me contenté con el grado de bachiller, que le costó á mi padre treinta y tantos pesos, me parece: y aun este lo admití porque ya sabia yo cuán necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fué preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y diez y ocho años á cuestas, me divertia en las vacaciones que tuve, pasando el

tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tio cura le pareció que ya perdia demasiado tiempo, instó á mis padres para que me volvieran á soterrar en el colegio á estudiar facultad mayor; pero les dijo que consultaran con mi inclinacion para que se procediera con acierto.

Yo tenia muy poca ó ninguna gana de continuar una carrera tan pesada como la de las letras, por dos poderosísimas razones; la primera, por no sufrir la envidia que los maestros me tenian al ver cómo desarrollaban mis talentos; y la segunda, porque ya me consideraba bastante instruido con el estudio que tenia hecho, para disputar de cualquiera ciencia con el mismo Salomon.

Resuelto de esta manera, le dije á mi padre que no queria continuar en los estudios, porque las ciencias no eran sino unas charlatanerías importunas que no proporcionaban á los hombres sino aflicciones de espíritu, quebraderos de cabeza y ningun premio; pues para un medio sabio que cogia el fruto de sus tareas literarias al cabo de los años mil, habia novecientos arrinconados en el olvido y la miseria.

Mi padre tenia talento; pero como reconocia muchas ventajas en el mio, se encogió de hombros como quien se sorprende, y no hizo mas sino trasladar la respuesta á la noticia de mi pesado tio el cura, con quien, por esta causa, tuve una molesta disertacion, como vereis en el capítulo que sigue.



CAPITULO II.

Describe la figura de su tio el cura, y da razon de lo que conversó con él y con su amigo Precioso, y sus resultas.

UE cierto es que si no hubiera entremetidos en las familias, andaria todo con mas órden; pero estos comedidos consejeros muchas veces llevan á las casas la discordia.

Mi buen tio era el cura de Jalatlaco, que habreis oido nombrar varias ocasiones en este reino. Se apuraba por lo que no debia, y aun los cuidados mas agenos lo tenian macilento y estenuado: ¿qué seria cuando juzgaba que el mal recaia inmediatamente sobre alguno de sus parientes? ¡Dios de mi alma! Entonces todo era para él sustos, temores y congojas: no habia consejo que no diera, ni diligencia que no practicara, para evitar que sintiera el mal que amenazaba. Algunas veces se salia con la suya á fuerza de regaños y sermones; pero en otras, que eran las mas, predicaba en desierto, y todo se quedaba como siempre.

Así le sucedió conmigo. Un dia..... pero os pintaré primero su figura, para que conozcais cuán diferentes serian sus pensamientos de los mios; porque si por el fruto se conoce el árbol, por el esterior suele conocerse el carácter de los hombres.

Era, pues, mi buen tio un clérigo viejo como de sesenta años de edad, alto, flaco, descolorido, de un rostro venerable, y de un mirar sério y apacible: los años habian emblanquecido sus cabellos, y sus estudios y enfermedades, consumiendo sú salud, despoblaron de dientes sus encías, llenaron de arrugas el cútis de su cara, y opacaron la vista de sus ojos que eran azules, y se guarecian debajo de una hermosa pestaña y grande ceja; sin embargo, en su espaciosa frente se leia la serenidad de una buena conciencia, si es que las buenas conciencias se pintan en las frentes anchas y desmedidas calvas: sus discursos eran concertados, y las palabras con que los proferia eran dulces y á veces ásperas, como lo fueron siempre para mí: su trage siempre

fué trazado por la modestia y humildad propia del carácter que tenia: sus manos con su corazon estaban abiertas al indigente, y todo lo que le rindió su curato lo invirtió en el socorro de sus pobres feligreses, con cuyas circunstancias se hizo generalmente amable de cuantos le trataron, menos de mí, que á la verdad no lo tragaba, porque á título de mi tio y de que me queria mucho, era mi constante pedagogo, mi fiscal vigilante, mi perpetuo regañon. ¡Pobre de mí si no hubiera sido por mis amantes padres! Me consume sin duda el señor cura, y me convierte en un misántropo aborrecible ó en un anacoreta repentino; pero mis padres, que santa gloria hayan, me amaban mas que el tio, y me libraban con modo de su impertinencia. Mas valia un *no quiero* de mi boca, dicho con resolucion á mi madre, que veinte sermones de mi tio: ella y mi padre inmediatamente que me veian disgustado, condescendian con mi voluntad y trataban de serenarme. Esto es saber cumplir con las obligaciones de padres de familia; así se crian los hijos, y así salen ellos capaces de honrar su memoria eternamente.

Un dia, iba diciendo, me llamó á solas el pesado tio y me dijo: Catrin, ¿por qué no quieres continuar tus estudios? Mal ó bien, ya has comenzado la carrera de las letras; pero nadie se corona ni alcanza el lauro si no llega al término prescrito. Es verdad que los estudios son fastidiosos al principio; pero no es menos cierto que sus frutos son demasiado dulces, é indefectiblemente se perciben. Con que ¿por qué no quieres continuar?

Señor, le contesté, porque estoy satisfecho de la inutilidad de las ciencias, de lo mal que se premia á los sabios, y porque ya sé lo necesario con el estudio que he tenido y la varia lectura á que me he dedicado. ¿Cómo es eso, decia el cura, esplícate, qué casta de varia lectura ha sido esa? Porque si es igual á tus ponderados estudios, seguramente que nada puede aprovecharte.

Nada menos que eso, le respondí: he leido una enciclopedia entera, el Quijote de Cervantes, el Gil Blas, las Veladas de la Quinta, el Viajero universal, el Teatro crítico,

el Viaje al Parnaso, y un celemin de comedias y entremeses.—Por cierto que has leido mucho y bueno para creerte un sabio consumado; pero sábete para tu confusion, que no pasas de un necio presumido, que aumentarás con tus pedanterías el número de los sabios aparentes ó eruditos á la violeta. ¿Qué es eso de que las ciencias son inútiles? ¿Qué me puedes decir acerca de esto que yo no sepa? Dirásme sí, que las ciencias son muy dificiles de adquirirse, aun despues de un estudio dilatado; porque toda la vida del hombre, aunque pase de cien años, no basta á comprender un solo ramo de las ciencias en toda su estension. Solo Dios es el omnicio universal ó el ser á quien nada se le esconde; pero el hombre finito y limitado apenas llega, al cabo de mil afanes, á saber algo mas de lo que ignora el resto de sus semejantes. De manera que yo convendré contigo en confesar que no hay, ni ha habido, ni habrá sobre la faz de la tierra un solo hombre completamente sabio en teología, jurisprudencia, medicina, química, astronomía, ni en ninguna otra facultad de las que conocemos y entendemos; mas esto lo que prueba es, que el hombre es limitado por mas que haga; pero no que es imposible subir á la cumbre de las ciencias, y mucho menos que éstas sean inútiles en sí.

¿Qué mas dirias si supieras que á mediados del siglo pasado el filósofo de Ginebra, el gran Juan Santiago Rousseau, escribió un discurso probando en él que las ciencias se oponian á la práctica de las virtudes, y engendraban en sus profesores una inclinacion hácia los vicios, cuyo discurso premió la academia de Dijon en Francia? Entónces tú, como tan mal instruido, creerias haber parado al sol en su carrera; pero no, hijo mio: este gran talento abusó de él para probar una paradoja ridícula. El quiso probar en este discurso que las ciencias eran perniciosas, despues que habia recomendado su provecho, despues que les tomó el sabor, y logró hacer su nombre inmortal por ellas mismas. A tanto llega la vanidad del hombre. Rousseau defendió con su elocuencia un delirio que él mismo condenaba dentro de su corazon; y esta elocuencia fué tan grande, que

alucinó á los sabios de una academia respetable, en términos de adjudicarle premio por lo que merecia desaires; pero esto mismo prueba hasta dónde puede llegar la utilidad de las ciencias, pues si el arte de decir hace recomendable lo necio, ¿qué será si se aplica á lo útil y provechoso?

Dirásme tambien, como ya lo dijiste, que la suerte de los sabios es infeliz, y que por uno que premia el mundo, hay mil á quienes abate ó persigue; pero esto no depende de las ciencias, sino del trastorno de las ideas, y de otras cosas que tú no entenderás aunque te las esplique: mas sin embargo de esto, el sabio jamas deja de percibir en sí mismo el fruto de sus tareas. El hombre ignorante, aunque sea rico, no puede comprar con ningun oro las satisfacciones que puede gozar el sabio, aun en medio de su desgracia. El primero tendrá quien le adule para estraerle algo de lo que esconde; pero el segundo tendrá quien le aprecie, quien le ame y alabe con relacion á su mérito real y no á otra cosa. Últimamente: el necio se llamará dichoso mientras sea rico: el sabio lo será realmente en medio de la desgracia si junta la ilustracion á la virtud. Por esto dijo sabiamente Ciceron: "Que todos los placeres de la vida ni "son propios de todos los tiempos, ni de todas las edades y "lugares; pero las letras son el alimento de la juventud, y "la alegría de la vejez; ellas nos suministran brillantez "en la prosperidad, y sirven de recurso y consuelo en la "adversidad." De aquí debes inferir que jamas son inútiles las ciencias: que los sabios siempre perciben el fruto de sus tareas, y que si quieres lograr tú alguno, es necesario que continúes lo comenzado. Esto te digo por tu bien: haz lo que quieras, que ya eres grande. Diciendo esto el buen cura, se marchó sin esperar respuesta, dejándome bien amostazado con su sermon impertinente.

Yo por disipar un poco el mal rato, tomé mi capa, y me fuí á comunicar mis cuitas con un íntimo amigo que tenia, llamado Precioso, jóven no solo fino, sino afiligranado, de una erudicion asombrosa, de unas costumbres ejemplares, y cortado enteramente á mi medida.

Cuando entré á su casa, estaba sentado frente á su to-

cador, dándose color en las mejillas, con no sé que menjurge. Luego que me vió me hizo los cumplimientos necesarios, y me preguntó por el motivo de mi visita. Yo le dije todo lo pasado, añadiendo: ya ves, amigo, que la carrera de las letras es larga, fastidiosa y poco segura para vivir en este reino: si pienso en colocarme de meritorio en una oficina, tal vez, al cabo de servir de balde cinco ó seis años, y cuando vaque una plaza de empleado en la que yo deba colar, se aparece un D. Fulano cargado de recomendaciones, me lo encajan encima, y me quedo en la calle; ó cuando esto no sea, mi forma de letra es tan corriente, que es imposible la entiendan si no son los boticarios viejos; motivo justo para que no piense en ser oficinista. Si se me presenta el comercio como un giro acomodado para vivir, lo abandono por indecente á la nobleza de mi cuna, pues ya tú ves que un D. Catrin no debe aspirar á ser trapero, ni mucho menos á embutirse tras de una taberna, ó tras de un mostrador de aceite y vinagre. Pensar en irme á acomodar de administrador de alguna hacienda de campo, es quimera, pues á mas de que no tengo instruccion en eso, el oficio de labrador se queda para los indios, gañanes, y otras gentes como estas sin principios: con que yo no sé qué carrera emprender que me proporcione dinero, honor y poco trabajo.

En muy poca agua te ahogas, me contestó Precioso: ¿Hay cosa mas fácil que ser militar? ¿Pues por qué no piensas en ello? La carrera no puede ser mas lucida: en ella se trabaja poco y se pasea mucho, y el rey paga siempre á proporcion del grado que se obtiene. Es verdad, le dije, me acomoda tu dictámen; pero hay una suma dificultad que vencer, y es que yo.... pues, no soy cobarde; pero como no estoy acostumbrado á pleitos ni pendencias, me parece que no sé como me he de presentar en campaña al frente del enemigo. No, no soy capaz de derramar la sangre de mis semejantes, ni menos de esponerme á que se derrame la mia; soy muy sensible.

Ya te entiendo, me respondió Precioso: tú serás muy sensible ó muy miedoso; pero yo te juro que como escapes de

las primeras escaramuzas, tú perderás el miedo y la sensibilidad muy en breve; todo es hacerse. Conque anda, empeña á tu padre en que te ponga los cordones de mi propio regimiento, y verás qué videta nos rapamos.

Las sanas doctrinas de mis amigos tenian mucho ascendiente sobre mi corazon. Al momento adopté el parecer de Precioso, y me volví á mi casa loco de contento, resuelto á ser cadete á toda costa.

No me costó mucho trabajo, pues aunque al principio se resistia mi padre, alegando que estaba pobre, y que no podia sostenerme con el decoro conveniente á la clase distinguida de cadete; yo insté, porfié y reñí por último con mi madre, la que por no verme encolerizado, me ofreció que obligaria á mi padre á darme gusto, mas que se quedaran sin colchon.

No fueron vanas las promesas, porque mi madre hizo tanto, que al dia siguiente ya mi padre mudó de parecer, y me preguntó que de qué regimiento queria ser cadete, y habiendo sabido que del mismo de donde lo era D. Precioso, me aseguró que dentro de ocho dias me pondria los cordones. Así se verificó, segun os voy á contar en el capítulo tercero.



CAPITULO III.

En el que refiere como se hizo cadete: las advertencias de su tio el cura, y la campaña de Tremendo.

NADA se dificulta conseguir en habiendo monedas y nobleza; yo lo ví conmigo palpablemente. Mi padre entabló su solicitud por mí, presentando mis ejecutorias de hidalguía y de nobleza, y los recomendables méritos de mis abuelos, que habian sido conquistadores, con lo que en dos por tres cátenme aquí con mis licencias necesarias para incorporarme en la milicia.

En efecto, á los cuatro dias ya estaba hecho mi famoso

uniforme, y el domingo siguiente me lo puse con mucho gusto mio, de mis padres, de mis amigos y parientes, menos del cura, que como acostumbrado á tratar solo con los mazorrales de su curato, era opuestísimo al brillo de la corte y al lujo de los caballeros; y así estaba muy mal con mi nuevo empleo, y no era eso lo peor, sino que trató de indisponer á mi padre hasta el último dia; mas no lo consiguió: yo me puse los cordones, y esa noche hubo en mi casa un magnífico baile.

Todos me dieron mil abrazos y parabienes, y entre los brindis que se repetian á mi salud, me decian que parecia yo un capitan general, con lo que me hacian conocer mi mérito con solidez.

Solamente el cura, el santo cura, que Dios haya perdonado, era mi continuo tormento. Así que se concluyó la funcion, me dijo: Soy tu tio, te amo sin fingimiento, deseo tu bien, estás en una carrera en que puedes conseguirlo si eres hombre de arreglada conducta; pero temo mucho que no es el deseo de servir al rey ni á tu patria el que te ha conducido á este destino, sino el amor al libertinage. Si así fuere, sábete que si hay militares pícaros, hay gefes honrados que los hagan cumplir con sus deberes, ó los desechen con ignominia en caso grave: que si sales tan mal soldado como estudiante, lograrás iguales aplausos, recomendaciones y aprecios; y por último sábete, que aunque logres ser un libertino tolerado, á la hora de tu muerte encontrarás un Juez Supremo é inecsorable que castigará tus crímenes con una eternidad de penas. Dios te haga un santo: que pases buena noche. Este fué el parabien que me dió el cura, y yo le quedé tan agradecido como obligado, pues me dejó confundido su última amenaza.

Sin embargo, al otro dia fuí á buscar á mis amigos, á quienes hallé en un café, y luego que me vieron, me instaron para que tomara aguardiente, favor que yo admití de buena gana.

Durante el brindis no quedó muger conocida de México, cuya honra no sirviese de limpia dientes á mis camaradas, entre los que estaba un D. Taravilla, mozo de veinte

años, hablador como él solo y catrin completo, esto es, hombre decente y de muy bellas circunstancias. Sin ayuda de nadie divertia una tertulia una noche entera: nadie hablaba cuando él comenzaba á platicar; y aunque tenia el prurito de quitar créditos, nadie se lo notaba, por el chiste y la generalidad con que lo hacia.

En esta ocasion me acuerdo que dijo que ninguno de nosotros podia jurar que era hijo de su padre, y añadió: yo por mí, á lo menos no me aventuraré jamas á creer ni asegurar tal cosa. Mi madre es jóven y bonita, su marido es viejo y pobre: ustedes dirán si yo podré jurar que fué mi padre: pero ¿qué me importa? El me sostiene, mi madre es muger, y es fuerza perdonarle sus fragilidades.

Quien de este modo hablaba de sí mismo, ¿cómo hablaria de los demas? En menos de media hora hizo pedazos el honor de diez doncellas conocidas, destrozó el crédito de seis casadas, echó por tierra la opinion buena de veinte comerciantes, y trilló la fama de cuatro graves religiosos, nada menos que prelados; y si la conversacion dura mas, las togas, las prebendas, el baston y el báculo de México quedan hechos harina debajo de su lengua. Tanta era su volubilidad, tanta su gracia.

Yo no podia menos que acordarme de lo que el tio cura me habia dicho la noche anterior; y así, confuso, recargado sobre la mesa, con la mano en la frente y la botella delante, decia dentro de mí: no hay remedio, una conversacion como esta, en la que no hay un crédito seguro, ni puede ser agradable á Dios ni provechosa á los hombres, tanto hablar como el oir con gusto estas mordacidades, no puede menos que ser malo, pues se tira y se coopera contra el prógimo, lo que es una falta de caridad; y nuestra religion nos asegura que el que no ama á sus semejantes como á sí, no cumple con la ley; el que no cumple con la ley, peca; el que peca con gusto, conocimiento y constancia, se obstina; el que se obstina, vive mal; el que vive mal, muere mal casi siempre; el que muere mal, se condena, y el que se condena padecerá sin fin. ¡Válgame Dios! Esto fué lo que anoche quiso decirme el cura.....

Tan embebecido estaba yo en estas tristes consideraciones, que ni atendia á lo que platicaban mis amigos. Mi abstraccion fué notable en tanto grado, que un Don..... qué sé yo como se llamaba, le decian *D. Tremendo*, oficial del regimiento N, lo notó, y me reconvino. Yo le dije lo que me habia pasado la noche anterior con mi tio, y que el temor que me habia infundido su arenga era la causa de mi confusion.

Una burleta general fué la salva de mi respuesta: todos se rieron á carcajadas, y el camarada Tremendo acabó de escitar su alegría diciendo: ¡Valiente mona tenemos por compañero de armas! Hombre del diablo, ¿por qué no pretendiste el velo de capuchina, antes que los cordones de cadete, ó á lo menos el asador de la cocina de un convento de frailes, ya que eres tan pacato y escrupuloso? Vaya, vaya se conoce que eres un pazguate de mas de marca. Mírate ahí, muchacho no muy feo, con cuatro reales en el bolsillo y unos cordones en el hombro, y espántandose por dos chismes que te contó tu tio.... pues, tu tio, un clerizonte viejo, fanático y majadero á prueba de bomba, á quien yo hubiera echado al perico tiempos hace; mas él te ha sabido infundir un terror pánico desmedido, acobardando tu espíritu con cuentos de viejas y palabras que nada significan. Vamos, chico, vamos; paséate con nosotros alegremente; brinda con los que beben, juega, enamora, riñe y solazáte con quien sabe pasear, beber, jugar, enamorar, reñir y solazarse. Mañana serás un triste retirado: la vejez habrá robado las gracias de tu juventud, y la alegría huirá veinte leguas en torno de tu habitacion, y entonces sentirás no haber aprovechado estos momentos lisongeros, que te ofrece tu presente estado.

Desengáñate, Catrin: paséate, huélgate, juega, enamora, tente en lo que eres, esto es: entiende que el ser militar aun en clase de soldado raso, es mas que ser empleado, togado ni sacerdote. El oficial del rey es mas que todo el mundo: todos lo deben respetar, y él á ninguno: las leyes civiles no se hicieron para los militares; infringirlas en tí será, á lo mas, una delicadeza si observas las ordenanzas y vis-

tes con tal cual lujo: todos los bienes, y aun las mugeres, son comunes en tiempo de guerra, y en el de paz se hacen de guerra, echando mano al sable por cualquier cosa; y así olvídate de esas palabras con que te espantó el viejo tonto de tu tio, y pasa buena vida. Muerte, eternidad y honor, son fantasmas, son cocos con que se asustan los muchachos. *Muerte*, dicen; pero ¿quién temerá la muerte, cuando el morir es un tributo debido á la naturaleza? Muere el hombre, lo mismo que el perro, el gato, y aun el árbol, y así nada particular tiene la muerte de los hombres. *Eternidad*: ¿quién la ha visto, quién ha hablado con un santo ni con un condenado? Esto es quimera. *Honor:* esta es una palabra elástica que cada uno le da la estension que quiere. Punto de honor es combatir al enemigo hasta perder la vida en la campaña, y punto de honor es asesinar al indefenso, robarle sus bienes y abusar de la inocencia de sus hijas. Esto lo has visto: la gracia está en saber pintar las acciones y dictar los partes; y teniendo la habilidad de engañar á los gefes, tú pasarás por un militar sabio, valeroso y prudente.

Conque vuelve por tu honor entre los camaradas: sé corriente, franco, marcial y para todo; pues si te metes á místico y escrupuloso, serás la irrision mia, de Precioso, de Taravilla, y en fin hasta de Modesto, que ya lo ves que parece que no sabe quebrar un plato.

Este Modesto era un jóven oficial, que habia estado oyendo la conversacion de Tremendo con mucho silencio; pero lo rompió á este tiempo, y dijo con bastante seriedad: oyes, Tremendo: el cadete nuevo tiene mucha razon para confundirse al oir una plática tan escandalosa como la que sostuvo Taravilla, y la tendrá mayor si se hace cargo de los desatinos que has dicho, y cuya malicia tú mismo ignoras; pero yo que aunque jóven y militar no soy de la raza de los Catrines y Tremendos, debo decirle que hace muy bien en abrigar los cristianos y honrados sentimientos que le ha inspirado el bueno de su tio. Sí, amigo D. Catrin: entienda vd. que la carrera militar no es el camino real de los infiernos. Un cadete, un oficial, es un caballe-

ro, y si no lo es por su cuna, ya el rey lo hizo por sus méritos ó porque fué de su agrado; pero no es caballero ni lo parecerá jamas el truan, el libertino, el impío, el fachenda y el baladron. No, amigo: la carrera militar es muy ilustre; sus ordenanzas y sus leyes muy justas; y el rey ni debe, ni quiere, ni puede autorizar entre sus soldados el robo, el asesinato, el estupro, el sacrilegio, la provocacion, la trampa, la fachenda, la soberbia, ni el libertinage, como por desgracia creen muchos de mis compañeros degradados. No señor: el oficial que tiene el honor de militar bajo las banderas del rey, debe ser atento, comedido, bien criado, humano, religioso, y de una conducta de legítimo caballero.

Ninguna licencia le permite á vd. el rey para ultrajar al paisano de paz, para atropellar su honor ni el de su familia, para hacer una estafa, ni para ser desvergonzado ni provocativo espadachin. Sépase vd., amigo, que cuando comete estos delitos, sus cordones, sus charreteras, sus galones ni sus bordados, le servirán de otra cosa, sino de hacerlo mas abominable á los ojos de los sabios, de los virtuosos, de sus gefes y de todo el mundo; porque todo el mundo se resiente de la conducta de un pícaro, por mas que tenga la fortuna de pasar por un señor: en tal caso sus superiores le desairan, sus iguales le abominan, y sus inferiores le maldicen.

Si cualquiera se hace aborrecible con estos vicios, ¿qué será si á ellos añade el ser un blasfemo y un impío, que se produzca escandalosamente contra nuestra católica religion, religion la mas santa, única, verdadera y justificada? ¿No basta ser infractores de la ley? ¿Es menester destruir el dogma, burlarse de los misterios, y hacer una descarada irrision de lo mas sagrado, á título de bufones, de necios y de libertinos?

Si por mí lo dices, contestó Tremendo muy enojado: si por mí lo dices, so botarate hipocriton, mira cómo te esplicas, porque á mí.... pues, ni San Pedro me ha hecho quedar mal en esta vida. Ya me conoces, chico: cuenta con la boca, porque yo no aguanto pulgas; y por vida del

gorro de Pilatos que si me enfado, del primer tajo te he de enviar á buscar el mondongo y la asadura mas allá de la region del aire.

Todos se rieron, como era regular, de la arrogancia de Tremendo; pero Modesto, bastante serio le dijo: Anda á pasearte, fanfarron: ¿qué piensas que me amedrentas con tus baladronadas? Estoy seguro de que los mas matones son los mas cobardes.... Eso no, voto á Cristo, dijo Tremendo: el cobarde y hablador tú lo eres, y te lo sostengo de este modo....

Diciendo y haciendo sacó el sable, y Modesto mas ligero que una pluma, sacó tambien el suyo, y se puso en estado de defensa.... Pero dejémoslos con los sables en las manos, reservando la noticia del fin de su reñidísima campaña para el capítulo que sigue, pues este ya va muy largo, y el prudente lector tendrá ganas de fumar, de tomar un polvo, toser ó estornudar, y no será razon impedirle que tome un poco de resuello.



CAPITULO IV.

Dáse razon del fin de la campaña de Tremendo: desafia éste á Catrin, y se trata sobre los duelos.

Con los sables levantados en el aire quedaron nuestros dos bravos campeones en el capítulo pasado; pero no los tuvieron ociosos mucho tiempo. Tremendo tiró un furioso tajo sobre la cabeza de Modesto, quien le hizo un quite muy diestro, pero desgraciado para mí, porque el sable se deslizó sobre mi hombro izquierdo y no dejó de lastimarme: yo me irrité como debia; y acordándome de las lecciones que me habian dado mis amigos sobre que no me dejara de nadie, que vengara cualquiera ofensa, por leve que fuese, y que no disculpara la mas ligera falta que contra mi respetable persona se cometiera; acordándome, digo, de estas y otras mácsimas morales, tan bellas y seguras como las dichas, me encendí en rabia, y como poco acostumbra-

do al uso del sable, se me olvidó echar mano á él, y afianzando el vaso de aguardiente que tenia delante, lo arrojé á la cara de Tremendo; pero tuvo la fortuna de que se le quebró en el boton del sombrero, y se le introdujo algun licor en los ojos. Entonces dos veces ciego con la cólera y con el alcohol, se enfureció terriblemente, y comenzó á tirar tajos y reveses al monton que Dios crió; pero tantos, tan seguidos y sin órden, que á todos nos puso en cuidado aquel maldito loco.

El alboroto fué terrible: los vasos, escudillas, botellas, mesas y demas muebles del café, andaban rodando por el suelo, y nosotros harto haciamos en defendernos con las sillas. Los pobres dueños de la casa estaban divididos en sus opiniones: unos querian pedir ausilio al cuerpo de guardia inmediato, y otros se oponian porque no les tocara la peor parte.

Los gritos, golpes, bulla y algazara eran insufribles, hasta que por fortuna, dos compañeros tuvieron lugar de afianzar por los brazos á Tremendo: entonces le quitaron el sable, le metieron á lo mas interior de la casa y trataron todos de serenarle, lo que no se pudo conseguir, porque Tremendo toda la furia que tenia con Modesto, la volvió contra mí, y echando votos y maldiciones, me maltrató á su placer, y concluyó jurando vengarse á fé de caballero, y satisfacer el ultraje de su honor con la espada en la mano; para lo cual, si tu nacimiento es noble, me decia, y si eres tan valiente en el campo, cuerpo á cuerpo, como en los cafés, rodeado de tus amigos, á las cuatro de esta tarde te espero solo con mi sable en el cementerio de S. Lázaro: sé que no irás porque eres un cobarde; pero con tu miedo me daré por satisfecho, mi honor quedará con lustre, y tú pasarás por un infame entre los camaradas. Diciendo esto se marchó sin esperar respuesta.

Todos se miraban con atencion, y con la misma me veian á la cara. Yo conocí cuánto significaba su admiracion y su silencio; y aunque es verdad, como que me he de morir, que yo le tenia bastante miedo á Tremendo, y que le hubiera dado todo lo que tenia en el bolsillo porque

no me hubiera desafiado, me avergoncé de haber callado; y haciendo de tripas corazon, les dije: No hay cuidado, amigos, no hay cuidado: está admitido el duelo, á la tarde nos batirémos en el campo. ¿Qué se dijera de D. Catrin Fachenda, si en el primer lance público de honor que se le ofrece, manifestara cobardía? No, de ninguna manera huiré la cara al peligro. Bueno fuera que un militar que no debe temer una fila entera de enemigos, tuviera miedo á un patarato hablador como Tremendo. Dos brazos tiene él como yo, un sable llevará tan bueno como el mio, y no ha de dejar á guardar su corazon en su casa, como ni yo tampoco.

Puede matarme, y yo tambien puedo matarlo á él, que será lo mas seguro. Ya le tengo lástima, porque si le acierto el primer tajo así como el vasaso de aguardiente, bien puede ver donde lo entierran.

No dejaron algunos de reirse de mis bravatas; pero todos apoyaron mi determinacion de admitir el duelo, y yo conocí que me consideraron por hombre valiente, de honor y de resolucion; ménos Modesto, quien me dijo: Vamos amiguito, déjese vd. de locuras y quijotadas. Hacer un desafío y admitirlo, no prueba el mas mínimo valor. Se hacen por venganza, y se admiten por soberbia.

No consiste el honor en la punta de la espada, sino en lo bien ordenado de las costumbres. Mas valor se necesita para perdonar una injuria, que para vengarla: esto todo el mundo lo conoce y lo admira, y la historia nos conserva millares de ejemplos que comprueban esta clase de verdadero heroismo.

Cualquiera alma noble se enternece al oir la generosidad con que José en Egipto perdonó á sus pérfidos hermanos, que de muchacho le vendieron á unos mercaderes por esclavo. Mayor parece David cuando perdona á su enemigo Saul la vida, que cuando camina á vengarse de la bárbara grosería del marido de Abigail. Alejandro, César, Marco Aurelio y otros lloraron por la muerte de sus capitales enemigos, sintiendo los dos últimos el no haber tenido la gloria de perdonarlos. Echaban en cara al emperador

Teodosio el Jóven, que era muy humano con sus enemigos; y él respondió: *En verdad que léjos de hacer morir á mis enemigos vivos, quisiera resucitar á los muertos.* ¡Qué respuesta tan propia de un emperador, digno de serlo!

Seria cansarnos, amigos, y cargar yo con la nota de un pedante que pretende vomitar de una vez toda su erudicion, si dijera aquí todos los sucesos ilustres de esta clase que se me vienen á la memoria: baste repetir que el perdonar una injuria es mas glorioso, que el vengarla. Por eso dice Dios por Salomon: (*) *El hombre pacífico es mejor que el valiente y animoso; y el que dueño de sí mismo sabe dominar su corazon, vale mas que el conquistador de las ciudades.*

El vencer un hombre á su enemigo puede consistir en una contingencia, que despues se atribuye á valor, habilidad ó fortuna: pero el vencerse á sí mismo prueba sin duda un uso recto de la razon, un gran fondo de virtud y una alma noble. En ninguna ocasion lucen mejor estos vencimientos que cuando se perdonan las injurias: entónces sí, entónces se conoce la superioridad de una alma grande. Por esto decia el conocido y célebre Descartes: *Cuando me hacen una injuria, procuro elevar mi alma tan alto, que la ofensa no llegue hasta á mí.* Segun esto, ¡qué grande no fué el elogio que Ciceron hizo de César cuando dijo *que nada olvidaba sino los agravios que le hacian!* Esta sola espresion en boca del orador romano, nos retrata la bondad de aquel grande hombre.

Al contrario, el vengativo manifiesta de á legua su vileza y la ruindad de su corazon; verdad que conocieron los gentiles no ilustrados con las luces del Evangelio. *El querer vengarse,* decia Juvenal, *es la seña inequívoca de un ánimo débil y de una alma pequeña.*

Por lo comun los espadachines y duelistas no son sino los mas malvados y groseros con todo el mundo. Ignorantes de lo que es el verdadero honor, pretenden acoger-

(*) Prov. 16. &c.

se á él para vengarse y satisfacer su escesiva soberbia: y si en cualquier ciudadano es abominable este ruin carácter, lo es aun mas en un militar, en quien se debe suponer que no ignora lo que es honor verdadero, ni las leyes de la buena educacion, que nos prescriben ser atentos, afables y prudentes con todos.

Con razon Teodorico escribia á sus militares pendencieros: "Volved vuestras armas contra el enemigo, y no os "sirvais de ellas los unos contra los otros. Jamas unas "querellas poco importantes en sí mismas os conduzcan á "escesos reprensibles. Someteos á la justicia que hace la "felicidad universal. Dejad el acero cuando el estado no "tiene enemigos, pues es un gran crímen levantar la ma- "no contra los ciudadanos por cuya defensa seria glorioso "esponer la vida."

Yo, compañeros, conozco que tal vez os habrá disgustado mi larga arenga; pero dispensadme, pues todos mis esfuerzos se dirigen á que el caballero D. Catrin prescinda, como debe, del duelo para que está citado, y que viva en la inteligencia de que nada pierde por esto del buen concepto que se merece entre nosotros.

Eso no puede ser, dije yo, porque será pasar por un cobarde y un infame en la opinion de Tremendo.

Lo contrario será si vd. admite el desafio, me contestó Modesto: en tal caso sí será vd. un infame por las leyes, y un escomulgado por la iglesia, que negará aun un lugar sagrado á su cadáver si muriere en el desafio.

Como militar nuevo aun no habrá visto vd. la real pragmática sobre este punto; pero por fortuna tengo en el bolsillo el tomo 3.° de las Ordenanzas militares donde se halla, y se la he de leer á vd. toda aunque no quiera, para que no alegue ignorancia, ni me culpe si yo lo denuncio, caso de que persista en su intencion de admitir el desafio que le han hecho. Oiga vd.

"D. Felipe &c. (Aquí nos encajó toda la cédula al pié de la letra), y luego prosiguió:

No puede estar mas clara la benéfica intencion del legislador en beneficio de la humanidad. Ni solo en Espa-

ña se ha hecho abominable la maldita costumbre de los duelos, nacida desde tiempos atras entre las naciones bárbaras y feroces del Norte. Gustavo Adolfo, su primer conquistador, el que trató de reducir á aquellas gentes á la mejor civilizacion, en el siglo XVI, sabiendo que los duelos comenzaban á hacer destrozos en su ejército, los prohibió con pena de muerte. Sucedió, dice el abate Blanchard, que dos de sus principales oficiales se desafiaron, y pidieron al rey licencia para batirse cuerpo á cuerpo. El rey al pronto se indignó de la proposicion; pero sin embargo, consintió en ella, añadiendo que queria ser testigo del duelo. Fué á él con un pequeño cuerpo de infantería que colocó al rededor de los dos valientes, diciéndoles: *Vamos, firme, señores: combatid ahora mismo, hasta que uno de vosotros dos caiga muerto.* A seguida hizo llamar al verdugo del ejército, y le dijo: *Al instante que muera uno de los dos, córtale al otro la cabeza delante de mí.* Esto bastó para que reconociendo ambos su soberbia necedad, implorasen el perdon del rey, reconciliándose para siempre, y dando con este ejemplar una leccion tan eficaz en la Suecia, que desde entónces no se oyó hablar mas de los duelos en el ejército (*).

¡Cáspita en la sentencia! dijo Taravilla: ese era el juego del gana pierde, pues en riñendo los dos morian; mas no se puede negar que la intencion del rey fué bueno, pues no quiso que muriera ninguno.

Con esto se concluyó nuestra sesion; porque dieron las dos de la tarde, y cada uno nos despedimos para irnos á comer á nuestras casas.

Yo llegué á la mia: comí con inquietud, porque cuanto dijo Modesto lo tuve por un efecto de cobardía; y resuelto á admitir el duelo, apenas me tiré en la cama un corto rato para pasar la siesta, y sin dormirme, pues estaba pendiente del relox.

Dieron las tres y media, y al instante me levanté, tomé mi sable, marché para San Lázaro, encontré con Tremen-

(*) Blanchard, Escuela de las costumbres.

do, reñimos, y quedamos amigos, como veréis en el capítulo que sigue.



CAPITULO V.

Largo pero muy interesante.

Hallé á Tremendo paseándose frente del cementerio de San Lázaro: su vista, su cuerpazo, sus grandes bigotes y la soledad del campo me infundieron tanto temor; que las rodillas se me doblaban, y mas de dos veces estuve por volver la grupa; pero él me habia visto, y mi honor no debia quedar mal puesto en su opinion.

Con esta consideracion, y acordándome que á los atrevidos favorece la fortuna, que quien da primero da dos veces, y que toda la valentía que para estos casos se requiere, es resolverse á morir ó matar á su enemigo al primer golpe, me acerqué á Tremendo con mi sable desnudo, y á distancia de doce pasos le dije: Defiéndete, cobarde, porque va sobre tí todo el infierno.

El fuerte grito con que pronuncié estas palabras, el denuedo con que corrí á embestirle, los muchos tajos, reveses y estocadas que le tiré sin regla, la ninguna destreza que él tenia en el manejo de su arma, y mi atrevida resolucion para morir, impusieron á Tremendo de tal modo, que ya no trataba de ofenderme, sino de defenderse solamente.

Sosiégate, chico, me decia, sosiégate: si todo ha sido broma por verte y conocer tu valor; pero yo soy tu amigo, y no quiero reñir con seriedad.

Por estas sus espresiones advertí que me habia reconocido alguna superioridad sobre su sable; pero acordándome que donde las dan las toman, y que á veces el miedo acosado hace prodigios de valor, como lo acababa de hacer conmigo, me resolví á ceder, pues ya mi honor quedaba en su lugar, y el formidable Tremendo se me daba á partido.

Me retiré tres pasos atras, y con un tono harto grave le

dije: Yo dejo de reñir porque me protestas tu amistad; pero para otro dia no te chancées con tanto peligro de tu vida.

Tremendo me ratificó de nuevo su cariño: los dos juramos sobre nuestras espadas no decir á nadie lo que habia pasado: envainamos los sables, nos abrazamos estrechamente, nos besamos en los carrillos, y nos fuimos al café muy contentos. En esto paró nuestro terrible desafio.

En el camino le conté todo lo que habia dicho Modesto acerca de los duelos, y como están *desaforados* los militares y caballeros de órdenes que desafiaren, admitieren el desafio, ó intervinieren en él de cualquier modo, con la pena de aleves y perdimiento de todos sus bienes; y que si tenia efecto el desafio, aunque no haya riña, muerte ó herida, con tal que se verifique que han salido al campo á batirse, sean castigados, *sin remision alguna*, con pena de muerte.

Todo esto sabia yo, me respondió Tremendo; y por eso quise escusar la riña sin herirte, si no ¡voto á Cristo! que en la salida que hiciste sobre la izquierda, te pude haber tirado la cabeza sobre las astas de Capricornio; pero soy tu amigo, tengo mucho honor, y solo te desafié por una chanza, y por esperimentar si eras muchacho de valor. Ahora que sé que lo tienes, seré tu amigo eterno, y á los dos juntos no nos acobardarán todas las furias del infierno desatadas en contra nuestra. Pero te advierto que tu amistad no la dediques sino á mí, á Precioso, á Taravilla, á Tronera y á otros semejantes; y de ningun modo á Modesto, á Prudencio, á Constante, á Moderato, ni á otros oficiales hipócritas y monos de que por desgracia abunda nuestro regimiento.

Estos jóvenes tontos y alucinados por los frailes, te predicarán como unos misioneros apostólicos, llenarán tu cabeza de ideas sombrías y pensamientos fúnebres; pero no seas bobo: acompáñate con mozos festivos y corrientes como yo, si es que quisieres pasarte una vida alegre y sin tormentos.

Entretenidos con estos santos coloquios, llegamos al café. Luego que nuestros camaradas nos vieron, manifestaron su alegría; porque como presenciaron el desafio, y no

nos habian visto en la tarde, creyeron que ya nos habiamos hecho pedazos en el campo.

Nos preguntaron por el écsito de nuestro duelo, y respondió Tremendo que todo no habia pasado de una chanza: porque jamas tuvo intencion de reñir conmigo á sangre fria. Todos se mostraron gustosos por el buen remate del desafio, y despues de tomar café, nos separamos.

Dos años viví contento, aprendiendo mil primores de mis amigos Tremendo y compañeros. Sus mácsimas para mí eran el evangelio, y sus ejemplos la pauta por donde reglaba mis costumbres.

En pocos dias me dediqué á ser marcial, á divertirme con las hembras y los naipes, á no dejarme sobajar de nadie, fuera quien fuera, á hablar con libertad sobre asuntos de estado y de religion, á hacerme de dinero á toda costa, y á otras cosas como estas, que en realidad son utilísimas á todo militar como yo.

Los oficiales Modesto, Justo, Moderato y otros fanáticos alucinados como ellos, me molian cada instante con sus sermones importunos, en los que me decian que las mácsimas que yo adoptaba y las costumbres que trataba de imitar eran erróneas y escandalosas; que con el tiempo no seria sino un libertino, jugador, provocativo, estafador, desvergonzado, atrevido y blasfemo: que viera que cuanto mayores grados tuviera en el servicio del rey, tantas mayores obligaciones tenia de ser buen caballero y buen cristiano, pues lo que en el soldado raso se castiga con prision ó vaquetas, en el cadete ú oficial se debe castigar con pena mas grave, pues en éste se deben suponer mejores principios, mayor ilustracion, y de consiguiente mas honor y mas obligacion.

Estas y otras mil cosas me decian, y las contrarias mis amigos. Estos me repetian que eran simplezas, hipocresías y faramallas. Rie con los que rien, me decia Taravilla: ¿acaso las leyes del magistrado, las reglas del fraile, y los estatutos de las cofradías son lo mismo que las ordenanzas militares? No lo creas, aunque te lo juren. El militar, así como en el trage, se debe diferenciar en proceder del

letrado, del fraile, del oficinista, del labrador, del artesano, del comerciante, del eclesiástico, y de toda clase de paisano. ¿Habrá gusto como seducir á una casada, engañar á una doncella, dar dos cuchilladas á un fanático, burlarse de la justicia de uno de estos que se dicen arreglados, pegar un petardo á un avariento, mofarse de un hipócrita y hablar con magisterio aun de lo que no entendemos? Vaya, Catrin, tú tienes poco mundo, y no conoces el siglo ilustrado en que vives. Ríete, ríete una y mil veces de las necedades de algunos oficiales compañeros mios, que procuran con sus boberías hacerte monge capuchino con cordones en el hombro. Es verdad que en el regimiento todos los quieren, que sus gefes los aprecian, que los paisanos tontos los admiten en sus casas, y que ellos están envanecidos con estos obsequios aparentes; pero en realidad ¿qué son sino unos serviles complacedores del gusto de los santuchos y moralistas rígidos? Pero tú, amigo, no, no te repliegues en tan estrechos límites: ensánchate, espláyate, diviértete al modo de los que llaman *libertinos:* no haya muchacha que no sea víctima de tu conquista: no haya bolsa segura de tus ardides: no haya virtud libre de tu fuerza, ni religion ni ley que no atropelle tu lengua, ayudada de tu ilustradísimo talento, y entónces serás el honor de los Catrines y la gloria de tu pais.

Como mi corazon siempre ha sido muy dócil, aproveché estas lecciones grandemente. Dí de mano á los importunos predicadores, me entregué del todo á los placeres, y me pasé dos años.... ¡ah qué dos años! los mas alegres que se pueden imaginar.

Dentro de pocos dias, gracias á los saludables consejos y edificantes ejemplos de mis amigos, dentro de pocos dias ya echaba yo un voto y veinte desvergüenzas con el mayor desembarazo, me burlaba de la religion y sus ministros, y el jugar mal, quitar un crédito y hacer otras cosillas de estas, me parecian ligerezas, puntos de honor y urgencias de la necesidad.

Si el primer año de esos dos fué bueno, el segundo fué inmejorable, porque á sus principios se le puso á mi padre

en la cabeza la majadería de morirse, y se salió con ella: mi madre no tuvo valor para quedarse sola, y dentro de un mes le fué á acompañar al camposanto.

Increible es el gusto que yo tuve al verme libre de ese par de viejos regañones, que aunque es verdad que me querian mucho, y jamas se oponian á mis ideas, sin embargo, no sé qué contrapeso me hacian con su encierro y caras arrugadas. Es verdad que algunas malas lenguas dijeron que yo los habia matado á pesadumbres; pero fué una calumnia de gente maliciosa, pues yo siempre he sido hombre de bien, como habeis visto y seguiréis viendo en el discurso de mi vida.

Algunas alhajitas, ropa y muebles me dejaron mís padres, y como cosa de quinientos pesos en moneda corriente, lo que jamas agradecí, pues no teniendo arbitrio para llevárselo, era preciso que se lo dejaran á su buen hijo,

Luego que pasaron los nueve dias, se convirtió mi casa en una Arcadia. Todos mis amigos y mis parientes los Catrines me visitaban á porfia; los almuerzos y juegos eran frecuentes; las tertulias eran la diversion favorita de todas las noches; á ellas concurrian mis camaradas, así militares como paisanos, y un enjambre de muchachas corrientes y marciales, de las cuales las mas eran de título, aunque no de Castilla; pero en fin, cantaban, bailaban y nos divertian á nuestro antojo.

Se deja entender que yo erogaba los mas de los gastos ordinarios; y aunque veia que se me arrancaba por la posta, no se me dada cuidado, porque mis amigos decian que yo era muy liberal y generoso, que lo que me faltaba era dinero; pero que tenia unas partidas escelentes.

En medio de estas alabanzas se me arrancó de cuajo, y por la friolera de cuatro ó cinco meses que debia de arrendamiento, se presentó el casero al coronel, y logró que le desocupara la casa, con lo que cesó de una vez la diversion.

Un gollorin y un baul viejo, fueron los únicos muebles que saqué, porque los demas, que eran pocos y malos, se quedaron por la deuda. Yo me refugié á la casa de Taravilla, que era una viviendita en casa de vecindad.

Desde esta época comenzaron mis trabajos, porque ni él ni yo teniamos blanca. El pan de cada dia era lo que ménos trabajo nos costaba buscar, porque teniamos muchas visitas, y en unas almorzábamos, en otras comiamos, y cenábamos en otras, tomando café algunas veces con los amigos; pero el lujo necesario á nuestra clase y que no podiamos sostener, nos era el tormento mas insoportable, especialmente para mí, que no contaba sino con once pesos de sueldo, que no alcanzaba con ellos ni para botas.

En medio de esta consternacion ví en un balcon una muchacha como de diez y nueve años, flaca, descolorida, con dos dientes ménos, de nariz roma, y con una berruga junto al ojo izquierdo del tamaño de un garbanzo grande.

Como estaba muy decente y en una gran casa, la saludé por ver lo que salia, y ella me correspondió con agrado.

No me fué su cariño muy lisonjero por su mala figura, pero contándole á mi compañero el lance, me dijo: ya tomáras el que esa muchacha te quisiera: tu felicidad en ese caso seria bien segura: porque esa fea es hija de D. Abundo, viejo muy rico; y desde que nació la está dotando su padre con mil pesos anuales, de manera que tiene tantos miles cuantos años. Ya apetecieras que se casara contigo, aunque tuviera cincuenta años, pues llevaria á tu lado cincuenta mil pesos. Sin embargo, diez y nueve ó veinte mil no son tercios de paja; y así tírale seguido y no seas bobo.

Animado yo con tan favorables noticias, me dediqué á cortejarla sin recelo. Mis paseos por su calle eran frecuentes, y ella siempre correspondia mis salutaciones con agrado.

Llegué á escribirla, y tambien me escribió: tal cual vez le envié con una criada unas naranjas, un pañuelo de uvas y otros regalos semejantes, porque no podia hacerlos mejores: ella los admitia con cariño y me los correspondia con liberalidad. Una ocasion me envió un bulto de estopilla, y otra, una caja de polvos de oro.

Semejante proceder me enamoraba mas cada dia, y ya contaba yo con la polla en el plato. Es cierto que su mal

cuerpo y peor cara me eran repugnantes; pero ¿qué no se debe disimular, decia yo á mi casaca, por veinte mil duros? Con mil ó dos mil pesos dándole cuanto gusto quiera, la entierro en un año, y me quedan libres diez y ocho.

Con este pensamiento le traté de boda, y ella me dijo que estaba corriente; pero que hablara á su padre sobre ello por medio de una persona de respeto.

Demasiado conocimiento tenia yo de mi mérito para valerme de embajadores que echaran á perder mi negocio; y así yo mismo fuí á su casa, y cara á cara le dije á su padre mis santas intenciones.

El perro viejo me oyó con harta calma, y me dijo: Amigo, es verdad que yo le agradezco á vd. mucho que ame á mi hija con el estremo que me ha pintado; pero ¿ya la ha visto bien? Es feisita: y si yo que soy su padre lo conozco, ¿cómo vd. no lo ha de conocer?

La naturaleza le negó sus gracias; pero la fortuna la ha dotado de bienes. Algunos pesos tiene para subsistir sin casarse, y aun para hacerse tolerable á un buen marido, si fuere de su vocacion el matrimonio.

Si está de Dios que vd. lo sea, lo será sin duda alguna; pero es menester que no sea muy pronto; sino que ambos dejen pasar algun mas tiempo para ecsaminar bien su vocacion.

Con estas palabritas me despidió el viejo, diciéndome que volviese al fin de un mes, á saber qué habia pensado su hija. Yo me desesperé; pero me fué preciso condescender.

Entre tanto, supe que se informó despacio de quién era yo, y cual mi conducta, la que no le acomodó, porque cuando volví á verlo, me recibió con desagrado, y redondamente me dijo que no daria á su hija á ningun hombre de mis circunstancias, porque no pensaba en hacerla infeliz.

Me incomodé bastante con tan agria respuesta, no debida á un caballero de mis prendas; propuse vengarme de D. Abundo hurtándole la hija; propuse á ésta la fuga: la admitió; concertamos el plan, y en la noche destinada para el robo me entré en la casa, me metí dentro de un coche que es-

taba en el patio, y envié á avisar á Sinforosa, que así se llamaba la chata.

A pocos minutos bajó ella con un baulito de alhajas y dinero, al que solo tuve el gusto de tomarle el peso. Ya estaba conmigo en el coche, esperando la mejor coyuntura para marcharnos, cuando hé aquí que sin saber cómo, se nos presenta el maldito viejo con una pistola en una mano, acompañado de un dependiente que llevaba un farol con harta luz.

Cada uno tomó un estribo del coche: el viejo miró á su hija con ojos de serpiente pisada, y le dijo al cajero: Llévese vd. á esta loca allá arriba, y haga lo que le he mandado. Al punto bajó la triste chata llorando, y se fué con el dependiente.

Luego que el viejo se quedó solo conmigo, me dijo: Salga de ahí el pícaro seductor: vaya, salga. Yo no tenia ni tantitas ganas de salir: no sé donde se me escondieron mis brios. El diablo del viejo conoció mis pocas ganas de reñir, y aprovechándose de lo que le pareció temor, me afianzó del pañuelo, me dió dos ó tres estrujones, me arrancó de la almohada, y me hizo salir del coche á gatas y todo desaliñado.

Yo, al verme maltratar de un viejo como aquel, quise echar mano á mi espada; pero ¡qué fuerzas tenia el achicharronado señor! Apenas lo advirtió, cuando me dió tan soberbio tiron, que me arrojó á sus piés contra mi voluntad. Entonces le dije: Advierta vd., amigo, que no me trate tan mal, porque yo soy un señor cadete que ya huelo á abanderado, y soy á mas de esto, el caballero D. Catrin, hombre noble y muy ilustre por todos mis cuatro lados; y si ahora respeto sus canas, mañana revolveré mis ejecutorias y mis árboles genealógicos, y verá vd. quién soy, y que lo puedo perder con mas facilidad que un albur á la puerta.

Algo se intimidó el perro viejo, si no es que me dejó porque se cansó de darme de patadas. Lo cierto es que me soltó diciéndome: Váyase enhoramala el tuno, bribonazo, sin vergüenza: qué caballero ha de ser ni qué talega. Si

ͥbrara con vileza; pero ya me dijo quién es: ` sé quiénes son los Catrines. Márche- ʼmi vista antes que le esprima esta

.ıes, me salí, y á mi compañero no ɛ tan vergonzoso; porque no habia enojo habia sido efecto de mi grande ıi mucha cobardía, y era muy regular ı ver que quien no habia temido á Trepada, temiera á un viejo chocho despre-

ɔo de mi silencio, yo en mi interior juré ven- y llevar, en caso necesario, una compañía de ɔ para el efecto.

eran mis intenciones aun al dia siguiente; pero co- .chas se frustran, se frustraron las mias en un ins-

ʌ las ocho de la mañana, hora en que aun no pensaba ı levantarme de la cama, tocó la puerta un soldado ordenanza, le abrió mi compañero, entró, y me dijo que el coronel me esperaba dentro de media hora.

Yo, creyendo que me queria hacer saber mi nuevo ascenso de alférez, me vestí muy contento, y fuí á verlo.

Me recibió con una cara de vinagre, y me dijo: ¿qué, vd. ha pensado que el ser militar es lo mismo que ser un pícaro declarado, sin freno, sin ley y sin rey? Ya no puedo sufrir las repetidas quejas que me dan de su mala conducta; y tengo hechas con vd. cuantas diligencias me ha dictado mi obligacion.

Todo ha sido en vano: vd. lejos de reformarse, de asistir á las academias y asambleas, de separarse de los malos amigos, y de portarse como un oficial de honor, no ha hecho sino abusar de mi prudencia, escandalizar á los buenos, esceder en tunante á los malos, y mañana me pervertirá á los mas arreglados.

Bien se acuerda vd. del pasage de anoche: no quiero referírselo, porque yo mismo me avergüenzo; pero tampoco quiero que permaneza en mi regimiento un bicho tan inso-

lente y atrevido como vd.; y así dentro de tres dias solicite su licencia absoluta; y si no lo hace, se espone á un bochorno y á salir del regimiento con todo deshonor. Conque haga vd. lo que quiera, y vaya con Dios. Diciendo esto tomó su sombrero y su baston, y se marchó para la calle, dejándome con la palabra en la boca.

Lleno de confusion me salí de su casa, y me fuí para la mia. Consulté mis cuidados con mis amigos, y todos me aconsejaron que pidiera mi licencia; porque si no el coronel me desairaria, y me cogeria á cargo hasta echarme, conforme á ordenanza, por vicioso ó incorregible.

Me fué muy pesado allanarme á tomar este consejo; pero conociendo que si queria me salia del regimiento, y si no me echaban, adopté el partido de salirme, antes que otra cosa sucediera.

Con esta determinacion solicité mi licencia, la que se me facilitó muy pronto, y cátenme vds. de paisano; trasformacion que no me agradaba ni tantito; pero ya no habia mas remedio que conformarme con mi suerte, y continuar mi carrera segun se proporcionara.

Así lo hice, y así lo veréis en el discurso de esta grande, sublime y verdadera historia.



CAPITULO VI.

En el que se verá cómo empezó á perseguirlo la fortuna, y los arbitrios que se dió para burlarse de ella.

APENAS me quedé en el aire, sin ser letrado, militar, comerciante, labrador, artesano, ni cosa que lo valiera, sino un paisano mondo y lirondo, cuando me volvieron la espalda mis antiguos camaradas los oficiales.

Ninguno de ellos me hacia el menor aprecio, y aun se desdeñaban de saludarme: tal vez seria porque estaba sin blanca, pues en esos dias mi trage no era indecente, porque con lo que saqué de mi uniforme que vendí, compré en

el parian un fraquecillo azul, un sombrero redondo, un par de botas remontadas, un relox en veinte reales, una cadena de la última moda en seis pesos, una cañita y un pañuelo.

Aun tenia un par de camisas, dos pantalones, dos chalecos y dos pañuelos blancos, con lo que me presentaba con decencia.

Mi camarada Taravilla me despidió políticamente de su casa, diciéndome que no era honor suyo tenerme á su lado, despues de lo que se hablaba de mí, y hemos de estar en que él era quien hablaba mas que nadie; pero añadió: ya ves, hermano, que el coronel te tiene en mal concepto, y si sabe que vives conmigo, dirá que yo soy lo mismo que tú; me traerá entre ojos y se me dificultarán mis ascensos. Conque múdate, tata, y múdate de hoy á mañana.

Yo, que tengo bastante talento para conocer todas las cosas, conocí que él temia perder la poca gracia que tenia con el coronel: juzgué que le sobraba la razon, y tomé un cuartito que me ganaba doce reales en la calle de Mesones. Mudé en un viage todos mis muebles, y me despedí de Taravilla.

Solo yo en mi casa, con suficiente ropa y decencia, estaba muy contento, cuando me acordé que no tenia ni para desayunarme al dia siguiente. En esta consternacion recurrí á mis antiguos arbitrios: me fuí á un café, me senté en una silla, llegó un mozo á preguntarme qué tomaba; le dije que nada, hasta que llegara un amigo que estaba esperando.

En efecto, el primero que llegó fué mi amigo; porque lo comencé á adular tan seguido y con tanta gracia, que él, pagado de ella, me ofertó café, y yo admití sin hacerme del rogar.

A seguida le conté mil mentiras, asegurándole que entre mis trabajos lo mas que sentia era tener una hermana jóven y bien parecida, á la que estaba en obligacion de sostener mientras se ganaba cierta herencia que le pertenecia, pues á mas de ser su hermano era su apoderado; pero que por fortuna ya el negocio presentaba buen semblante, se-

gun decia nuestro abogado, y seria cosa de que dentro de dos meses nos entregarian lo menos seis mil pesos. En este caso decia yo al nuevo amigo, pagaré algunos piquillos que debo, y procuraré casar á mi hermana con algun hombre de bien, aunque sea pobre, con tal que su sangre sea tan buena como la mia; porque ya vd. sabe que la generacion de los Catrines es tan numerosa como ilustre.

Y cómo que sí es, contestó el amigo: yo por dicha mia soy de la misma raza, y me glorío tanto de serlo, que no me cambio por el mas noble señor del mundo entero.

Entonces yo, levántandome de la silla y dándole un estrechísimo abrazo, le dije: celebro esta ocasion que me ha proporcionado conocer un nuevo pariente.—Yo soy quien gano en ello, señor mio, me respondió, y me dió mil parabienes, ofreciéndome todos sus arbitrios y persona: me juró que su amistad seria eterna; pero que me rogaba que lo tratara con toda satisfaccion, pues él la tenia en ser un legítimo Catrin, deudo, amigo y compañero mio.

No contento con prodigarme tantas espresiones cariñosas, hizo llevar aguardiente, y no poco. Bebimos alegremente; y luego que el áspero licor envió sus ligeros espíritus á la cabeza, comenzó á contarme la historia de su vida, con tanta ingenuidad y sencillez, que en breve conocí que era un caballero ilustre, rico, útil á la sociedad, de una conducta irreprensible.....en fin, ni mas ni menos como yo; y como *pares cum paribus facilé congregantur*, ó cada oveja con su pareja, para que ustedes lo entiendan, luego que yo supe quién era y tan á raiz, lo confirmé en mi amistad, y le dije que pondria en sus manos todos mis asuntos. Él manifestó su gratitud con medio cuartillo del rebajado, y desde el primer nuevo brindis nos tratamos de *tú*, con lo que se acabó de asegurar nuestra amistad.

A este tiempo entraron cuatro ó cinco caballeritos de fraques, esclavinas y ridículos, unos muy decentes, y otros decentes sin el *muy*.

Saludaron todos á Simplicio, que así se llamaba mi nuevo amigo, y lo saludaron con bastante confianza y á mí con mucho cumplimiento: se sentaron con nosotros, bebieron

de nuestros vasos, y en un momento supe que todos eran mis parientes.

Yo manifesté mi alegría al ver cuán dilatada era mi generacion, pues en todas partes encontraba Catrines tan buenos como yo.

En aquel momento quedamos todos amigos. Uno de ellos, sin ninguna ceremonia, dijo á Simplicio: Vaya, hermano, haz que nos traigan de almorzar, pues tú estás de vuelta y nosotros arrancados. Hoy por mí, y mañana por tí.

Simplicio era franco, tenia dinero, y así no fué menester segunda instancia. Mandó llevar el almuerzo, y habilitamos nuestros estómagos á satisfaccion, especialmente yo, que almorcé á lo desconfiado por si no hallaba donde comer al medio dia.

Luego que se acabó el almuerzo, se despidieron los amigos, y Simplicio me dijo que queria conocer á mi hermana, que le llevara á casa, si es que lo habia figurado hombre de bien y digno de ser su amigo.

Aquí fueron mis apuraciones, porque yo no tenia hermana, ni cosa que se le pareciera. No tuve mas arbitrio para escusarme, sino decirle que me parecia muy bien su deseo, y desde luego lo cumpliera si no hubiera yo tomado tanto aguardiente, pues mi hermana vivia conmigo y una tia muy escrupulosa, que si me olia me echaria tan gran regaño que me haria incomodar demasiado, y al mismo tiempo juzgaria que el nuevo amigo tenia la culpa y era un pícaro que se andaba embriágando por las calles, enseñando á borracho á su sobrino; y así que, mejor seria que fuera á conocer á mi hermana al dia siguiente. Simplicio se convino de buena gana, pues ya le parecia que mi hermana era muy bonita, que ganaba el pleito, se casaba con ella, y tenía tres ó cuatro mil pesos que tirar.

Yo advertí lo bien que me habia salido mi arbitrio, traté de llevarlo adelante y aprovecharme de él.

Desde luego le dije que por haberme estado en su amable compañía habia perdido la mañana, y no tenia nada que llevar á mi casa, que me prestara un par de pesos sobre mi relox. Quita allá, me dijo: ¿Yo habia de recibir ninguna

prenda á un amigo, á un deudo y compañero que tanto estimo? Toma los dos pesos, y mira si se te ofrece otra cosa.

Embolsé mis dos duros muy contento, lo cité para la mañana siguiente en el mismo café, y nos despedimos.

No quise comer por no desoabalar mis dos pesos; pero por pasar el rato me fuí á un villar, donde por fortuna mia estaba um chanfla con quien jugué y le gané cinco pesos.

A las cuatro de la tarde me salí á buscar entre mis antiguas conocidas alguna muchacha que quisiera ser mi hermana, y alguna vieja que desempeñara bien el papel de tia.

En vano recorrí mis guaridas: ninguna de mis amigas quiso hacerme el favor, por mas que yo les pintaba pajaritos. Todas temian que yo les queria jugar alguna burla.

Cansado de andar, y desesperado de salir con bien de la empresa, determiné irme á tomar chocolate, como lo hice.

Estaba yo tomándolo, cuando entró una muchacha, no indecente ni de malos bigotes, acompañada de una vieja. Se sentaron en la mesita donde yo estaba: me saludaron con mucha cortesía: les mandé llevar cuanto pidieron, y de todo ello resultó lo que yo deseaba: la jóven se comprometió á ser mi hermana, y la viejecita mi tia.

Ya se deja entender que eran unas señoras timoratas, y no podian sospechar de un caballero como yo que abusara de tan estrecho parentesco, y así no tuvieron embarazo para ofertarme su casa, y yo quise honrarme con su buena compañía.

Quisieron ir al coliseo; las llevé, y concluida la comedia fuímos á cenar y despues á su casa.

Innumerables sugetos la saludaron en la calle, en el teatro y en la fonda, con demasiada confianza, y yo me lisongeaba de haberme encontrado con una hermana tan bonita y tan bien quista.

Llegamos al fin á su casa, y no me hizo fuerza que ésta fuera una accesoria, ni que los muebles se redujeran á un canapé destripado, á un medio petate, una memela ó colchoncillo sucio, y un braserito de barro en el que estaba de medio lado una ollita de á tlaco con frijoles quemados.

Ya sabia yo que esta clase de señoritas por mas lujosas que

se presenten, no tienen, casi siempre, mejores casas ni ajuares.

Yo entré muy contento, y la buena de mi tia no permitió qué durmiera en el canapé, porque tenia muchas chinches; y así quise que no quise, acompañé á mi hermana, porque no me tuvieran por grosero y poco civilizado.

En esa noche la instruí en el papel que debiamos todos representar con Simplicio, y al dia siguiente las mudé á mi casa, despues de haber pagado catorce reales que adeudaban de arrendamiento de la que tenian.

Luego que las dejé en mi cuarto, marché á buscar á mi querido amigo, á quien hallé desesperado de mi tardanza.

Tomamos café, y nos fuimos á casa, en donde fué Simplicio muy bien recibido de mi afligida hermana, quien le contó tantas bonanzas futuras y miserias presentes, que escitando su compasion y su avaricia, por primera visita, le dejó cinco pesos, y se fué.

Ella quedó enamoradisima de la liberalidad de Simplicio, y éste lo mismo de la hermosura de Laura, que así se llamaba mi hermana.

A la tarde volvió Simplicio, y de bueno á bueno trataron de casarse luego que se ganara el pleito. Con esta confianza comenzaron á tratarse como marido y muger, lo que no nos pareció mal ni á mí ni á mi tia, pues no advertiamos la mas mínima malicia en que retozaran, salieran á pasear y se divirtieran: al fin eran muchachos: Simplicio costeaba el gasto, y á todos nos grangeaba el pobrecito.

Dos meses, poco mas, me pasé una vida que me la podia haber envidiado el rico mas flojo y regalon; porque comia bien, dormia hasta las quinientas, no trabajaba en nada, que era lo mejor, tenia tia que me atendiera, y hermana bonita que me chiqueara al pensamiento.

A mas de esto, iba al café, no me faltaban cuatro reales en la bolsa, y me aprovechaba de los casi nuevos desechos de Simplicio; porque éste, á mas de que era liberal y estaba muy apasionado por Laura, era hijo de una madre con algunas proporciones, y tan amante como la mia, y le daba gusto en todo.

Laura, ya se deja entender, que no se descuidaba en su negocio, ni tampoco la respetable tia. Todos estábamos contentos y no muy mal habilitados de ropa, mas ¡ó lenguas malditas y descomunales! Simplicio contó cuanto le pasaba con su futura novia á Pedro Sagaz, amigo y pariente mio; y este malvado, deseoso de conocer á mi hermana, le rogó que le llevara á su casa, cuando yo no estuviera en ella.

Así lo hizo el tonto de Simplicio; pero apenas conoció Sagaz á Laura, cuando le dijo: Hombre tonto, salvage, majadero; ¿de qué te sirve ser Catrin, ó marcial tuno, corriente y veterano? Esta es una cusquilla conocida y comun, hija del difunto maestro Simon, que tenia su barbería ó raspaduría en la plaza del Volador. En su vida pensó en ser parienta de Catrin, y mucho menos en tener pleitos por dinero que no ha conocido sino ahora con sus comercios, Catrin es un bribon, y se ha valido de estas perras para estafarte, y si te descuidas, entre los tres te dejan sin camisa,

Al oir Simplicio semejante denuncia, que calificó de verdadero el silencio de Laura y de la vieja, se irritó tanto, que las arrebató, les dió una buena entrada de golpes, y no contento con esto, salió á la calle amenazándolas con la cárcel.

Las pobres temieron las resultas; se mudaron en el instante, llevándose sus muebles; pero habiendo tenido la heroicidad de dejarme los mios, bien que estaban tales, que ni para robados servian.

Me dejaron noticia de todo lo acaecido, la llave del cuarto, y se mudaron en un viage.

Apenas se habian ido, entré yo, me hallé con la novedad, porque la casera me impuso de todo muy bien; y yo temiendo no pagaran justos por pecadores, satisfice lo que debia de renta, llamé un cargador, y me mudé tambien al primer cuarto que encontré.

De esta manera concluyeron nuestros felices dias; y desde que me ví sin hermana, ni tia, ni amigo, comenzaron de nuevo mis trabajos.

Como la hambre me apretaba, cuando no hallaba donde

echarme de huérfano á beber chocolate, comer &c., tenia que valerme de los trapillos que me habia dado Simplicio. ¡Válgame Dios y lo que me hacian desesperar los tenderos con sus cicaterías y mezquindades! Sobre lo que valiá diez peseos me prestaban doce reales, con mil pujidos, y esto era cuando les daba la gana, que cuando no estaban para el paso, me quedaba con mi necesidad y con mi prenda.

En estas y las otras, como era fuerza comer por mis arbitrios, así que no hallaba donde me hicieran favor, me quedé encueros en dos por tres, y conozco que si yo mismo hubiera hecho mis diligencias de empeñar y vender mis cosillas, algo mas hubiera aprovechado; pero esto no podia ser. ¿Cómo un D. Catrin de la Fachenda habia de empeñar ni vender nada suyo y por su propia mano? Semejante conducta habria ajado mi honor, y malquistádome en todo mi linage.

Forzoso era valerme de otras gentes ruines para estas diligencias. ¿Y qué sucedió? Que por lo que daban seis, me decian que no pasaban de cuatro: otros se iban con el trapo para siempre: otros recargaban las prendas: otros empeñaban mi ropa, y yo no sabia donde. Ello es que en pocos dias, como he dicho, me quedé peor de cuando encontré á Simplicio; de la noche á la mañana no tuve necesidad de lavandera, porque no tenia camisa. Estas sí que fueron ansias para un caballero como yo.

Afligidísimo al verme con un fraquecillo raido y con los codos remendados, un pantalon de coleta desteñida, un chaleco roto, pero de cotonía acolchada, un sombrero mugriento y achilaquilado, unas botas remontadas, tan viejas que al andar se apartaban las suelas como las quijadas de un lagarto, y nada mas; consternado, digo, por esto y por no tener que comer, ni casa que visitar, pues los trapientos no caben en ninguna parte, me valí de mi talento: pensé en aprovecharme de los consejos y ejemplos de mis amigos, y emprendí ser jugador, porque el asunto era hallar un medio de comer, beber, vestir, pasear y tener dinero sin trabajar en nada; pues eso de trabajar se queda para la gente

ordinaria. El juego podia proporcionarme todo á un tiempo; y así no habia sino abrazar este partido.

Lo puse por obra, y las resultas las he de decir pero en capítulo separado.



CAPITULO VII.

Emprende ser jugador, y lances que se le ofrecen en la carrera.

YA sabeis, queridos compañeros, que en esta triste vida se encadenan los bienes y los males, de modo que los unos relevan á los otros, y no hay quien sea constantemente feliz, ni constantemente desgraciado.

En esta época advertí por mí propio, esta nueva, útil y apretada mácsima, ó lo que sea. Resolví ser jugador; pero, aquí de Dios, ¿con qué principal, si no tenia un real ni quien me fiara un saco de alacranes? Sin embargo, no me desanimé: fuíme á la primer casa de juego que se me proporcionó: me paré tras de la silla del montero, que no era muy vivo: de cuando en cuando me agachaba, como que me iba á poner bien las botas, y en una de estas le ví á la puerta el rey del albur.

Entónces avisé ó *dí codazo* á uno que estaba cerca de mí: tuve la fortuna de que me creyera: puso todo el dinero que tenia, y todo el que le prestaron, y le llevó al pobre montero como doscientos pesos: me dió con disimulo seis; me *ingenié* con ellos, y tuve la felicidad de juntarme esa tarde con sesenta pesos. Es verdad que esto fué con *su pedazo de diligencia* y algo de buena regla que se asentó.

Inmediatamente me fuí al parian, y compré dos camisas de coco, un frac muy razonable y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidárseme el relox, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el anteojo y los guantes, pues todo esto hace gran falta á los caballeros de mi clase. Le dí una galita á un corredor para que me los llevara á casa; y en la tarde me vestí, peiné y perfumé como debia, y con quince pesos que me sobraron salí para la

calle. Entré á tomar café, y el primero á quien encontré fué á Simplicio, que admirado de mi repentina decencia, no solo no me reconvino sobre lo pasado, sino que con mucho agrado me preguntó cuál habia sido el orígen de mi felicidad.

Se ha ganado el pleito de mi hermana, le contesté bastante sério.—¿De tu hermana?—Sí señor, de mi hermana, de aquella muger infeliz que tuvo la desgracia de haberte amado....—Pero si Sagaz....—Sí, Sagaz es un gran pícaro; se vió despreciado de ella, y se vengó llenando tu cabeza de chismes.... No hablemos mas de esto, que me electrizo.

Entónces Simplicio me dió mil satisfacciones, me preguntó donde vivia, y yo le dije que en su hacienda, mientras se disponian sus bodas.

¿Cómo sus bodas? preguntó Simplicio muy espantado; y yo le seguí engañando muy bien, hasta que lo creyó redondamente. Maldito sea Sagaz, decia lleno de rabia: él me ha robado mi felicidad para siempre. Por poco suelto la carcajada al ver la facilidad con que me habia burlado de aquel simple, á quien obsequié con café; y al pagar hice cuanto ruido pude con mis quince pesos. Finalmente, nos despedimos, él se fué al coliseo, y yo al juego.

Algunos dias la pasé bien á favor de Birjan y de sus libros, pues como me veian decente, pensaban que tenia mucho que perder, y por esta honestísima razon me daban el mejor lugar en cualquiera mesa; pero yo no pasaba de lo que llaman amanesquero: apenas afianzaba dos ó tres pesos, los rehundia, sacaba mi puro, y me lo iba á chupar á la calle.

Ya se sabe que la fortuna se cansa de sernos favorable largo tiempo, y así á nadie le hará fuerza saber que á los quince dias se me arrancó, y volvieron mis trabajos con mas fuerza.

Como ya me conocian que era un pobre, disminuyeron los tahures sus aprecios. La miseria me obligó á hacer algunas drogas, y en algunos lances de estos tuve que sufrir y dar algunos golpes por sostener el honor de mi pal-

bra; y así anduve de malas algun tiempo, hasta que para coronar la obra me sorprendió la justicia una noche, y tuve el honor de ir á la cárcel por primera vez.

Como no tenia dinero para pagar la multa, fué preciso tolerar la prision, en la que por comer me quedé casi desnudo y no muy sano de salud.

Salí por fin, y tuve la dicha de encontrar un amigo á quien habia yo servido en sus amores, y al verme en tal estado, se compadeció de mí, y me proporcionó que fuera yo su gurupié ganando dos pesos diarios.

El cielo ví abierto, pues bien sabia cuán escelentes conveniencias son estas: y yo la hubiera servido no digo por dos pesos, sino por dos reales, pues en no siendo tonto el gurupié, gana lo que quiere, como yo lo ganaba. Un dia con otro no me bajaba mi sueldo de diez pesos; porque con la mayor gracia del mundo hacia que me componia la mascada, que me sonaba, que sacaba el relox, y en cada diligencia de estas me rehundia un peso ó dos. Ello es que yo me planté como un marques: me daba un trato de un príncipe, y no habia letrado, oficinista ni militar que no envidiase mi destino. Si en los dias que me duró esta bonanza no hubiera yo jugado, otro gallo me cantara á la hora de esta; pero la mitad del dinero utilicé, y la otra mitad perdí.

Sin embargo, aun durara mi dicha, si un pícaro barbero de mi patron no hubiera advertido mi habilidad, y envidioso sin duda se lo avisó. Al principio, segun me dijo, no lo queria creer; mas instándole el maldito hablador, fué al juego, y sin que yo lo viera, observó bien mis gracias. Se acabó el monte, y me llevó á su casa: se encerró conmigo: me hizo desnudar: cayeron de entre la ropa veinte pesos, porque esa noche me tentó el diablo, y me propasé; no pude negar mi diligencia: me quebró un baston en las costillas, y me echó á la calle en paños menores, pues hasta la ropa me quitó el muy mezquino. Como que no era caballero, no sabia respetar á los que lo son desde su cuna, y así me trató como á un villano, y como si yo hubiera cometido algun delito en hacer mi necesaria diligencia.

En fin, yo salí encueros, y con las costillas bien molidas. a en la esquina de la calle encontré una ronda: me cercaron, y al verme en aquellas trazas me juzgaron ladron, y ya querian amarrarme; pero como el hombre de talento sabe valerse de él en cualquier caso, especialmente en los adversos, no me acobardé; antes me aproveché de la ronda, pues con aquella serenidad que inspira la inocencia, le dije al alcalde: solo esto me falta para que me lleve el diablo de una vez. ¿Con que á un caballero como yo se juzga por ladron, porque se ve desnudo, sin advertir que esta camisa es de estopilla, y los calzoncillos de bretaña superfina, géneros de que no se visten los ladrones, á lo menos los rateros? Mejor fuera que vd. y su ronda me acompañaran á mi casa, donde deseo llegar para curarme de los palos que me han dado los verdaderos ladrones que me acaban de dejar en el triste estado en que vd. me ve. El alcalde y todos sus compañeros se compadecieron de mí: uno de ellos me prestó una capa, y todos me condujeron á mi casa.

Cuando la casera abrió, dí las gracias á la ronda, se despidieron, y me subí á acostar, y á curarme con aguardiente.

Al dia siguiente no pude levantarme; pero la pobre vieja casera me llevó una bebida y no sé qué menjurges, con cuyos ausilios me fuí aliviando, hasta que pude ponerme en pié y salir á la calle; aunque ya no queria ir al juego, temeroso de que nadie ignoraba el lance, y si como fueron palos hubieran sido estocadas, no hubiera dejado de ver á mis amigos; porque las estocadas no afrentan á los caballeros, pero los palos sí.

En fin, restablecido de los golpes, y disminuida la vergüenza con el tiempo, solo sentia que me habia vuelto á quedar con un solo vestido, aunque no malo, pues para curarme, comer y pagar el cuarto, fué preciso vender unas cosas, empeñar otras, y perderlas todas; pero ya no habia de que echar mano, y comer era indispensable, y así volví á recurrir á mis antiguos asilos, esto es, á los cafés, vinaterías, garitos y villares, en pos de mis amigos y parientes, los que no dejaban de socorrerme algunos dias.

En uno de estos tuve un encuentro con un maldito vie-

jo, y por poco me pierdo, como verá el que leyere lo que sigue.



CAPITULO VIII.

Refiere la disputa que tuvo con un viejo acerca de los Catrines, y la riña que por esto se ofreció.

Para escusar introitos: un dia estaba yo en un café esperando algun caritativo conocido que me convidara á almorzar, y cierto que tenia bastantes ganas, porque no me habia desayunado, ni cenado la noche anterior; pero por mi mala estrella no se le antojó á ninguno de mis amigos ir allá.

Estaba por salirme, cuando entró un clérigo con un viejo como de sesenta años. Se sentaron en la mesa donde yo estaba: me saludaron con atencion, y yo les correspondí con la misma: hicieron llevar almuerzo, me brindaron, admití, y almorzamos alegres.

Por postre platicaron acerca de la corrupcion de las costumbres del siglo. He oido, dijo el eclesiástico, que estos Catrines tienen mucha parte en el abandono que vemos.

Los Catrines, respondí yo, no puede ser, padre mio; porque los Catrines son hombres de bien, hombres decentes, y sobre todo, nobles y caballeros. Ellos honran las sociedades con su presencia, alegran las mesas con sus dichos, divierten las tertulias con sus gracias, edifican á las niñas con su doctrina, enseñan á los idiotas con su erudicion, hacen circular el dinero de los avaros con su viveza, aumentan la poblacion en cuanto pueden, sostienen el lustre de sus ascendientes con su conducta, y por último, donde ellos están no hay tristeza, superisticion ni fanatismo, porque son marciales, corrientes y despreocupados.

Delante de un Catrin verdadero nada es criminal, nada escandaloso, nada culpable; y en realidad, padre mio, ya ve vd. el provecho que debe inducir en cualquier concurrencia un jóven de estos (y mas si tiene buena figura) bien

presentado, alegre, sabio y nada escrupuloso. Él no se admira de la trampa que hizo Pedro, de lo usurero que es Juan, de lo embustero que es Antonio, ni de ninguna cosa de esta vida.

Lleno siempre el legítimo Catrin de amor hácia sus semejantes, á todos los disculpa, y aun condesciende con su modo de pensar. Al que roba, lo defiende con su necesidad; á la coquetilla, con la miseria humana; al que descredita á todo el mundo, con que es su genio; al ébrio con que es alegría; al provocativo con que es valor, y aun al herege lo sostiene, alegando la diferencia de opiniones que cada dia se aplauden y desprecian. De manera, que el Catrin verdadero, el que depende de esta noble raza, ni es tan interesable que se dé mala vida por el cielo, ni tan cobarde que se prive de darse buena vida por temor de un infierno que no ha visto; y así sigue las mácsimas de sus compañeros, y satisface sus pasiones segun y como le parece, ó como puede, sin espantarse con los sermones de los frailes, que tiene buen cuidado de no oir nunca, ni con los librajos tristes, que no lee.

Así es que el Catrin se hace un hombre amable donde quiera. Las muchachas le aprecian, los jóvenes le estiman, los viejos le temen, y los hipócritas le huyen.

Vea vd., padre mio, cuán útiles son los señores Catrines, de quienes tan mal concepto tiene el señor.

Acabé mi arenga, que á mí me pareció divina, y su argumento incontrastable. El clérigo movió la cabeza como quien dice que no: me echó una mirada de furioso, tomó su sombrero, y ya iba á levantarse, cuando el perro viejo le tomó de un brazo, le hizo sentar, y dijo: Compadre, dias ha que deseaba yo una ocasion como esta para sacar á vd. de la equivocacion en que está de creer que todo jóven alegre, que todo el que viste al uso del dia es Catrin. No, señor; ni son todos los que están, ni están todos los que son. El hábito no hace al monge. Ya vd. sabe que yo soy viejo; pero no viejo ridículo. Cada cual puede vestirse segun su gusto y proporciones, sin merecer por su trage el título de honrado ni de pícaro.

Mozos hay currísimos ó pegadísimos á la moda del dia, y no por eso son Catrines; y otros hay que llama el vulgo *rotos*, ó modistas pobretes y sin blanca, que son legítimos Catrines. Aprenda vd. á distinguirlos, y no hará favor ni agravio á quien no lo merezca.

Las costumbres, compadre, la conducta, es la única regla por donde debemos conocer y calificar á los hombres. Yo soy capaz de apostar una botella de vino, á que el señor es Catrin legítimo, y que tiene vanidad en serlo.

Es verdad, dije; y no me arrrepentiré de haber descendido de tan noble linage.

Amiguito, contestó el viejo, la nobleza verdadera consiste en la virtud, y la aparente en el dinero. ¿Cuántos miles tiene vd?—Yo ningunos.—¡Oh! pues ríase vd. de su nobleza. Ni tiene virtud con que acreditarla, ni pesos con que fingirla; pero vamos al caso.

Compadre, ya conoció vd. un Catrin verdadero: ya oyó su erudicion, se edificó con el régimen de su conducta, y conocerá que erraba cuando creia que todo el que vestia de moda era Catrin. Pero no, amigo mio, no se equivoque vd.: oiga lo que son los Catrines; mas primero su régimen de vida, poco mas ó ménos.

El Catrin se levanta de ocho á nueve: de esta hora hasta las doce va á los cafés á ver si topa otro compañero que le costee el desayuno, almuerzo ó comida. De doce á tres de la tarde se va á los juegos á ingeniar del modo que puede, siquiera consiguiendo una peseta. Si la consigue se da de santos, y á las oraciones vuelve á los cafés. De aquí con la barriga llena ó vacia, se va al juego á la misma diligencia. Si alguna peseta dada, *trepa*, bueno; y si no, se atiene á su honestísimo trabajo para pasar el dia siguiente.

Como estos arbitrios no alcanzan sino cuando mas para pasar el dia, y el todo de los Catrines consiste en estar algo decentes, en bailar un wals, en ser aduladores, facetos y necios, aprovechan estas habilidades para estafar á éste, engañar al otro, y pegársela al que pueden; y así el santo parian los habilita de cáscara con que alucinar á los tontos, ó de trapos con que persuadir á los que creen que el que

viste con alguna decencia es hombre de bien; pero despues de todo, el catrin es, una paradoja indefinible; porque es caballero sin honor; rico, sin renta; pobre, sin hambre; enamorado, sin dama; valiente, sin enemigo; sabio, sin libros; cristiano, sin religion; y tuno á toda prueba.

No pudiendo yo sufrir una definicion tan injuriosa á nuestra clase, le disparé al insolente viejo una porcion de desvergüenzas. Él me correspondió con otras tantas. Quise deshacerle una silla en la cabeza: metióse de por medio el clérigo (como si yo fuera de estos alucinados que temen á los clérigos y frailes): yo enojado le tiré un silletazo al viejo y le dí al padre: éste se enojó, halló un garrote á mano, y me rompió la cabeza. Me volví una furia al ver mi noble sangre derramada por unas manos muertas: salté y arrebaté un sable de uno que estaba cerca de nosotros; pero entonces todos se conjuraron contra mí, apellidándome atrevido y sacrílego, y amenazando mi ecsistencia si no me contenia. Yo al verme rodeado de tanto idiota, cedí, callé y me senté donde estaba, con lo que se dió fin á la pendencia.

Algunos me aconsejaban que le pidiera perdon al padre, pues lo habia injuriado en público y sin razon; pero yo me desentendí, bien satisfecho de que un caballero Catrin no debe prostituirse á pedir perdon á nadie.

Así que todos se fueron, hice yo lo mismo, y continué algun tiempo pasando unas crugías intolerables, y envidiando á otros compañeros y parientes que la pasaban mejor que yo.

Algunas noches al acostarme sentia no sé qué ruido en mi corazon, que me asustaba. Parecióme en una de ellas que veia junto á mi mugrienta cama al venerable cura de Jalatlaco, mi amado tio y predicador eterno, y que mirándome ya con ojos compasivos, ya con una vista amenazadora, me decia: Desventurado jóven, ¿cuándo despertarás de tu letargo criminal? No hay nobleza donde falta la virtud, ni estimacion donde no hay buena conducta.

Veinte y ocho años tienes de edad, todos mal empleados en la carrera de los vicios. Inútil á tí mismo, y perjudi-

cial con tu mal ejemplo y pésimas costumbres á la sociedad en que vives, has aspirado siempre á subsistir con lujo y con regalo sin trabajar en nada, ni ser de modo alguno provechoso. ¡Infeliz! ¿No sabes que por castigo del pecado nace el hombre sujeto á vivir del sudor de su rostro? ¿Ignoras que así como al buey que ara no se debe atar la boca, en frase del Espíritu de la verdad; así San Pablo escribe, que el que no trabaje que no coma?

Es cierto que tú, y muchos holgazanes y viciosos como tú, logran sin trabajar comer á espensas agenas; pero ¿á qué no se esponen? ¿qué no sufren? y por último, ¿en qué paran? Ya has esperimentado en tí mismo hambres, desnudeces, desprecios, golpes, cárcel y enfermedades. ¡Triste de tí si no te enmiendas! Aun te falta mucho que sufrir; y tu castigo no se limitará á la época presente, pues siendo tu vida desastrada, no puede ser tu muerte de otro modo. Teme esto solo; y si no crees estos avisos, estos gritos de tu conciencia, prepárate á recibir en los infiernos el premio de tu escandaloso proceder.

Asustado con semejante vision, fuí al dia siguiente á consultar mi cuidado con un amigo de muchísimo talento y de una conducta arreglada, segun y como la mia. Éste, luego que me oyó, se tendió de barriga para reirse, y me consoló con los saludables consejos que leereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

Escucha y admite unos malditos consejos de un amigo: se hace mas libertino, y lo echan con agua caliente de la casa del conde de Tebas.

SE echa de ver, Catrin, que eres un necio, me decia mi buen amigo; sí, eres un alucinado, un novicio en nuestra órden, y un recluta bisoño en nuestras respetables compañías. ¡Vaya, ni digas que eres de la ilustre raza de los Catrines, ni que has corrido el mundo en parte alguna! Yo

sí, yo sí tengo razon de espantarme al ver tan asustado á un jóven que ha sido colegial, militar, jugador y tunante, solo por una aprension que debe despreciarse por cualquier espíritu fuerte é ilustrado como el nuestro.

El viejo rancio de tu tio te acosó á sermones, y por eso aun crees que te los echa despues de muerto. Tú eres un tontonazo, y te espantas como los niños con el coco; pero anímate, amigo, ensánchate: desprecia esas ilusiones del miedo: sábete que los muertos no hablan, y que en tu triste fantasía, agitada por tu miseria, se forman esos espectros de papel.

Mira, Catrin: nuestra vida no es mas que un juego: nuestra ecsistencia corta y sujeta á las molestias, sin que haya reposo ni felicidad mas allá de su término: ningun muerto ha vuelto á la tierra á traernos pruebas de la inmortalidad. Nosotros hemos salido de la nada, y volverémos á la nada: nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se perderá en los aires: nuestra vida pasará como una nube, y desaparecerá como el vapor, disuelto por los rayos del sol. Nuestro nombre se borrará de la memoria de los hombres, y ninguno se acordará de nuestras obras. Gocemos de todos los placeres que están en nuestro poder: sírvanos de bebida el vino mas delicado: respiremos el olor de los perfumes: coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya objeto agradable libre de nuestra lujuria, y dejemos por todas partes las señales de nuestra alegría: oprimamos al pobre: despojemos á la viuda: no respetemos las canas de los viejos: sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia: no guardemos los dias de fiesta consagrados al Señor: esterminemos en especial al hombre justo, cuyo aspecto nos es insoportable (*).

Esas son palabras mayores, le dije: ¿no ves que siguiendo esas mácsimas nos harémos aborrecibles á todo el mundo? ¡Qué tonto eres, Catrin, qué bárbaro! me respondió,

---

(*) Tal es el idioma de los impíos descrito en las sagradas letras (Sap. 2. y Psalm. 73): pero *los que pensaron de esta manera erraron. Su malicia los cegó.*

Es verdad que nos detestarán. ¿Pero quiénes? cuatro hipócritas alucinados de éstos que se dicen timoratos; mas en cambio nos amarán todos nuestros compañeros y compañeras las catrinas, gente moza, útil, alegre y liberal.

Ya se ve, tú eres un pobre aprendiz de la verdadera catrinería, y por eso te escandalizas de cualquier cosa. ¿Qué mas dijeras si supieras de memoria y practicaras los famosos mandamientos de Maquiabelo? Entonces ó te tapabas las orejas, ó te decidias á ser un político consumado. Yo, desde que los observo, me paso buena vida, tengo muchos amigos y me hacen aprecio en cualquier parte.

Ya me parece que estás rabiando por saberlos. Escúchalos para tu felicidad y aprovechamiento.

DECÁLOGO DE MAQUIABELO (*).

1.° *En lo esterior trata á todos con agrado, aunque no ames á ninguno.*

2.° *Sé muy liberal en dar honores y títulos á todos, y alaba á cualquiera.*

3.° *Si lograres un buen empleo, sirve en él solo á los poderosos.*

4.° *Ahulla con los lobos.* Esto es, acomódate á seguir el carácter del que te convenga, aunque sea en lo mas criminal.

5.° *Si oyeres que alguno miente en favor tuyo, confirma su mentira con la cabeza.*

6.° *Si has hecho algo que no te importe decir, niégalo.*

7.° *Escribe las injurias que te hagan en pedernal, y los beneficios en polvo.*

8.° *A quien trates de engañar, engáñale hasta el fin, pues para nada necesitas su amistad.*

9.° *Promete mucho, y cumple poco.*

(*) Nicolas Maquiabelo, astuto escribano de Florencia, y despues un falso político de Francia, escribió á sus sectarios este maldito decálogo que trae Alberto Magno en el prefacio de su obra titulada: *Bonus politicus &c.*

10. *Sé siempre tu prójimo tú mismo, y no tengas cuidado de los demas.*

¿Qué te parece? ¿Te han escandalizado estos preceptos? No mucho, contesté; porque aunque dichos sorprenden, practicados se disfrazan: yo los mas los observo con cuidado, y tengo advertido que casi todos nuestros compañeros los guardan al pié de la letra. Mas ahora traigo á la memoria que siendo colegial entré una noche al aposento de mi catedrático, y mientras que salia de su recámara leí en latin ese mismo decálogo en un libro en cuarto que tenia abierto sobre de su mesa, y al fin decia no sé que Santo Padre: *Si vis ad infernum ingredi, serva haec mandata:* Si quieres irte á los infiernos, guarda estos mandamientos. He aquí lo que no me gusta mucho.

Siempre insistes en tu fanatismo, me contestó. Tontonote: ¿Dónde has visto el infierno ni los diablos, para que lo creas tan á puño cerrado? Cumple estos preceptos, sigue mis mácsimas, y verás cómo varia tu suerte.

Supon, sí, te doy de barato que haya tal eternidad, tal infierno, ¿qué se puede perder con que al fin te lleve el diablo? ¿Será el primero que se condena? Pues en tal caso, ya que nos hemos de condenar, que sea á gusto; y si nos lleva el diablo, que sea como dicen por ahí, en buen caballo, esto es, divirtiéndonos, holgándonos y pasándonos una videta alegre. ¿Habrá mayor satisfaccion que entrar al infierno lucios, frescos, ricos, cantando, bailando, y rodeados de diez ó doce muchachas? Conque anda, Catrin, sigue mis consejos, y ríete de todo como yo.

¿Quién no habia de secumbir á tan solidísimas razones? Desde luego le dí muchas gracias á mi sabio amigo, y propuse conformarme con sus saludables consejos; y segun mi propósito, desde aquel dia comencé á observar esactamente el decálogo, especialmente el cuarto precepto, haciéndome al génio de todos cuantos podian serme útiles; de manera que dentro de pocos dias era yo cristiano con los cristianos; calvinista, luterano, arriano, &c., con los de aquellas sectas: ladron con el ladron: ébrio con el borracho: ju-

gador con el tahur: mentiroso con el embustero: impío con el inmoral, y mono con todos.

Ya supondreis, amados Catrines y compañeros mios, que con semejante conducta me grangeé muchos amigos, á cuya costa me pasé muy buenos ratos, como tambien unas pesadumbres endiabladas; porque así como bebia y comia, y paseaba de balde algunas veces; otras me veia aporreado, encarcelado ó fugitivo sin haber yo tenido la culpa de las riñas ni prisiones directamente, sino mis amigos. Ya se ve, yo sostenia todos sus caprichos, fueran justos ó injustos, y con esto sus enemigos me aporreaban como á su compañero, y los jueces me castigaban como á cómplice. Si hubiera de referiros por menor todas las aventuras de mi vida, sin duda que se entretendria vuestra atencion; pero he ofrecido limitarme á un solo tomo: y así es preciso abreviar, y contraerme á las épocas mas memorables. Continuemos.

Como con las lecciones de mi amigo y mentor me ilustré tanto, y me animé á tratar de cualquier materia por encrespada que fuera, una noche fuí con un amigo á casa del conde de Tebas (porque los Catrines son tan nobles que en todas las casas caben), y allí, despues de la tertulia se pusieron á merendar; y habiendo conversado de diferentes asuntos, vino á caer la conversacion sobre la verdad de la religion católica.

Todos los concurrentes eran fanáticos: no habia *espíritu* mas *fuerte* que el mio. Hablaron con mucho respeto del dogma, de la revelacion y tradicion, y al fin de todo remataron diciendo, que la ilustracion de este siglo consiste en el libertinage, cuyas consecuencias son la corrupcion de las costumbres y el error en las verdades mas inconcusas.

Hablando de esto, dijo el capellan, hay una clase de Catrines, quiero decir, jóvenes, tal vez bien nacidos y decentes en ropa; pero ociosos, ignorantes, inmorales y fachendas, llenos de vicios, que no contentos con ser pícaros, quisieran que todos fueran como ellos. Estos bribones inducen con sus indignas conversaciones á la gente sencilla é incauta, y la disponen á ser tan malos como ellos.

Apenas oí yo citar á los *Catrines* de *Fachendas*, cuyo apellido he tenido la dicha de heredar, cuando volví por su honor y dije: Padrecito, modérese vd.; los Catrines son nobles, cristianos, caballeros y doctos: saben muy bien lo que hablan: muchos fanáticos los culpan sin motivo.

¿Qué mal hace un Catrin en vestir con decencia, sea como fuere, en no trabajar como los plebeyos, en jugar lo suyo ó lo ageno, en enamorar á cuantas puede, en subsistir de cuenta de otros, en holgarse, divertirse, y vivir en los cafés, tertulias y villares? ¿Acaso esto ó mucho de esto no lo hacen otros mil, aunque no tengan el honor de ser Catrines.

Ahora, ¿por qué se han de calificar de impíos é irreligiosos, solo porque jamas se confiesan, porque no respetan á los sacerdores ni los templos, porque no se arrodillan al Viático ni en el tiempo de la misa, porque no se tocan el sombrero al toque de la Ave María, ni por otras frioleras semejantes?

Si se murmura de su poca instruccion, es una maledicencia ó declarada envidia: ¿qué mas puede saber un caballero Catrin que servir á una señorita el cubierto, bailar unas boleras ó un wals, barajar un albur, jugar un tresillo, peinarse y componerse, hablar con denuedo y arrogancia sobre cuanto se ofrezca, y hacer otras cosas que no digo porque vdes. no crean que las pondero?

Su utilidad es demasiado conocida en los estrados, en los cafés, fondas, villares, portales y paseos. Con que no hay que hablar tan mal de los Catrines, cuando son mas ilustrados y provechosos que otros muchos.

Ni que responder me ha dejado vd., amiguito, dijo el capellan: Vd. solo y sin tormento, ha confesado quienes son los Catrines, cuáles sus ocupaciones, cuán admirable es su instruccion, y qué digno del aprecio público el fruto de sus tareas.

Por lo que hace á mí, añadió el conde, yo le estimaré que no vuelva vd. á poner un pié en mi casa. Mucho siento que me haya hecho esta única visita, y que nos haya dicho quién es tan sin rebozo. No, no quiero que honren

mi mesa semejantes caballeros, que me instruyan tales maestros, ni que me edifiquen tan calificados católicos; y así, pues se ha concluido la merienda, tome vd. su sombrero, y déjenos en paz. Todos los concurrentes, luego que oyeron producirse al conde de este modo, fuérase por adularle ó por lo que vdes. quieran, comenzaron á maltratarme, hasta los criados: casi á empellones me echaron de la sala, y un lacayo maldito por poco me hace rodar las escaleras; y no contentos con hacerme sufrir tales baldones, sin acordarse de la nobleza de mi casa, ya al salir á la calle me echaron una olla de agua hirviendo, con lo que me pusieron cual se deja entender.

Quise subir á que me dieran justa satisfaccion de tal agravio; pero me contuvo el verme solo (porque el amigo mio me desamparó y se puso de parte del conde), y advertí que todos estaban irritados. Pensé con prudencia, y me retiré mal bañado, y jurando á fé de caballero vengarme en cuanto tuviera proporcion.

Llegué á mi cuarto, dormí como siempre, sequé mi ropa al dia siguiente, y me levanté adivinando en donde y cómo lo pasaria. Era ese dia, por cierto, 25 de Julio.

Encontré un amigo, quien me llevó á la fiesta de Santiago, acompañado de una señorita de no malos bigotes, y estando almorzando sucedió lo que vais á saber en el capítulo siguiente.



CAPITULO X.

El que está lleno de aventuras.



Dios nos libre de una mala hora, como dicen las viejas. Estábamos almorzando con la bonita muchacha, cuando se nos presentó un hombre con el sable desnudo, hecho una furia, quien con una voz tan terrible como el trueno del rayo, dijo: Esto queria yo ver, tal: y diciendo y haciendo comenzó á tirarnos á los tres tantos cintarazos y cuchi-

lladas, que no nos la podiamos acabar. La muger cayó en el suelo del primer golpe, mi compañero acudió á defenderse con un puñal: yo, sin armas, agarré un plato de mole y lo derramé en la cabeza del valiente: éste se enfureció mas de lo que estaba, y me tiró un tajo con tanto acierto y ganas, que por poco no me deja en el puesto, esto es, difunto: pero me dejó privado, y con la cabeza como una granada.

Yo desperté en el hospital, y supe que quien me habia hecho tan buena obra, era no menos que marido de la cusca que llevó mi amigo: que éste fué á la carcel, ella á un depósito, el marido á pasearse, y yo al hospital en calidad de preso.

Allí pasé lo que solo Dios sabe con los cirujanos, practicantes y enfermeros: puedo jurar que me maltrataron mas con la curacion, que el celoso con las heridas que me hizo. Ya se vé que lo hacian por caridad (*).

Por fin me dieron por sano, aunque yo no lo aseguraba, segun me sentia; pero quise que no, fué preciso salir del hospital para ir á la cárcel, donde me levantaron mil testimonios, pues lo menos que decia el marido era que yo seria el al....calde, ó qué sé yo que cosa de su muger.

El escribano queria dinero para defenderme; yo no tenia un real ni mi amigo tampoco, por lo que se dilató la causa como un mes; pero como es verdad que al salvo Dios lo salva, á instancias del marido se continuó el proceso, y resultó en sentencia definitiva, que la muger fuera al convento de San Lúcas por cuatro años, á pedimento de parte; el amigo mio y de ella á un presidio, y yo á la calle, amonestado de no volverme á meter en pendencias que nada me interesaban.

Salí por fortuna del meson de la pita; fuí á mi casa ó pedazo de casa que tenia, y me hallé mas pobre, y tanto, que no tenia ni para sostener la cascarita ó decencia aparente de un Catrin.

Antes de esto era infeliz, no lo puedo negar: todos los

(*) Aquí venia muy bien el cuento del barbero y el loco.

dias tenia que untar mis botas con tinta de zapatero y darles bola con clara de huevo, limon ó cebolla: tenia mi fraquecito viejo á quien hacer mil caricias con el cepillo: tenia mi camisa que lavar, tender, y planchar con un hueso de mamey: tenia un pantaloncillo de punto, ó de puntos, que zurcia con curiosidad con una aguja: tenia una cadena pendiente de un eslabon, que me acreditaba de sugeto de relox: tenia una tira de musolina que bien lavada pasaba por un fino pañuelo: tenia un chaleco verdaderamente acolchado de remiendos tan bien pegados, que hacian una labor graciosa y esquisita: tenia una cañita ordinaria, pero tan bien manejada por mí, que parecia un fino bejuco de la China: tenia un sombrero muy atento por su naturaleza, pues hacia cortesías á todo el mundo; pero con agua cola le daba yo tal altivez, que no se doblaria al monarca mayor del mundo todo, pues estaba mas tieso que pobre recien enriquecido: tenia en fin mis guantes, viejos, es verdad, pero me cubrian las manos: mi anteojo, mis peines, escobetas, pomadas, espejo, tocador, limpiadientes, y otras semejantes chucherías, y cuando salí de la cárcel, como lo mas vendí para comer, no tenia nada.

Ya, amigos Catrines, me teneis reducido á la última miseria. No conocia camisas ni cosas superfluas, y era preciso andar decente para comer de balde, ¿cómo seria esto? Un frac y un pantalon quedó en mi baul de tanto lujo, que no se pudo ni empeñar ni vender. A esto poco.... ¡lo que es la industria de un sabio! le dí tantos millares de puntadas, tantas teñidas y limpiadas, que el baratillero mas diestro lo hubiera calificado por nuevo. Mis botas viejas quedaron, á merced del fierro y de la clara de huevo, tan lustrosas *sicut erant in principio*, el sombrero y chaleco lo mismo; pero para suplir la camisa no habia cosa que lo valiera.

Yo debia comer al otro dia, y para comer era menester salir á la calle á buscar á los amigos: de todo estaba prevenido, pero la falta de camisa me consternaba.

En medio de esta afliccion me acordé de que en otro tiempo tuve una camisa sola, y la apellidé camisola. Es-

taba tan perdida que no tenia sino el cuello y los vuelos ú olanes pegados á un pedazo de trapo: mas como era preciso hacer de la necesidad virtud, los corté y compuse segun pude. En esto y lo demas se pasó toda la noche.

Al dia siguiente ya estaba yo en pelota planchando mis vuelos, cuando se le antojó entrar al casero, y entró porque se le antojó, porque yo habia vendido la llave de la puerta, y no tenia con que cerrarla sino con mi varita, que como era muy débil, no pudo resistir al primer empujon del escomulgado casero: entró este maldito, me halló medio desnudo y planchando mi trapillo en un petate: me cobró con imperio de casero, á quien debia cinco pesos dos reales de alquileres: con una mirada hizo balance de mis muebles: me cobró con resolucion: yo saqué mis ejecutorias del baul, y le dije que á los caballeros de mi clase no se les cobraba de ese modo; que era un pícaro, malcriado é insolente: él se irritó con esto, y me dijo que me sonara en mis papeles si no tenia dinero, que el pagar era justo, y que él no entendia de grajas; y así ó le daba su dinero, ó me mudara en el instante, pues cuando mas me dejaria vestir, pero no sacar ni una hilacha, respecto á que con todo lo que veia no se cubria mi deuda.

Es vd. un plebeyo, le dije, un villano, un ruin, un ordinario: mis árboles genealógicos, los escudos de mi casa, mis ejecutorias, y los méritos de mis mayores que vd. vé en estos papeles, valen mas que vd. y todas las casas de las monjas.

Todo está muy bueno, respondia el casero: vd. será muy caballero y muy noble, y tendrá infinitas pruebas de su lustre; pero las monjas no comen ejecutorias ni noblezas: ha de cubrir la renta, ó se muda.

En estas y las otras nos hicimos de razones: quise tomar una silla vieja para acabársela de romper en la cabeza: pero él cogió otra, y nos dimos una aporreada de buen tamaño, hasta que entró la casera y nos contuvo; pero al fin el inicuo casero consiguió lo que quiso, que fué lanzarme de la casa, quedándose con mi baul y mi memela; mas me dejó vestir, que en gentes de su clase fué una generosa he-

roicidad; pues si ha cabido en otros, ni aun eso me permiten.

Salíme avergonzado un poquillo; pero muy enojado, triste y con mis papeles debajo del brazo en solicitud de un amigo. Hallé un monigote alquilon que se compadeció de mí, y me llevó á su casa.

Allí estuve algunos dias: tenia una hermana bonita: me gustó, la enamoré, condescendió: fuimos amigos: el monigote lo supo: nos espió, nos cogió, y me dió tal tarea de trancazos, que volví á visitar el hospital.

Los jueces sentenciaron á su favor (¡desgracia de hombres buenos como yo!) y á buen librar salí del hospital desnudo.

No pude parecer entre mis amigos esta vez, y solicité el patrocinio de las hembras. Me llevó una buena vieja á su casa: tenia cinco doncellas á su cargo y en su casa, que era una accesoria: en la puerta negociaban su subsistencia: yo tenia que ver y que callar para comer; pero tambien tenia que ir á traer pato, aguardiente, café y lo que querian mis señores.

Esta vileza no podia ser grata á un caballero de honor como yo era, y así determiné mudar de vida.

Consulté con mi talento y conforme al decálogo que habia aprendido, y saqué que debia buscar mi comodidad á costa de todo el mundo.

Segun estos principios, la noche que estaban todas mas dormidas, hice un lio de su ropa y me marché para la calle.

Al dia siguiente, antes que las buscaran, vendí todas sus prendas en el baratillo, me habilité de lo que me hacia falta, y me retiré á un barrio muy distante del suyo.

Seguí como siempre, y era la fortuna que en todas partes encontraba Catrines. Pasé, tal cual, algunos dias; mas al fin se me arrancó, y ya no hallaba almena de que colgarme.

En medio de mi triste situacion encontré un buen amigo que me animó, diciéndome que yo era para nada, pues no sabia mantener un cuerpo solo; pero que me conocia ta-

lento muy propio para cómico; que solicitara una plaza de estas, y me acordaria de él.

Como lisonjeó mi vanidad, admití su consejo: fuí al coliseo, pretendí una plaza, me dieron la de *mite ó mete muertos*, y yo por ver si era plaza de escala, la recibí con mucho gusto.

En poco tiempo quise á todas las cómicas, y no solo á ellas sino á cuantas podia: mi habilidad iba tomando crédito, y yo hubiera sido el primer galan si me lo hubieran permitido las damas; pero me encargué tan de veras á su obsequio, que en cinco meses dieron conmigo en el hospital de San Andres....¡Válgame Dios! ¡Qué suerte fué la mia, siempre me he visto en cárceles y hospitales!

¿Qué padeceria en San Andrés? El que hubiere estado allí que lo diga. Por poco no me reducen al estado de Orígenes. Salí medio hombre por una fortuna singular; pero salí flaco, descolorido y con una frazada en el hombro.

En medio de esta situacion, me encontró uno que habia sido criado de mi casa. Luego que me vió, me conoció y me dijo: ¡Válgame Dios, niño, y qué estado tan infeliz es el suyo!—Acabo de salir del hospital, le contesté, y á gran dicha tengo verme en pié.—¡Qué siento las desgracias de vd.: no tendrá vd. destino!—Ya se vé que no lo tengo.—Si quisiera vd. una conveniencia de portero, yo sé que en casa del conde de Tebas lo solicitan; dan ocho pesos y la comida.—Pues mas que dieran ochocientos, yo no he nacido para portero, y mucho menos para servir al conde de Tebas, que es mi padrino de brazos y allí me echaron la agua (*). Pues señor, proseguia el mozo: podia vd. acomodarse en el estanco; siquiera ganara cinco reales diarios.—Calla, bobo: ¿un caballero como yo, se habia de reducir á cigarrero?—Pues acomódese vd. de escribiente.—Menos: mi letra es de rico, y estoy hecho á que los licenciados me sirvan de amanuenses.—Pues en una tienda.—¿Yo habia de tiznarme con el carbon y la manteca?—Pues ...—Déjate de pueses. ¿Has olvidado que soy el

(*) Véase la página 234, donde fué bautizado á lo pollo.

Sr. D. Catrin de la Fachenda, nobilísimo, ilustrísimo, y caballerísimo por todos mis cuatro costados? ¿Cómo quieres que un personage de mis prendas se sujete á servir á nadie en esta vida, si no fuere al rey en persona? Vete, vete, y no aumentes mis pesadumbres con tus villanos pensamientos.

El criado se incomodó, y me dijo: pues Sr. D. Catrin, quédese vd. con su nobleza y caballería, y quédese tambien con su hambre y su frazada. Dicho esto se fué, y yo seguí andando sin saber á donde ir.

Eran las tres de la tarde, y yo no habia probado gota de alimento, ni aun tenia esperanza de probarlo; pero ni sabia donde recogerme aquella noche. No me habia quedado mas que una media camisa, pantalon, botas, sombrero y frazada; todo viejo, sucio y roto: asimismo conservaba mis ejecutorias y papeles de nobleza, que llevé al hospital y cargaba ese dia debajo del brazo.

Viéndome muerto de hambre, me resolví á empeñar estas preseas en cualquier cosa, aunque con harto dolor de mi corazon. Entréme en una tienda, y le dije al tendero mi atrevido pensamiento. Este veia los papeles y me veia la cara lleno de admiracion; y al cabo de rato, casi con las lágrimas en los ojos, me dijo: ¿Es posible, Catrin, que tú eres mi ahijado y el hijo tan amado de mi compadre?

Vamos, que si yo no lo viera, si no tuviera en mis manos tu fé de bautismo, creeria que tratabas de engañarme.

Despues de mil preguntas que me hizo, y de mil mentiras que le conté acerca del orígen de mis desgracias, sacó un vestido de los suyos, y veinte pesos que me dió, con lo que me despedí muy contento.

Con este socorro se alivió mi estómago, me habilité de lo que me faltaba, como varita, cadena de relox y otros muebles tan necesarios como estos. A la noche me fuí á refugiar en casa de la vieja casera, y como aun tenia doce ó catorce pesos, me hizo un buen hospedage. Al dia siguiente tomé un cuarto, saqué mi colchon y mi baul, y cátenme otra vez hecho gente y ladeándome en los cafés con mis amigos.

Como ya la fortuna me habia golpeado, temí verme otra vez en la última miseria; y así traté de prevenirme contra sus futuros asaltos. Para esto comuniqué mis cuidados con otro amigo que estaba peor que yo; pero tenia talento, valor y disposicion para cualquier cosa, y éste me animó á hacer lo que leereis mas adelante.



CAPITULO XI.

Admite un mal consejo, y va al Morro de la Habana.

¿Quién será capaz de negar la utilidad que nos proporcionan los amigos con sus saludables consejos? Este amigo, para ahorrar palabras, me persuadió á que le acompañara á robar cinco mil pesos á un viejo comerciante que pensaba que dormia solo.

Yo bien instruido en el precioso decálogo, y sabiendo que la necesidad no está sujeta á las leyes comunes, admití el consejo: emplazamos dia y hora; fuímos á la tienda á las ocho de la noche, entramos para sorprender al dueño, y pensando hacer algo de provecho, cerramos la puerta con la llave; pero nos echamos corral nosotros mismos, porque salieron á un grito del viejo cuatro mozos armados, nos pusieron las pistolas en los pechos, nos amarraron y nos llevaron á la cárcel. No pudimos negar las intenciones, y por solo éstas, nos condenaron á dos años de presidio en el Morro de la Habana, y los fuimos á cumplir contra toda nuestra voluntad.

En aquella ciudad fuimos de bastante provecho; porque compusimos los castillos de la Punta y del Príncipe: servimos en los arsenales: cooperamos al mejor órden de la policía en la limpieza, é hicimos otras cosas tan útiles como estas.

Bastantes hambres, desnudeces y fatigas tuvimos que sufrir en este tiempo; pero lo mas insoportable era el trato du-

ro, soez y aun cruel que nos daba el comitre maldito, bajo cuya custodia trabajábamos. Ya se ve, era un mulato, ruin y villano, poco acostumbrado á tratar á los caballeros de mi clase; y así cuando se le antojaba, ó le parecia que no andábamos ligeros, nos sacudia las costillas con un látigo. Esto me hacia rabiar, y os aseguro que á no haber estado indefenso y atado con una cadena, á modo de diptongo, con mi amadísimo compañero, yo le hubiera hecho ver á aquel infame cómo debia portarse con los caballeros de mi rango.

No obstante, puse al gobernador un escrito quejándome de los malos tratamientos de aquel caribe, alegándole mi notoria nobleza, y presentándole mis ejecutorias y papeles. Pero como la fortuna se complace en abatir á los ilustres y perseguir la inocencia, el señor gobernador no solo no me hizo justicia, sino que me ecsasperó con el decreto siguiente.

La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles. Sufra esta parte sus trabajos como pueda, pues un ladron ni es noble, ni merece ser tratado de mejor modo.

¿Qué os parece, queridos compañeros? ¿No fué esta una injusticia declarada del gobernador? Sí, ciertamente; y yo me irrité tanto, que maldije á cuantos nobles hay; rompí los papeles, los masqué y los eché al mar hechos menudos pedazos, pues que de nada me servian.

Pasaron por fin los dos años, se me dió mi libertad, y me volví á México mi patria; pero como ya habia roto mis ejecutorias, y abjurado de toda cosa que oliera á nobleza, me dediqué á divertirme y á buscar la vida sin vergüenza.

Degeneré de la ilustre familia de los Catrines, y me agregué á la entreverada de los pillos. Cuando tenia un pedazo de capote ó una levita dada, me asociaba con los pillos de este trage, y cuando no, le sabia dar bastante aire á una frazada y acompañarme con los que las usaban, uniformando siempre mis ideas, palabras y acciones con aquellos de quienes dependia.

Entre las ventajas que conseguí en el presidio, cuento tres principales, que fueron: perder toda clase de vergüenza, beber mucho y reñir por cualquier cosa. Con esto la

fuí pasando así, así. Mis amigos eran todos como yo: mi ropa y alimento, segun se proporcionaba: mi casa, donde me cogia la noche; mis tertulias, los cafés, villares, vinaterías, pulquerías y bodegones.

Despues de todo, por bien ó por mal, yo no me quedaba, sin comer, beber y andar las calles, y esto sin trabajar en nada; pues me dejó tan ostigado el trabajo de los dos años de la Habana, que juré solemnemente é hice voto de no volver á trabajar en nada en esta vida; juramento que he cumplido con la escrupulosidad propia de una conciencia tan ajustada y timorata como la mia.

En medio de las necesidades que persiguen á todo literato hombre de bien como yo, solia verle la cara alegre á la fortuna algunas veces, y en éstas, si me habilitaba de algun punterillo razonable, me vestia decente, y concurria con mis primeros amigos, pues así como la cabra se inclina al monte, así yo, quien sabe por qué causa (*), me inclinaba á la catrinería aunque despues de haber olvidado mi nobleza.

Mas no penseis que la fortuna se me mostraba alegre por sola su bondad ó su inconstancia, sino porque yo hacia mis diligencias tan activas y honestas como la que os voy á referir.

Una vez que andaba vestido de catrin y sin medio real, encontré á una muger que vendia un hilo de perlas en el parian, y pedia por él ochenta pesos. Ajusté el dicho hilo en sesenta y ocho: la muger convino en el ajuste: la llevé á un convento, diciéndole que lo veria mi tio el provincial, que era quien me lo habia encargado para mi hermana su sobrina. La buena muger me creyó sobre mi frac y mi varita: me dió el hilo; se fué conmigo al convento; la dejé esperando en la portería su dinero, y yo, como los cuentos, entré por un callejoncito y salí por otro; esto es,

(*) El jóven bien nacido, aunque no haya logrado una esacta educacion, ó la haya desaprovechado; y aunque por desgracia se haya prostituido como nuestro héroe, se acuerda de cuando en cuando de su cuna, se avergüenza en su interior de su proceder, y quisiera entonces volverse á ver en el paralelo de que se ha desviado.

entré por la portería y salí por la puerta falsa. La zonza aun me estará aguardando. Yo en la tarde vendí el hilo en treinta pesos á un pariente marcial, que al ver la barata lo compró sin pedirme fiador ni mosquearse para nada, despues que le advertí que no lo vendiera en México. Tales eran mis ingeniadas. ¿Y esto no prueba un talento desmedido, una conducta arreglada y un mérito sobresaliente? Que respondan los catrines y los pillos.

En una de estas vueltas de mi buena suerte, estando en un café, fué entrando el pobre Taravilla, mi antiguo amigo y compañero de armas y de vivienda, de quien os hablé en el capítulo tercero; pero ¡cómo entró el infeliz! con un uniforme viejo de teniente retirado y con dos muletas, porque estaba cojo de remate.

Catrin, amigo, me dijo, ¿aquí estás? Sí, viejo, aquí estoy, le respondí: ¿Qué milagro que te veo? Mas ¿qué te ha sucedido? ¿Has perdido tus movimientos en algunas campañas? ¡Pobre de tí! así habrá sido. Siéntate, y pide lo que quieras.

Él pidió lo que mas apetecia, y me dijo: ¡Ay hermano! Venus me ha maltratado, que no Marte. Cinco veces ha visitado Mercurio las medulas de mis huesos, haciéndome sufrir dolores inmensos: he jurado no volver á provocar al enemigo; pero apenas le he visto, cuando me he olvidado del juramento: le he acometido, y siempre he salido derrotado. En una de estas campañas, como se apoderó de mí, ya débil y mal herido, me redujo á la última miseria; me hizo su prisionero; me obligó á ejercitar el humilde oficio de picador, haciéndome sujetar dos brutos; mi habilidad no pudo domar su brio; ellos pudieron mas que yo, y en una de las caidas que me dieron quedé tan mal parado como ves.

A seguida nos contó todas sus aventuras, señalando no solo sus cómplices, sino sus nombres, señas, calles y casas donde vivian, con tanta puntualidad y tanta gracia, que todos nos reimos y nos admiramos de su memoria y de su chiste. Yo me burlé de su cojera grandemente.

¿Quién me habia de decir que dentro de pocos dias me

habia de ver en peor situacion? Así fué, como lo vais á ver en el capítulo que sigue.



CAPITULO XII.

En el que da razon del motivo porque perdió una pierna, y como se vió reducido al infeliz estado de mendigo.

MARAVILLA comió y bebió esta vez á mis costillas, como yo comia y bebia siempre á las de otros; al fin era de la ilustre raza de los Catrines.

Despidióse, y á poco rato nos fuimos todos á recoger á nuestras casas ó á las agenas.

Pasé algun tiempo en la alternativa de pillo y de Catrin, y una ocasion por cierta aventura amorosa, que no os escribo por no ofender vuestros oidos castos, reñí con el marido de mi dama, y este tuvo la suerte de darme tan feroz cuchillada en el muslo izquierdo, que casi me lo dividió.

A mis gritos acudió la gente.... ¡qué gente tan desapiadada es la de México!.... ¿Si será así la de todo el mundo? Se juntaron muchos á la curiosidad; nos vieron reñir, y nadie trató de apaciguarnos; me hirió mi enemigo; arrastró y maltrató á su muger, y nadie se lo impidió; se la llevó donde quiso, y ninguno lo siguió; quedé yo desangrándome: todos me veian y decian: ¡Pobrecito! pero ni llevaban el confesor ni el médico, ni habia uno siquiera que me contuviera la sangre.

A fuerza de juntarse muchos bobos insensibles, llegó un oficial, hombre bueno (que entre muchos malos y tontos es dificil que no se halle algun bueno y juicioso) que hizo llamar una patrulla, la que me llevó al juez; éste determinó se me condujese al hospital. Me tomaron declaracion, dije lo que se me antojó, y por conclusion de todo, salió que me cortaran la pierna, porque se me iba acancerando á prisa.

Me la cortaron en efecto, y por poco no me muero en la operacion. Algunos dias despues me echaron á la calle, lo que tuve á gran felicidad, porque temia ir á la cárcel á responder de todo.

Como no podia tenerme en un pié como las grullas, fué necesario habilitarme de un par de muletas, lo que no me costó poco trabajo.

Ya con estos muebles, y hechos mis trapos mil pedazos, salí segun he dicho; pero ¿á donde, y á qué? A las calles de Dios á pedir limosna, pues en un pié ya no estaba en disposicion de ingeniarme, ni de andar ligero como cuando tenia cabales los miembros de mi cuerpo.

Aunque habia dejado en la Habana toda la vergüenza, y nada se me daba del mundo, confieso que se me hizo duro á los principios el ejercicio de mendigo; mas era necesario pedir limosna ó morir de hambre.

Los primeros dias se me hacia el nuevo oficio muy pesado, porque no tenia estilo para humillarme mucho, para porfiar, ni para recibir un taco con paciencia; pero poco á poco me fuí haciendo, y dentro de dos meses ya yo era maestro de pedigüeños y holgazanes.

Luego que tomé el sabor á este destino, y comprendí sus inmensas y jamas bien ponderadas ventajas, lo abracé con todo mi corazon, y dije para mi sayo: mendigo he de ser *ex hoc nunc est usque in sæculum.*

Conforme á este propósito me dediqué á aprender relaciones, á conocer las casas y personas piadosas, á saber el santo que era cada dia, á modular la voz de modo que causaran compasion mis palabras, y á otras diligencias tan precisas como estas, lo que llegué á saber con tanta perfeccion, que me llevaba las atenciones, y cuantos me oian tenian lástima de mí. ¡Pobrecito cojito, decian algunos, y tan mozo! No me bajaba el dia de diez á doce reales, amen de lo que comia y me sobraba, y esto era tanto, que se me hacia cargo de conciencia tirarlo; y así busqué una pobre con quien partir mis felicidades y bonanzas.

En efecto, hallé una muchacha llamada Marcela, de bastante garbo y atractivo, á la que sostuve pobremente. Ella

cuidaba de mí con harto esmero, y tuvo tanta gracia y economía, que en cuatro meses se vistió como la mejor y me vistió á mí tambien, de manera que de noche, despues que acababa yo de recoger mi *bendita*, me iba á casa, me ponia de catrin, me acomodaba mi pierna de palo, y me iba á merendar con Marcela á donde yo sabia que no habia quien me conociera.

Yo mismo me admiraba al advertir que lo que no pude hacer de colegial, de soldado, de tahur, de catrin ni de pillo, hice de limosnero: quiero decir, mantuve una buena moza con su criada en una vivienda de tres piezas, muy decente como yo, y esto sin trabajar en nada ni contraer drogas, sino solo á espensas de la fervorosa piedad de los fieles. ¡O santa caridad! ¡O limosna bendita! ¡O ejercicio ligero y socorrido! ¡Cuántos te siguieran si conocieran tus ventajas! ¡Cuántos abandonaran sus talleres! ¿No se comprometieran en los riesgos y pagaran á peso de oro el que les sacaran los ojos, les cortaran las patas, y los llenaran de llagas y de landre para ingerirse en nuestras despilfarradas pero bien provistas compañías?

Gran vida me pasaba con mi oficio. Os aseguro, amigos, que no envidiaba el mejor destino, pues consideraba que en el mas ventajoso se trabaja algo para tener dinero, y en este se consigue la plata sin trabajar, que fué siempre el fin á que yo aspiré desde muchacho.

Despues que esperimenté las utilidades de mi empleo, ya no me admiro de que haya tantos hombres y mugeres decentes, tantos sanos y sanas, tantos muchachos y aun muchachas bonitas ejercitándose en la loable persecucion de pordioseros.

Menos me admiro de que haya tantos hipócritas declamadores contra ellos. La virtud es siempre perseguida y la felicidad envidiada. Dejaos, crueles y mal intencionados escritores: dejaos, de apellidar á los míseros mendigos, sanguijuelas de las sociedades en que se permiten. No os fatigueis en persuadir que es una piedad mal entendida el dar al que pide por Dios, sea quien fuere, sin ecsaminar si es un vago, ó un pobre legítimamente necesitado. Cesad de

endurecer los corazones, asegurando que son mas los ociosos que piden para sostener sus vicios, que los inválidos infelices que se acogen á este recurso para mantener su vida. Ya sabemos que toda vuestra crítica mordaz no se funda sino sobre vuestra malicia y envidia refinada; pero ¡necios! ¿No podeis disfrutar los beneficios que nosotros, al mismo precio y sin malquistarnos con los corazones piadosos? ¿Tanto cuestan dos muletas y un tompeate? ¿Tanta habilidad se necesita para fingirse ciegos, mancos ó tullidos? ¿Es tan gran dolor el que se sufre con hacerse diez ó doce llagas con otros tantos cáusticos? ¿Es menester cursar algunas universidades para aprender mil relaciones aunque estén llenas de disparates? Y por último, ¿hay algun ecsámen que sufrir, ni algunos veedores que regalar para incorporarse en nuestro sucio, asqueroso y socorrido gremio? ¡¿Pues qué haceis, mentecatos? Venid, venid á nuestros brazos: abandonad vuestras plumas: echaos una mordaza: habilitaos de unos pingajos puercos: haced lo que nosotros, y disfrutareis iguales comodidades y ventajas.

Así hablara yo á nuestros enemigos, y si tuviera diez ó doce hijos les enseñara este fácil oficio, los repartiera en varias ciudades, y les jurara que con tantita economía que tuvieran á los principios, en breve se harian de principal.

Encantado con mi destino, en el que me hallé, como dicen, la bolita de oro, vivia muy contento con mi Marcela, que como estaba sobrada de todo, me queria mucho y nada le advertia que pudiera desagradarme. Todo era para mí abundancia, satisfaccion y gusto. Es verdad que de cuando en cuando no faltaban sus incomodides caseras, y callejeras. Aquellas eran originadas por mis imprudencias cuando se mezclaban con aguardiente; pero Marcela sabia terminarlas con felicidad: me daba un empujon sobre la cama cuando me veia mas furioso, y me quitaba las muletas, con lo que me quedaba yo hablando como un perico; pero sin poder moverme del colchon ni hacerle daño. Así que se me quitaba la *chispa* (*), me hacia cuatro cariños y quedábamos tan amigos como siempre.

(*) Ponerse la chispa es una de las muchas frases con que aquí se dice, *embriagarse*, y quitarse la chispa es decir que se alivió.

No eran así las incomodidades callejeras. Estas las originaba la envidia de mis compañeros, otros pobres tan necesitados como yo, que pensando que les quitaba el pan de la boca, no cesaban de ultrajarme diciendo unos con otros y en mi cara: ¡Qué cojo maldito tan vagamundo y mañoso! ¿Por qué no se irá al estanco, ó se acomodará á servir de algo, y no que estando tan gordo y tan sin lacras, se finge mas enfermo que nosotros, y con su maldita labia nos quita el medio de las manos?

Así se esplicaban estos pobres; pero yo hacia oidos de mercader, y seguia gritando mas recio, y recogiendo mis migajas; sin embargo, no dejaba de incomodarme por su envidia.

Un año, poco mas, disfruté de las dulces satisfacciones que he dicho; pero como todo tiene fin en este mundo, llegó el de mi dicha, segun vereis en el capítulo que sigue,



CAPITULO XIII.

En el que cuenta el fin de su bonanza y el motivo.

¿Quien ha de creer que el regalo y el chiqueo sean muchas veces los asesinos de los hombres? Estraño parece; pero es una verdad constante y muy esperimentada, especialmente por los ricos.

El trato que yo me daba, á escepcion del trage de dia, era como el que se puede dar el mas acomodado y regalon. Por lo ordinario me levantaba de la cama entre las nueve y diez de la mañana, y este régimen contribuyó á destruir mi salud. No sabia yo la mácsima de la escuela salernitana, que dice que siete horas de sueño bastan al jóven y al viejo.

Septem horas dormire sat est juvenique senique.

Ignoraba yo esto, y lo que Salomon dice á los perezosos en sus Proverbios (1).

Por otra parte, mi mesa era abundante para los tres, y muy esquisita para mí; porque Marcela era hija de una que habia sido cocinera de un título y de muchos ricos, y habia aprendido perfectamente el arte de lisonjear los paladares, provocar el apetito y dañar el estómago: con esto, me hacia mil bocaditos diferentes y bien sazonados cada dia. Tambien este regalo me fué perjudicial al fin.

Yo no sabia en aquel tiempo que el gusto del paladar hace mas homicidios que la espada, en frase de un escritor frances (2): Que Alejandro que salió victorioso de mil combates, fué vencido por la gula y los deleites, y murió á los 32 años de su edad: que la frugalidad alarga la vida tanto como la acorta la destemplanza: que Galeno, médico antiguo, pero sabio en su tiempo, decia: *Cuando veo una mesa llena de mil manjares delicados, me parece que veo en ella los cólicos, las hidropesías, los tenesmos, insultos, diarreas y todo género de enfermedades.* Ignoraba que el Sabio dice: *Los escesos de la boca han muerto á muchos: pero el hombre sóbrio vivirá mas largo tiempo.*

El sabio ingles Juan Owen escribió sobre esto un epigrama en latin, que en castellano se tradujo así:

No muchos médicos
Ni medicina:
Ten pocas penas,
Sóbria cocina,
Si largo tiempo
Vivir aspiras.

"La templanza y el trabajo, dice el filósofo de Ginebra "(Rousseau) son los dos verdaderos médicos del hombre:

(1) No ames el sueño, no sea que caigas en la necesidad. Sé vigilante y vivirás en la abundancia. Tú dormirás un poco, dormitarás un rato, cruzarás otro poco las manos para descansar, y la pobreza vendrá sobre tí como hombre armado. Prov. 24.

(2) Blanchard.

"El trabajo escita su apetito, y la templanza le impide abu-"sar de él."

Un médico preguntó al P. *Bourdaloue* qué régimen de vida seguia; y este sabio respondió: que no hacia sino una sola comida al dia. *No hagais*, le dijo el médico, *no hagais público vuestro secreto, porque nos quitará vd. de oficio, pues no tendrémos á quien curar.*

San Cárlos Borromeo, estando muy enfermo, y advirtiendo las contradicciones de los médicos acerca de difinir su enfermedad, los despidió; moderó su mesa, se privó del regalo, se sujetó á un régimen simple y uniforme; sanó, y se mantuvo con tanto vigor, que soportó los trabajos de su obispado á que se entregó con tanto celo.

El autor del Eclesiástico dice: *Si estás sentado en una gran mesa, no te dejes llevar del apetito de tu boca. No seas*, dice en otra parte, *de los últimos á levantarte de la mesa, y bendice al Señor que te ha criado y que te ha colmado de sus bienes.*

Estas y otras cosas ignoraba yo, cuya observancia conduce efectivamente á mantener la salud con vigor. El último amigo que tuve, y que pienso que fué el único, me instruyó en estas reglas, pero tarde; porque ya estaban mis fuerzas enervadas, gastada mi salud y consumidos mis espíritus.

Entre los matadores que tuve, fué sin duda el mayor el uso escesivo de licores. Yo tenia la precaucion de no embriagarme de dia para no perder el crédito entre mis piadosos favorecedores, pero de noche me ponia unas *chispas* inaguantables.

Este abuso no solo perjudicó mi salud, sino que me esponia frecuentemente á mil burlas, desaires y pendencias. Yo conocia la causa de mi mal; pero no tenia la fortaleza necesaria para abandonarla.

Una noche (no estaba yo muy perdido) bebia con mis amigos nocturnos en una fonda, y bebia mas que todos. A uno de los concurrentes, no sé por qué razon le causé lástima, y con todo disimulo hizo que la conversacion recayera sobre los perjuicios que causa el esceso de la bebida. ¡O

y qué buen predicador nos encontramos! El decia: Señores, no hay remedio, Dios lo crió todo para el hombre, y no puede negarse que un buen trago de vino ó de aguardiente reanima nuestras fuerzas, promueve la digestion, vivifica el espíritu, hace derramar la alegría en nuestra sangre, y distrayéndonos de los cuidados y pesares que nos rodean, nos concilia un sueño tranquilo y provechoso.

A mí me agrada bastante un trago de vino, especialmente cuando estoy en sociedad con mis amigos. No soy para esto escrupuloso: me acuerdo que el mismo Dios por el Eclesiástico dice: *El vino ha sido criado desde el principio para alegrar al hombre, y no para embriagarlo. Bebido con moderacion, es la alegría del alma y del corazon, y tomado con templanza, es la salud del espíritu y del cuerpo. Así como bebido con esceso es la amargura del alma, y causa riñas, displicencias y muchos males* [*]. A mas del estrago que causa en la salud, y en el espíritu, perturba la razon en el hombre y lo hace un objeto dignamente ridículo á cuantos observan sus descompasadas acciones, sus balbucientes palabras y sus desconcertados discursos.

No es menester que el bebedor esté incapaz de hablar ni moverse: en este caso ya está narcotizado, y no puede causar cólera ni risa. Cuando está, como dicen vdes., á media bolina ó medio borracho, entonces es cuando hacen reir ó incomodar sus necedades. Aun de hombres distinguidos nos acuerda la historia hechos ridículos y estravagantes, que no dimanaron de otro principio sino de lo mucho que bebian.

¿Quién no se reirá de buena gana al oir que el famoso poeta *Chapelle*, platicando y bebiendo una noche con un mariscal de Francia, resolvió ser mártir con su compañero, á quien dijo que ambos irian á la Turquía á predicar la fé cristiana? Entonces, decia Chapelle, nos prenderán, nos conducirán á cualquier bajá: yo responderé con constancia, y vos tambien, señor mariscal: á mí me empalarán, á vos despues de mí: y vednos luego en el paraiso. El ma-

---

(*) Ecles. 31, V. 35, &c.

riscal se enojó porque el poeta quisiera ponerse primero que él, y sobre esto armaron tal campaña, que se tiraron uno al otro, haciendo rodar las sillas, mesas y bufetes. ¿Cuál seria la risa de los que acudieron á apaciguarlos, al oir el motivo de su riña?

Mr. Blanchard tuvo cuidado de conservarnos esta anédocta, y al dicho abate le cae mas en gracia que otra vez en casa del famoso Moliere, este mismo *Chapelle*, despues de haber bebido con sus compañeros, disgustado de las miserias de la vida, los persuadió á que seria una grande heroicidad el matarse por no sufrirlas. Convencidos los camaradas con los discursos del poeta, resolvieron irse á ahogar en un rio que estaba cerca de la casa de Moliere. En efecto, fueron y se arrojaron al agua. Algunos de la casa que los siguieron y otras gentes del lugar, los sacaron. Ellos se irritaron y los querian matar por semejante agravio. Los pobres criados corrieron á refugiarse á la casa de Moliere. Informado éste del motivo de la riña, les dijo que ¿por qué siendo su amigo, querian escluirlo de la gloria de que participaria siguiendo su proyecto? Todos le concedieron la razon, y le convidaron á que se fuera al rio para que se ahogara con ellos. Poco á poco, contestó Moliere: este es un gran negocio, y conviene que se trate con madurez. Dejémoslo para mañana; porque si nos ahogamos de noche dirán que estamos desesperados ó borrachos: mejor es que lo hagamos de dia y delante de todos, y así lucirá mas nuestro valor. Los amigos quedaron persuadidos: se fueron á acostar, y al dia siguiente, disipados los vapores del vino, ya todos pensaron en conservar sus vidas.

Hasta este cuento me acuerdo que le entendí al platicon; pero como mientras él predicaba yo bebia, me quedé dormido sobre la mesa, y el fondero tuvo la bondad de acostarme en un banco.

A las cuatro de la mañana volví en mí ó desperté, y azorado de verme con esclavina y chaqueta, me levanté, me refregué las manos, me lavé la cara, tomé café, y me fuí para mi casa muy fruncido á vestirme de gala para ir á buscar la vida como siempre.

Poco tiempo la pude conservar, porque esta hidropesía de que padezco cuando escribo estos renglones, se apoderó de mí, y me acarreó todos los males que leereis en el capítulo catorce de esta legítima y verdadera historia.



CAPITULO XIV.

En el que da razon de su enfermedad, de los males que le acompañaron, y se concluye por agena mano la narracion del fin de la vida de nuestro famoso D. Catrin.

Queridos mios: cuando escribo este capítulo, que pienso será el último de mi vida, ya me siento con muchas ansias, el vientre se me ha elevado, y las piernas.... digo, la pierna, se me ha hinchado mas de lo que yo quisiera, y por estas razones es regular que salga menos metódico, erudito y elegante que ninguno de los de mi admirable historia; porque ya sabeis que *conturbatus animus non est aptus ad exequendum munus suum:* el ánimo afligido no está á propósito para desempeñar sus funciones, segun dijo Ciceron, ó Antonio de Nebrija, donde únicamente he leido esta sentencia. Alabad, alabad, amigos, mi erudicion y mi modestia aun en las orillas del sepulcro. Ningun escritor haria otro tanto en el borde mismo de la cuna; pero dejémonos de prevenciones: continuemos la obra, y salga lo que saliere.

Una anasarca ó general hidropesía se apoderó de mi precioso cuerpo: me redujo á no salir de casa: me tiró en la cama: Marcela llamó al médico, y entre él y el boticario me llevaron la mitad de lo que habia rehundido: á lo último me desahuciaron. Mi querida Marcela, luego que oyó tan funesto fallo, se mudó la noche que se le antojó, llevándose de camino todo lo que habia quedado; pero me dejó recomendado á la casera, lo que no fué poco favor. La dicha casera, el mismo dia de la desgracia, me consiguió

una cama en el hospital, me condujo á él, y cátenme vdes. sin un real, sin alhaja que lo valiera, enfermo, abandonado de la que mas queria, lleno de tristeza, y entregado á discrecion de los médicos, curanderos y practicantes de este bendito hospital en que me veo, y en donde no pensé verme segun lo que tenia guardado, y el amor que me profesaba Marcela.

Pero ¡ah, mugeres ingratas, falsas é interesables! Maldito sea quien fia de vuestras mieles, juramentos, cariños y promesas. Amais á los hombres y los adulais mientras pueden seros de provecho; pero apenas los veis en la amargura, en el abandono, en la cárcel ó en la cama, cuando, olvidando sus sacrificios y ternezas, los desamparais y entregais á un perdurable olvido.

Abrid los ojos, catrines, amigos, deudos y compañeros mios: abrid los ojos, y no os fieis de estas sirenas seductoras, que fingen amar mientras consiguen esclavizar á sus amantes; de estas perras que menean la cola y hacen fiestas mientras que se comen vuestra sustancia.

Hay muchas Marcelas, muchas viles, muchas interesables en el mundo. Digan los panegiristas del bello secso que hay mugeres finas, leales y desinteresables: señálenmelas á pares en la historia; yo diré que será así; las habrá; pero no me tocó en suerte conocer á ninguna de ellas, sino á Marcela, muger pérfida é ingrata, que apenas perdió las esperanzas de mi vida, cuando me robó, me dejó sin recurso para subsistir, y por una grande seña de su amor me encargó al cuidado de una vieja.

Mas en fin, Dios se lo pague á esta vieja: por su piedad aun vivo, y tengo lugar para escribir estos pocos renglones.

La hidropesía, la agua, la pituita ó qué sé yo, que cada dia me va engordando mas, y yo no quisiera semejante robustez....

Voy escribiendo poco á poco, y sin órden, y así debeis leer.

El médico me dice que me muero, y que me disponga. ¡Terrible anuncio!

El capellan ha venido á confesarme; y yo, por quitármelo de encima, le he contado cuatro aventuras y catorce defectillos.

El me absolvió y me aplicó las indulgencias de la bula.

Se me ha traido el Viático, y se me ha hecho una ceremonia muy estraña, pues si he comulgado dos veces, han sido muchas en mi vida.

El practicante D. Cándido se ha dado por mi amigo: me chiquea mucho y me predica: mas á veces me sirve de amanuense: tengo confianza en él, y le he encargado que concluya mi historia: me lo ha ofrecido: es fanático, y cumplirá su palabra, aunque borre esta espresion; pero es un buen hombre.

Me ven muy malo sin duda, porque me han puesto un Cristo á los piés: qué sé yo que significan estas cosas: tengo un espíritu muy fuerte.

El practicante admira mi talento, compadece mi estado, y me dá consejos.

Ya me cansa: quiere que haga las protestas de la fé: que me arrepienta de mi vida pasada, como si no hubiera sido escelente: que pida perdon de mis escándalos, como si en un caballero de mi clase fuera bien visto semejante abatimiento: quiere que perdone á los que me han agraviado; eso se queda para la gente vil: él vengar los agravios personales es un punto de honor: y no hay medio (*) entre tomar satisfaccion de una injuria, ó pasar por un infame remitiéndola.

Quiere este mi amigo tantas cosas, que yo no puedo concedérselas. Quiere que haga una confesion general ya boqueando. ¿Habeis oido majadería semejante?

Me espanta cada rato con la muerte, con el juicio, con la eternidad, con el infierno. Mi espíritu no es tan débil que se amedrente con estos espantajos. Yo no he visto jamas un condenado, ni tengo evidencia de esos premios y castigos eternos que me cuentan: pero si por desgracia fueren ciertos; si hay un Juez Supremo que recompense las accio-

(*) Así piensan los que no saben en qué consiste el verdadero honor.

nes de los hombres segun han sido, esto es, las buenas con una gloria, y las malas con un eterno padecer, entonces yo me la he pegado, pues si me condeno escapo en una tabla.

Aun cuando haga estas reflecsiones, ni me acobardo, ni siento en mi corazon ningun estraño sentimiento: mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable (*).

Las ansias me agitan demasiado: el pecho se me levanta con el vientre.... me ahogo.... amigo practicante, seguid la obra....



CONCLUSION

Hecha por el practicante.

YA no pudo seguir dictando el triste D. Catrin: la disolucion de sus humores llegó á su último grado: el pulmon se llenó de serosidades: no pudo respirar y se murió.

Se le hicieron las ecsequias correspondientes, segun los estatutos del hospital, bajando su cádaver caliente de la cama, llevándolo al depósito, y á poco rato al campo santo.

¡Pobre jóven! Yo me condolí de su desgracia, y quisiera no haberlo conocido. Él manifestó con su pluma haber sido de unos principios regulares y decentes, aunque dirigido por unos padres demasiado complacedores, y por esta razon muy perniciosos.

Ellos le enseñaron á salirse con lo que queria: ellos no cultivaron su talento desde sus tiernos años: ellos fomentaron su altivez y vanidad: ellos no lo instruyeron en los principios de nuestra sagrada religion: ellos criaron un hi-

(*) *La paz de los pecadores es pésima*, dice el Espíritu Santo.

jo ingrato, un ciudadano inútil, un hombre pernicioso, y tal vez á esta hora un infeliz precito; pero ellos tambien habrán pagado su indolencia donde estará D. Catrin pagando su relajacion escandalosa. ¡Pobres de los padres de familia! A muchos, ¡cuánto mejor les estuviera no tener hijos, si han de ser malos, segun dice la Verdad infalible.

Luego que leí los cuadernos del pobre D. Catrin, y oí sus conversaciones y me hice cargo de su modo de pensar, y del estado de su conciencia, le tuve lástima: hice lo que pude por reducirlo al conocimiento de la verdad eterna; mas era tarde: su corazon estaba endurecido como el de Faraon.

Me comprometí á cumplir la historia de su vida; pero ¿cómo he de concluir con las obligaciones de un fiel historiador, sino diciendo la verdad sin embozo? Y la verdad es, que vivió mal, murió lo mismo, y nos dejó con harto desconsuelo y ninguna esperanza de su felicidad futura.

Aun en este mundo percibió el fruto de su desarreglada conducta. Él, á título de bien nacido, quiso aparentar decencia y proporciones que no tenia, ni pudo jamas lograr porque era acérrimo enemigo del trabajo. La holgazanería le redujo á la última miseria, y esto le prostituyó á cometer los crímenes mas vergonzosos.

Se hizo amigo de los libertinos, y fué uno de ellos. Su cabeza era el receptáculo del error y de la vanidad: adornado con estas bellas cualidades fué siempre un impío, ignorante y soberbio, haciéndose mil veces insufrible, y no pocas ridículo.

Sus hechos son el testimonio mas seguro de su grán talento, fina educacion y arreglada conducta.

Toda su vida fué un continuado círculo de disgustos, miserias, enfermedades, afrentas y desprecios; y la muerte en la flor de sus años arrebató su infeliz espíritu en medio de los remordimientos mas atroces. Espiró entre la incredulidad, el terror y la desesperacion. ¡Pobre Catrin! ¡Ojalá no tenga imitadores!

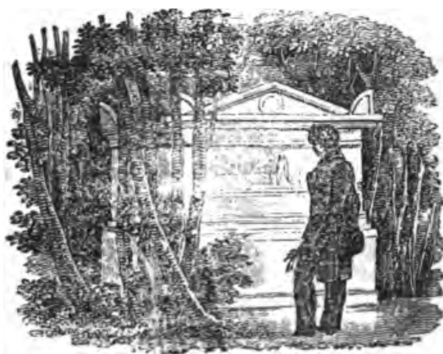
Sobre su sepulcro se grabó el siguiente epitafio.

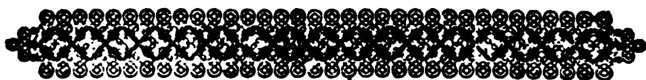
SONETO.



Aquí yace el mejor de los Catrines,
El noble y esforzado caballero,
El que buscaba honores y dinero
En los cafés, tabernas y festines.
Jamas sus pensamientos fueron ruines,
Ni quiso trabajar, ni ser portero;
Mas fué vago, ladron y limosnero:
¡Bellos principios! ¡Escelentes fines!
Esta vez nos la echó sin despedida,
Dejándonos dudosos de su suerte:
Él mismo se mató, fué su homicida
Con su mal proceder.... Lector, advierte:
Que el que como Catrin pasa la vida,
Tambien como Catrin tiene la muerte.

FIN DE DON CATRIN DE LA FACHENDA.





TESTAMENTO,

MUERTE, Y FUNERAL DEL GATO.



Estaba una despensa
Abierta por descuido,
Pasó por allí un gato,
Y oliendo los chorizos,
Los quesos, y la carne,
El pescado y tocino,
No pudo contenerse:
Entróse muy pasito,
Y arremetió con todo
Mas presto que lo digo:
Aquí destroza un queso,
Allí muerde un chorizo,
Acá un pernil devora,
Allá un bobo hace añicos:
Hasta que ya cansado
El animal maldito
De tanta golosina,
Saciado su apetito,
Iba á salirse, y mira
(Nunca la hubiera v
Una olla de conserv
De no malos memb
Embistióla al instar
Púsose ojos, ocico,
Manos, orejas, todo



Chulo el animalito;
Mas él no habia advertido
En que la miel, testigo
Podia ser, y muy fiel
De su voraz delito;
Descuidado comia,
Y oyó no sé que ruido,
Quiere huir, y como estaba....
Dirémos, adherido;
(Porque decir, pegado,
No es asonante en *io*)
A la olla con la miel
¿Qué hizo? Romper los grillos,
Alzóla para arriba,
¡Qué fuerzas tenia el bicho!
Y al caer el trasto al suelo
Se hizo mil pedacitos,
De los cuales, colgados
A modo de zarcillos,
Le quedaron algunos
Por su mayor martirio:
Entonces azorado,
Suspenso y afligido,
Vió la miel derramada,
Y todos los perjuicios
Que en un instante pudo
Causar su hambriento vicio.
Entonces despechado,
Confuso, arrepentido,
La maña detestó
De comer lo prohibido:
Entonces, finalmente,
A su gula maldijo,
Hizo mandas, promesas,
Y votos repetidos,
(Si de aquella escapaba)
No probar los membrillos,
Quesos, ni chorizones,

Pescado, ni tocino.
Tan asustado estaba,
Tan triste y tan contrito,
Que juró mantenerse
Solo con ratoncillos,
Y no acercar jamas
A otra cosa el ocico.
¿Lo dudas? No, lector,
Tú y yo harémos lo mismo:
Si el vaiven de la tierra,
Del rayo el estallido,
La cárcel, la calumnia,
O el fuerte tabardillo
Nos afligen, ¡ó cuantas
Promesas repetimos!
¡Cómo nos proponemos
(Saliendo del peligro)
Nuevas vidas! ¿Y acaso
Así lo hemos cumplido?
Mas volvamos al gato:
Salió el animalito,
Y viendo con cuidado
Si alguno lo habia visto,
Fuese muy cabizbajo,
Y se acostó quedito
Debajo de una cama,
Y allí muy compungido
Esperaba sin duda
El último suplicio;
Y mas cuando notó,
Que el despensero mismo
Lo vió entrar enmelado,
Confirmó el gaticidio;
Pero, ¡ó cosas del mundo!
¡O comprensibles juicios!
El cerró su despensa,
Y solapó el delito,
Pues de matar al gato

Descubria su descuido.
(No hay pocos despenseros
De gatunos delitos)
En fin, el triste gato,
Porque su suerte quiso,
Escapó de este riesgo,
Aunque no del castigo
(Pues siempre el crímen tiene
Su pago merecido).
Fué el caso, que con tanto
Revoltijo como hizo
De carne y de pescado,
De jamon y membrillo,
Le dió tal miserere
Al infeliz gatito,
Que á pesar de su miedo
Comenzó a dar mahullidos;
A sus tristes lamentos,
A sus ayes sentidos,
Ocurren otros gatos
De la casa vecinos:
Todos se compadecen
De nuestro pobre bicho:
Quien le hace unos papachos,
Quien le lame el ombligo,
Quien le mete la cola
Por darle un vomitivo,
Quien creyendo que es hambre
Le trae un pellejito;
Mas viendo que no bastan
Los gatunos ausilios,
Le dicen, se disponga,
Que está en grande peligro.
El dijo: Desde luego
Conozco que no vivo:
Agradezco el consejo,
No desprecio el aviso:
Voy á hacer testamento....

Quedáronse aturdidos
Los tristes compañeros,
Y él prosiguió tranquilo:
Creo la metempsícosis
Como Pitagorino,
Y que segun un conde (*),
Y por lo que en mí he visto,
Habita en nuestros cuerpos
La alma del ladronicio,
Ingratitud, lisonja,
Con otros muchos vicios:
Declaro, que no debo
Mas de lo que he comido,
Ni á mí me deben otros
Mas, que muchos perjuicios:
Declaro: Que casado
Ni lo soy ni lo he sido,
Por cierto impedimento
Que me impuso el cuchillo;
Por tanto estoy seguro
De que me lloren hijos.
Yo no tengo mas bienes,
Que mi cuerpo solito,
Y á quien me diere gana
Lo dejo, pues es mio.
Mis pelos, á los vagos
Y mal entretenidos
Los dejo, á que los cuenten
En sus ratos perdidos,
Porque estén ocupados
Y no fomenten vicios.
Item: dejo mi cuero
Para que hagan bolsillo
A tantos avarientos,

(*) Buffon en su historia natural describe esactamente las propiedades del gato: en efecto, en este animal se vé el retrato al vivo de los vicios que apuntamos en esta friolerilla: el provecho que trae, limpiando la casa de ratones (si la limpia), lo desluce con los perjuicios que causa.

De que abunda este siglo:
Item: Dejo mi carne
Para que por cabrito
La vendan á los bobos
Los fonderos cochinos:
Item: Por cuanto dañan
Cuanto venden cariño
Los lisonjeros, á estos
Mi lengua les dedico:
Item: Ojos y orejas
Mando á tantos malditos
Juzgones y chismosos
Como hay de sus vecinos:
Item: Dejo mis uñas,
Mis dientes y colmillos,
A los procuradores,
A los licenciaditos,
Albaceas y escribanos,
Que usan mal de su oficio.
Item: Dejo mis largos
Bigotes á un lampiño:
Mi cola.... aquí no pudo
Seguir, que un parasismo
Le anudó la garganta.
¡Ay pobre animalito!

¡Ay gato desgraciado!
¡Ay pobre compañero!
¡Qué dolor! ¿Qué tendrá?
¡Qué pena! ¿Qué le harémos?
Así esclamaban tristes
Los gatos enfermeros,
Al ver que su doliente
Se moria sin remedio.
Porque es muy natural
Sentir el mal ageno
De los que en una especie
Son individuos mesmos.

Así vemos que el toro
Muestra su sentimiento,
Si ve la negra sangre
Del muerto compañero.
¡Jesus, y cuán al vivo
Espresa sus estremos!
El llora, huele, brama,
Y del polvo del suelo
Con el hendido pié
Parece.... ¡noble intento!
Que escarbando procura
Sacar al toro muerto.
El caballo, si mira
Tendido el esqueleto
De otro bruto en el campo,
Muestra su sentimiento:
Se azora, se retira,
Y en su fuerte resuello
Parece que nos dice:
"No paso, porque siento
Ver el triste cadáver
De este mi compañero."
El cerdo, cuando escucha
El grito de otro puerco,
Conoce que padece,
Corre hácia él, y gruñendo,
Manifiesta querer
Libertarlo del riesgo.
El perro.... mas lector,
Te canso con ejemplos
De generosidad:
Todos los brutos, creo,
Que nos dan ejemplares
De amor. El gallo escepto,
Que á su hermano acomete,
Infiel, indigno, necio,
Sin mas causa ni culpa
Que solamente verlo;

Pero ¿qué es lo que digo?
¿El gallo solo? Miento,
Porque el hombre no tiene
(Misántropo grosero)
Ejemplar adecuado
De su furor soberbio.
¿Quién ha visto los leones,
Osos, tigres, ó perros,
Lobos.... cualquiera especie
De brutos carniceros?
¿Quién los ha visto, digo,
Hacer bandos opuestos
Y recíprocamente
Devorarse á sí mesmos?
¿Quién los ha visto? Nadie,
Ni jamas piense verlo,
Pues la conservacion
De su especie es en ellos,
Mejor que en los humanos,
Inviolable precepto.
Los hombres solamente
Han hallado pretestos
En todas las edades
Para cebar soberbios
Su furor en la sangre
De sus hermanos mesmos (*).
El hombre es el que escucha
Con ánimo sereno
Los ayes, los trabajos,
Desgracias y lamentos
De sus iguales. Mira
Con ojos bien risueños
A la doncella pobre,
Al desvalido enfermo,

(*) Esto debe entenderse en lo moral, y en lo privado; que en lo político sabemos, que hay guerras justas, y tanto, que Dios muchas veces las ha protegido, y mandado visiblemente.

A la viuda infeliz,
Al insolvente preso,
Al mendigo desnudo,
Al vergonzante hambriento,
Al baldado, al tullido,
Al manco, al cojo, al ciego,
En fin, á tantos que hay
Sin humano consuelo;
Los mira, los escucha,
¿Y vuela á socorrerlos?
¡O qué pocos, qué pocos,
Han de ser si los cuento!
Con que de estas premisas
Saca, lector, el *ergo.*
La digresion fué larga:
¿Qué mas? Yo lo confieso.
Si te enfadó, perdona,
Y vamos al enfermo:
Apenas del letargo
Volvió, siguió diciendo:
En lo último quedé:
Mi cola, bien me acuerdo:
Pues mi cola, señores,
Si he de dejar, la dejo....
¿A quién la dejaré?
Porque los hombres pienso
Que no la han de querer;
Pues aunque tienen ellos
Sus rabos que les pisen,
Procuran esconderlos,
Porque les da vergüenza
Adorno tan molesto;
Y cada rato escucho,
Que dicen: *Yo no tengo*
Rabillo que me pisen.
Por mas que desde lejos
A muchos se los vean
Aun los ciegos corriendo:

Con que es prueba que no
Quieren ser rabi-luengos.
Dejarla á las mugeres
Quisiera.... pero menos;
Si son mas presumidas,
Harán mayor desprecio
De mi manda; pues vaya,
Quizá algunos sugetos
Que salen descolados
En amores ó empleos
La querrán; pero no:
Agora que me acuerdo
Luego dicen: *Fulano*
Mal quedó con su empeño:
El salió con el rabo
Entre las piernas. ¡Bueno!
Hasta los descolados
Tienen rabo: ¿qué es esto?
¡Cuántas contradicciones
En los hombres advierto!
Pues ello es que mi cola
No ha de ser bien mostrenco,
Sino precisamente
Ha de quedar con dueño.
Vaya, por no dejar
De dársela, resuelvo,
Tuta concientia, estando
Con mi juicio completo,
Que hereden esta alhaja
Algunos zapateros,
Que hacen con herraduras
Botas, pues juzgo que ellos
Conocerán mil sastres
De no vulgar ingenio,
Que le añadan mi cola
A un pantalon eterno,
Y si acaso le ponen
De *moda* el epiteto

La venderán muy bieu:
Fuera de que es lo mesmo
El tener piés de macho,
Que de gato el trasero.
No os burleis, camaradas:
No mezcleis risa y gestos.
Creed: los primeros dias
Serán los aspavientos;
Los segundos, el *vaya;*
Bonito, los terceros;
Y si como es la cola
Hubieran de ser cuernos,
Idem por idem fuera
(Como en todo) lo mesmo;
Pues ven.... ¡Pero ay de mí!
Ya muero.... ya fallezco....
Adios.... adios, amigos....
Y diciendo y haciendo
Se estiró el pobre gato,
Y se les quedó muerto.
No he podido saber
(Atencion, herederos)
Quién quedó de albacea;
Pero esto es lo de menos:
Cada uno tomará
Lo que le venga á pelo.
No quiero referir
Los llantos, los estremos
De los gatitos vivos;
Fácil es comprenderlos:
Lo que sí he de decir,
La frasca que tuvieron
Los ratones al punto
Que oyeron era muerto;
Hubo famoso baile,
Y espléndido refresco,
Et cétera, lector,
Que está el papel estrecho,

Y la moralidad
Es el fin de este cuento.
¡Infelices mil veces
Los hombres, cuyos duelos,
Funerales y ecsequias,
Son gracias al Eterno
Que los vivos le dan,
Pues los quitó de en medio!

En el lugar donde fallecio el triste gato, pusieron los ratones el siguiente:

EPITAFIO.

Aquí un cruel gato murió,
Y sentimos solamente
El tiempo que mal vivió,
Pues á la ratona gente
Mil agravios infirió.
¡O tú, pasagero! Advierte,
Y ten por cosa sabida
(Procurando contenerte)
Que al que hace mal en la vida,
No hay quien lo llore en la muerte.

FIN.



INDICE GENERAL

DE TODO LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.



LAS NOCHES TRISTES.

EL DIA ALEGRE.

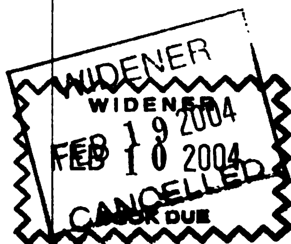
LAS FABULAS.

D. CATRIN DE LA FACHENDA.

TESTAMENTO DEL GATO.

FIN DEL ÍNDICE DE ESTA OBRA.


3 2044 055 066 088


WIDENER
WIDENER
FEB 19 2004
FEB 10 2004
CANCELLED
BOOK DUE